

SANTIAGO:

Bases para una
Etica Cristiana

CLAYTON HARROP



COLECCION ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS

SANTIAGO:

Bases para una Etica Cristiana

Clayton Harrop

Sara P. de Molina
Traductora

CASA BAPTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

Apartado 4255, El Paso, Tx. 79914 EE. UU. de A.

Agencias de Distribución

ARGENTINA: Rivadavia 3464, 1203 Buenos Aires
BELICE: Box 952, Belice
BRASIL: Rua Silva Vale 781, Rio de Janeiro
BOLIVIA: Casilla 2516, Santa Cruz
COLOMBIA: Apartado Aéreo 55294, Bogotá 2 D. F.
COSTA RICA: Apartado 285, San Pedro
CHILE: Casilla 1253, Santiago
ECUADOR: Casilla 3236, Guayaquil
EL SALVADOR: 10 Calle Pte. 124, San Salvador
ESPAÑA: Riera de San Miguel 9, 08006 Barcelona
ESTADOS UNIDOS: Broadman: 127 Ninth Ave.,
 Nashville, Tenn., 37234
GUATEMALA: 12 Calle 9-54, Zona 1, Guatemala
HONDURAS: 4 Calle 9 Avenida, Tegucigalpa
MEXICO: José Rivera No. 148
 Col. Moctezuma 1ª Sección
 15500, México, D. F.
 Matamoros 344 Pte.
 Torreón, Coahuila, México
NICARAGUA: Apartado 5776, Managua
PANAMA: Apartado 5363, Panamá 5
PARAGUAY: Pettrossi 595, Asunción
PERU: Apartado 3177, Lima
REPUBLICA DOMINICANA: Apartado 880, Santo Domingo
URUGUAY: Casilla 14052, Montevideo
VENEZUELA: Apartado 152, Valencia 2001-A

© Copyright 1969, Convention Press, Nashville, Tennessee.
 Todos los derechos reservados. Esta edición es publicada por la
 Casa Bautista de Publicaciones con permiso.

Clasifíquese: Estudios Bíblicos-NT

Número de Clasificación Decimal Dewey: 227.91

Quinta edición: 1987

ISBN: 0-311-04329-1
 C.B.P. Art. No. 04329

2 M 12 87

4812-28

Printed in U.S.A.

CONTENIDO

Capítulo	Página
1 INTRODUCCION A LA EPISTOLA	5
2 PRUEBAS Y BENDICIONES DE LA VIDA CRISTIANA.....	15
3 ASPECTOS PRACTICOS DE LA FE.....	30
4 LA RELACION ENTRE LA FE Y LAS OBRAS.....	46
5 EL PECADO DE LA AMBICION EGOISTA.....	61
6 ADVERTENCIA CONTRA EL FRACASO ESPIRITUAL.....	77
7 LA RESPONSABILIDAD DEL INDIVIDUO ANTE DIOS	95
ACTIVIDADES DEL APRENDIZAJE PERSONAL.....	114
COMO ESTUDIAR ESTE LIBRO.....	121
IDEAS PARA ORGANIZAR EL ESTUDIO BIBLICO ANUAL	121
SIETE PASOS HACIA UN ESTUDIO BIBLICO ANUAL EFECTIVO	123
COLECCION ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS	124

INTRODUCCION A LA EPISTOLA

Las respuestas a las preguntas concernientes al autor, fecha, dedicatoria y propósito de un libro de la Biblia siempre son interesantes y valiosas para determinar la comprensión de los escritos. Sin embargo, la epístola de Santiago es uno de los escritos en los cuales las respuestas a estas preguntas no son tan vitales como en otros libros de la Biblia. Al mismo tiempo, es útil y conveniente hacer un breve estudio de estas cuestiones de introducción.

I. EL AUTOR

Hay dos opiniones claramente opuestas en lo que concierne a su autor. Muchos intérpretes tienen el convencimiento de que fue escrita por Jacobo, hermano de Jesús; otros opinan que fue escrita por otra persona en una época muy posterior llamada Jacobo. Hay otras opiniones, pero éstas son las únicas que vamos a considerar en este estudio.

Afirmaciones de la Epístola

La carta no da una clara respuesta en cuanto al autor. El se identifica a sí mismo con las palabras: "Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo" (1:1).^{*} No reclama para sí distinción alguna, honor, ni título. No se presenta como apóstol, cosa que Pablo y Pedro hacen frecuentemente en sus escritos. Tampoco se presenta como hermano de Jesús, pero la introducción es parecida a la de la carta de Judas: "Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo" (Jud. 1:1).

Hay, por lo menos, tres hombres que se citan en el N. T. con el nombre de Jacobo. Además del hermano de Jesús, está Jacobo, hijo de Zebedeo y Jacobo, hijo de Alfeo. Hay escasos indi-

^{*} Cuando las citas difieren de RVR 1960, son traducción directa del autor.

cios que estos pudiesen ser el autor. Jacobo, hijo de Zebedeo fue ejecutado por Agripa I en el año 44 d. de J.C. (Hch. 12:2). Es probable que la carta no estuviese escrita en fecha tan temprana, aunque existe un manuscrito del siglo décimo que menciona a Jacobo, el hijo de Zebedeo, como autor.

Es muy poco lo que se sabe acerca de Jacobo, hijo de Alfeo, y no parece existir razón alguna que justifique la suposición de que él pudiera ser el autor de la carta de Santiago. Pero los que identifican a Jacobo, hijo de Alfeo, con Jacobo el hermano de Jesús, pretenden que el hijo de Alfeo fue el autor de la carta.

Lo que acabamos de mencionar parecería indicar al hermano de Jesús como autor de la Epístola. El autor no se presenta como apóstol, aunque Pablo le dio ese título (Gál. 1:19). Pudiera ser que Santiago se abstuviese de usar el título porque él no fue uno de los apóstoles, entre los primeros doce. También es interesante notar que Santiago no reclama para sí el honor de ser el hermano de Jesús, si tal fue el caso. Algunos dicen que él no quería que su autoridad estuviese basada sobre esa relación de parentesco.

El contenido de la carta no aclara su paternidad. Ella no hace referencia a los acontecimientos de la vida terrena de Jesús y casi ninguna de su muerte y de su resurrección.

Orígenes fue el primer escritor que se refirió a esta Epístola como escrita por Jacobo, el hermano de Jesús, y Orígenes escribió a principios del siglo tercero. Las analogías en los primeros escritos cristianos se deben probablemente a que los distintos escritores se documentaban en la misma fuente. Lo más que podemos inferir es que la carta de Santiago estaba en circulación en el segundo siglo.

El hecho que no apareciera entre los escritos cristianos hasta después de bastante tiempo, se explica teniendo en cuenta la base del contenido. Los asuntos prácticos que trata no se prestaban para sacar citas como sucedía con los escritos más teológicos de Pablo, Pedro y Juan.

El autor escribió en excelente griego. ¿Podría un galileo, criado en el humilde ambiente del hogar en Nazaret, viviendo la mayor parte de su vida en Jerusalén, alcanzar tal perfección en el dominio de la lengua griega?

Hay relación entre esta carta con otros documentos del N. T. No estamos seguros de la relación literaria. ¿Fue que él hizo

uso de esos escritos o fueron ellos los que hicieron uso del de Jacobo? A pesar de los argumentos expuestos, parece probable que la relación puede explicarse que unos escritores copiasen a los otros.

La mayor evidencia apoya la idea de que fue Jacobo, hermano del Señor, el que escribió la carta, y aunque otros piensen lo contrario, usaremos el nombre de Jacobo para indicar al autor.

1. Información acerca de Jacobo, el hermano de Jesús

Si damos por sentado que Jacobo, el hermano de Jesús, fue el autor de esta carta, necesitamos aprender lo que sea posible acerca de él. En los Evangelios hay pocas referencias a la familia de Jesús. Se nos dice que tuvo cuatro hermanos, uno se llamaba Jacobo y más de una hermana (Mar. 6:3.) Aunque hay discusiones sobre este particular, el N. T. hace suponer que éstos eran hijos más jóvenes de José y María. Por lo tanto, Jacobo era medio hermano de Jesús. Los escritos de Marcos y de Juan dan a entender que la familia de Jesús no simpatizaba con su ministerio (Mar. 3:31-35; Jn. 7:1-9).

No hay evidencia de que Jacobo llegó a ser seguidor de Jesús. Pablo dejó constancia que a Jacobo se le apareció el Cristo resucitado (1 Cor. 15:7). No se sabe si era creyente antes de la aparición, pero sabemos que Jacobo y el resto de la familia estaba con los discípulos desde el tiempo de la ascensión (Hch. 1:12-24). El desempeñó un papel importante en la vida de la iglesia en Jerusalén, y llegó a ser dirigente de esa iglesia (Hch. 15:12-29; 21:17-26).

La referencia acerca de él, fuera del N. T., se encuentra en Josefo, el último cuarto del primer siglo. Josefo dice que Jacobo fue llevado a juicio por instigación del sumo sacerdote Ananías y fue apedreado, alrededor del año 62 d. de J.C. (Antigüedades de los Judíos. XXIX, 197-203).

Un historiador cristiano del siglo IV, Eusebio, cita un relato dramático de la vida y muerte de Jacobo, tomado de Hegesippus, escritor del siglo segundo. A Jacobo se le llamaba el justo, fue santo desde su nacimiento, no bebía vino, ni comía carne. Se le describe como fiel cumplidor de todos los votos de los nazarenos del Antiguo Testamento. Se cuenta que pasaba tanto tiempo en oración, de rodillas, que éstas se le encallec-

ron como las de un camello. Los judíos pretendieron que Jacobo persuadiese al pueblo para que no creyese en Jesús y cuando éste se negó, lo subieron al pináculo del templo, lo arrojaron sobre el pavimento y lo apedrearon mientras él oraba intercediendo por su perdón. Finalmente, le asestaron un garrotazo en la cabeza y fue enterrado fuera del templo. Su muerte debe haber tenido lugar en el año 66 d. de J.C. (Eusebius, Historia Eclesiástica, ii23).

II. FECHA

El problema de la fecha y paternidad de la epístola tienen íntima relación. Si se acepta el criterio tradicional, dos son las fechas probables. La primera es el año 50 d. de J.C. La otra fecha es la más cercana al final de la vida de Jacobo, alrededor del año 60 d. de J.C. Es muy difícil justificar esta última sugerencia. Parece claro que la epístola debe haber sido escrita muy al principio o muy tarde. Una de las principales razones es que en este escrito no se hace referencia a la relación entre los judíos y los gentiles en la iglesia. Sabemos por las cartas de Pablo que este problema agitaba las mentes de gran número de cristianos durante el período entre los años 50 y 60 d. de J. C. Es difícil imaginar que cualquiera que escribiera durante este período a las congregaciones que estaban formadas casi totalmente por judíos, pudiera hacerlo sin referirse, aunque fuera someramente, al problema candente de la aceptación de los gentiles en la comunidad cristiana. Así que, o esta carta fue escrita antes de que cogiese cuerpo la controversia (Hch. 15) o después que se había calmado la tirantez, en alguna época hacia el final del siglo.

Hay razones en apoyo de la fecha temprana para la Epístola. Una es a la admisión de los gentiles. Además, el lugar de reunión de los cristianos se nombra como la sinagoga (2:2 en el idioma griego). Todos los datos que tenemos son de que muy al principio los cristianos empezaron a llamar a sus lugares de reunión iglesias en las cuales parece no había una organización formal y los únicos funcionarios que se nombran son los ancianos. Aunque parece ser que había muchos maestros, sus cargos no se presentan como cargos formales y oficiales.

El problema principal es el asunto de la fe y las obras y parece ser muy distinto del aspecto que concernía a Pablo. No

hay indicaciones de Pablo en este caso. Si las hubiera conocido, indudablemente hubiera expresado su posición de distinta manera para evitar cualquier posible mal entendido. Todo lo cual robustece el argumento en favor de una fecha anterior al año 50 d. de J.C.

Algunas autoridades opinan que la situación que se describe en Santiago 4:1-4 no podía haber prevalecido en tan temprana fecha y sugieren que encajaría en una fecha muy posterior a esa. Sin embargo, conocemos que había otras condiciones sorprendentes que prevalecían en las iglesias primitivas y no podemos tener la seguridad de que tales condiciones no pudieran haber concurrido en el año 50 como en el año 100 d. de J. C. Pero aun así queda en pie el problema de cuánto tiempo antes del año 100 d. de J.C., pudo haberse escrito esta epístola. Aquí se nos presenta un tratado con extensas citas que se pueden hallar en el Antiguo Testamento. Las referencias a Jesús son pocas y más bien casuales. No hay ningún detalle de la crucifixión, la expiación, la resurrección o la igualdad de personalidad entre Jesús y el Dios Padre. Sí, hay referencia a la segunda venida (5:7 y posiblemente 5:9). No hay obispos, ni diáconos, solamente ancianos (5:14). El lugar de reunión todavía se llama *la sinagoga*.¹

¿Podría algún cristiano que estuviese escribiendo en esos primeros años dejar de hacer el debido énfasis en la condición de Jesús como Mesías y, especialmente, en un escrito dirigido a los judíos? Naturalmente, si los lectores ya eran creyentes, ya no existía la necesidad de hacer tal hincapié.

Apoyándonos en la evidencia que está a nuestro alcance, nos parece mejor fechar esta carta entre los años 45-48 d. de J. C. Si esta fecha es correcta, éste sería el primer escrito del Nuevo Testamento y esto añade considerable significación para nuestro estudio.

III. DESTINO

Relativamente poco se puede afirmar con respecto a esta carta. Iba dirigida a "las doce tribus que están en la diáspora", en la dispersión (1:1).

La diáspora era el área fuera de Palestina. Durante varios siglos, los judíos habían estado dispersos a través de esta área, a veces a la fuerza y otras veces por su voluntad. Los judíos

eran considerados como colonizadores maravillosos y su inmigración era frecuentemente solicitada por las naciones que los gobernaban.

No existe una indicación clara del lugar donde vivían estos judíos. Es dudoso que la carta fuese dirigida a los judíos creyentes en todas partes. Hay ciertas indicaciones latentes en la carta que parecen implicar que el autor tenía en su mente a determinadas gentes en determinadas situaciones. Una idea muy común es que esta epístola fue escrita a creyentes judíos en la dispersión oriental, es decir, en el área alrededor de Babilonia. Pudiera ser verdad, pero el hecho de que la epístola haya sido escrita en griego y no en arameo hace surgir algunas dudas. Lo que es cierto es que la carta fue escrita a una área donde algunos de los judíos eran mercaderes (4:13-17). Esto se ajustaría bien a la idea de una dispersión oriental.

No se puede afirmar nada respecto al lector de la carta y sólo abrigar la esperanza de que eran judíos cristianos. Dónde vivían no afecta a la interpretación de la misma.

IV. ANTECEDENTES

Hay dos corrientes de pensamiento que ejercieron gran influencia sobre el escritor y un poco de información sobre ellas nos dará una mejor comprensión.

1. La Corriente Judía

Aparte de las conclusiones a que hemos llegado con respecto a la fecha y a la paternidad de la epístola, es evidente que el autor estaba familiarizado con los escritos judíos y especialmente con los Escritos de la Sabiduría. La naturaleza misma de la epístola en sí, sigue el patrón de dicha literatura, y los requerimientos que se hacen en la carta tienen su paralelo en aquel estilo de literatura.

Entre los libros del Antiguo Testamento, los Proverbios es el primordial ejemplo de tal clase de literatura. El autor de la epístola conocía a fondo el libro de los Proverbios e hizo amplio uso de ese material.

La literatura de la Sabiduría es muy común fuera del cánon aceptado del A. T. Hay dos libros de esta clase que eran bien conocidos y no hay duda ejercieron influencia sobre Pablo y tal vez aun en Jesús. No hay duda que Jacobo los conocía

a los dos: Eclesiástico (la sabiduría de Jesús, hijo de Sirach) y la Sabiduría de Salomón.

Hay muchos pasajes donde las afirmaciones en Santiago corren paralelas con las de estos escritos. En este estudio no hacemos esfuerzo alguno para destacar este paralelismo debido al desconocimiento de estos libros.

2. Enseñanzas de Jesús

De más interés es el paralelo entre el material en Santiago y las enseñanzas de Jesús, particularmente el Sermón del monte. Algunos escritores han señalado que en esta epístola hay más reminiscencias verbales de las enseñanzas de Jesús que en todas las demás epístolas del Nuevo Testamento juntas.

El autor no cita ningún dicho de Jesús exactamente. Debemos recordar que si es correcta la fecha que hemos sugerido para esta carta, no existía todavía ninguno de nuestros evangelios en su forma escrita. Jacobo hace alusiones a las enseñanzas de Jesús, y esto parece indicarnos que eran asertos bien conocidos. Parece indicar a alguien relacionado íntimamente y por largo tiempo con Jesús, alguien que le había oído hablar muchas veces, y no sólo le había oído hablar, sino que se había apropiado de sus enseñanzas. Todo lo cual le capacitaba para aplicarlas a su propia vida y a su ministerio en favor de otros.

Este conocimiento tan íntimo de las enseñanzas de Jesús era, o bien el resultado de una asociación estrecha, o estamos frente, como algunos sugieren, de un escritor de una época posterior que se basaba en las enseñanzas orales de la iglesia y del material contenido en los Evangelios. Sus fuentes de información diferían de nuestros Evangelios en algunos detalles, o bien tuvo el cuidado de no citar los dichos del Señor textualmente. Parece lógico pensar que las semejanzas con las enseñanzas de Jesús que se encuentran en esta epístola indican más bien a la persona que ha estado íntimamente asociada con él durante su ministerio terreno, si no antes.

Para el estudio de la epístola de Santiago sería provechoso una lectura cuidadosa del Sermón del monte (Mat. 5-7). Ciertas consideraciones de Jacobo inmediatamente nos harán recordar determinados pasajes del Sermón del monte. Además, hay otras enseñanzas de Jesús que constituyen la base de las de Santiago. Se ha sugerido que esta carta contiene algunas de

las enseñanzas de Jesús que no conocemos. Pero no tenemos manera de comprobarlo, puesto que el autor no hacía específicamente referencias directas a las enseñanzas de Jesús.

Mucho es lo que se ha escrito sobre las relaciones entre esta carta y los otros escritos del Nuevo Testamento, especialmente los de Pablo y Pedro. No aparece relación literaria entre Santiago y otro libro del Nuevo Testamento. Es probable que esta carta fue escrita antes que ningún escrito de Pablo y Pedro. La similitud en el material muestra simplemente que Jacobo no se hallaba aislado del resto del mundo del Nuevo Testamento. Sus intereses tenían íntima conexión con los demás pues no tenían un significado limitado por la raza, ni por la nacionalidad y ni siquiera por la situación geográfica. Y hoy nos encontramos con que este significado no ha disminuido con el transcurso de los siglos y el establecimiento de una nueva cultura.

Hay también semejanzas entre la carta de Santiago, la carta de la iglesia de Jerusalén (Hch. 15:23-29) y el discurso de Jacobo ante el concilio de Jerusalén (Hch. 15:14-21). Estas son "semejanzas de pensamiento y de estilo demasiado sutiles para la imitación o la copia."² La carta de la iglesia de Jerusalén se considera obra de Jacobo.

V. CARACTERISTICAS DE LA CARTA

Esta epístola es representativa de la Literatura de la Sabiduría. La mayor parte de ella está formada por una serie de párrafos ligeramente relacionados que enfatizan distintos aspectos de la fase práctica de la fe cristiana. Si se lee rápidamente la epístola de Santiago tal vez se tenga la impresión de que no hay conexión alguna entre algunos de sus párrafos, pero a medida que se profundiza el estudio se ve que generalmente, sí, existe. Algunas veces el lazo de unión es la repetición de alguna palabra clave en los diversos párrafos.

Jacobo escribía a individuos que eran creyentes. Por lo tanto, algunas de las doctrinas básicas de la fe cristiana no se hallan expresadas; no se encuentran referencias explícitas a la cruz y a la resurrección. El camino de la salvación no se define claramente, pero estos asuntos eran básicos en la fe cristiana.

Algunos han insistido en que puesto que estas doctrinas cristianas básicas se hallan en segundo lugar, que esta carta no es más que un escrito judío que "ha sido bautizado en el

cristianismo" por la inclusión del nombre de Cristo en casos aislados. Esto nos parece una descripción injusta tanto del autor como de su escrito. Es cierto que él no se muestra tan interesado en los aspectos teológicos como vemos a Pablo o a Pedro, su interés se concentra en los frutos prácticos de la fe y en este punto es que hace énfasis. Y esta es una característica de la Literatura de la Sabiduría.

Este escrito presenta pocas características de una carta. El saludo inicial es breve y más bien en la forma acostumbrada de una carta griega que el saludo corriente cristiano de gracia y paz. No encontramos la expresión de "gracias a Dios por los creyentes", ni de oración por ellos y la carta termina abruptamente sin ninguna bendición final.

La carta está escrita con tono de autoridad. El autor no solamente sugiere, sino que ordena. "Es una característica del tono austero de esta epístola que es la única entre las epístolas del Nuevo Testamento, que no contiene ningún esfuerzo por ganarse el favor de los lectores por medio de palabras de alabanza directa. En ella lo que encontramos es el vigoroso llamamiento al deber expresado por uno que habla con profunda identificación con los lectores, pero sin una partícula de arrogancia farisaica, al contrario, como uno que está convencido de que tiene el derecho de hablar y espera ser obedecido."³ Esta nota de autoridad se siente a través de toda la carta y está de acuerdo con la sugerencia de que el autor era el hermano de Jesús y la cabeza de la iglesia de Jerusalén. Jacobo "es un predicador que habla como un profeta... en un lenguaje cuya energía no tiene paralelo en la primitiva literatura cristiana, exceptuando los discursos de Jesús."⁴

VI. PROPOSITO

No hay en esta carta nada que nos indique con qué motivo se produjo la misma. Si hubo alguna crisis urgente que impulsó a Jacobo a sentarse y redactar este mensaje, lo ignoramos.

Sin embargo, el propósito que tuvo en su mente está claro. *Escribió para convencer a los judíos que habían llegado a ser creyentes en Cristo, de que su manera de vivir tenía que estar de acuerdo con las pretensiones de la fe.* No todos los miembros de las iglesias estaban viviendo de acuerdo con su profesión, y Jacobo les escribe haciendo un esfuerzo para volver a traerlos al significado básico de su fe. En otras palabras, se preocupaba

por las irregularidades morales y éticas en las vidas de sus lectores y los retaba a que vivieran de tal manera que su fe quedase demostrada por sus obras (2:14-26). Solamente entonces quedaría justificada su declaración de fe.

VII. SALUDO INICIAL (1:1)

El autor se identifica como Jacobo, sin otra característica personal. Esto nos indica se trataba de una persona bien conocida y que se podía suponer que sus lectores lo reconocerían por su nombre. Al mismo tiempo se infiere que su prominencia era tal que respetarían su autoridad.

El se denomina "siervo de Dios y del Señor Jesucristo". Este es el único lugar en todo el Nuevo Testamento en que se usa esta combinación exacta que asocia a Jesús con Dios en un elevado plano de igualdad.

El autor era un "siervo". Este título era comúnmente usado por los escritores del Nuevo Testamento (Rom. 1:1, 2 Ped. 1:1; Jud. 1). Esto enfatiza la idea de ser un adorador y también muestra la completa rendición comprendida en la absoluta dependencia de Dios. En el verdadero sentido de la expresión, cada cristiano es un siervo de Dios y de Jesucristo.

El uso del término "Señor" también es importante. Jesús es más que un mero hombre, es el Señor, el Maestro del creyente individual. El que escribió esta epístola le tenía en la mayor estimación posible, tan alta como la que le tuvo cualquiera otro de los escritores del N. T.

La carta fue dirigida a "las doce tribus que están en la diáspora", quienes fueron probablemente judíos cristianos que vivían en el área general de Babilonia. No obstante, tenemos que aceptar que esto es motivo de discusión entre los eruditos del Nuevo Testamento.

Una sola palabra es la que se usa para iniciar la carta: "Salud". Este es el saludo corriente en la correspondencia griega secular. Nótese la carta de Claudio Lisias, el tribuno romano, al gobernador Félix (Hch. 23:26) y la carta de la iglesia de Jerusalén en Hch. 15:23. La palabra significa "tener gozo" y de esta manera, hay una cierta conexión entre este saludo y el párrafo inicial de la carta. Por lo tanto, el autor sigue un orden apropiado al enfocar inmediatamente los asuntos que le conciernen.

PRUEBAS Y BENDICIONES DE LA VIDA CRISTIANA

Si se compara la epístola de Santiago con las demás del Nuevo Testamento, se encuentra un fuerte contraste tanto en la forma como en el énfasis. La salutación inicial es más corta que las de las cartas de Pablo. No encontramos referencias personales y tampoco la oración de acción de gracias y las peticiones en favor de los lectores. En vez de eso, Jacobo se lanza inmediatamente a las instrucciones prácticas que eran su principal objetivo.

I. COMO HACER FRENTE A LAS TRIBULACIONES (1:2-4)

El problema de por qué sufren los justos no es nuevo; es el que ha preocupado al hombre desde la creación. Uno de los enfoques más interesantes de esta cuestión se encuentra en el libro de Job en el Antiguo Testamento. El y sus amigos se encontraron frente a la pregunta de por qué Job estaba sufriendo de aquella manera. La respuesta de Job difería de la de sus amigos, pero todos luchaban por resolver el mismo problema.

Al empezar su escrito, Jacobo se dirige a sus lectores como hermanos. Les mostraba su simpatía e interés y les expresaba su amor. Más aun les indicaba que reconocía los lazos religiosos que unían al autor con sus lectores. Reclamaba con gozo y orgullo el derecho de ser hermano de aquellos a quienes escribía.

En los versículos iniciales de su carta, Jacobo parece preocuparse con dos aspectos de la vida cristiana. En los versículos 2-12 se refiere a la experiencia cristiana del sufrimiento usando un vocablo que se puede traducir tentaciones o pruebas. En los versículos 13 y 14 usa el verbo que se construye sobre la mis-

ma raíz. Algunos traductores no hacen diferencia entre las dos palabras, traduciendo ambas como "tentación". Sin embargo, parece ser que es preferible considerar el nombre como refiriéndose a las tentaciones que surgen del interior. (Véanse casi todas las traducciones modernas y muchos de los comentarios).

1. *Diversas Actitudes antes las Pruebas*

La manera cómo una persona reacciona ante las dificultades es un buen índice de la profundidad de su madurez espiritual y de su fe. Hemos presenciado cómo la confianza de un individuo en Dios se ha destruido ante una tragedia inesperada. Jacobo exhorta a los cristianos a que se regocijen cuando sobrevienen las pruebas, sabiendo que ellas son parte inevitable de la vida. No hay persona que pueda pasar por la vida sin algunos problemas y dificultades. Pero, en vez de que éstas se conviertan en motivo de rebelión contra Dios, deberían ser consideradas como motivo de gozo. Jacobo lo dice de una manera aun más enfática: "Consideradlo como sumo gozo." Jacobo no quiere decir con esto que nos busquemos los problemas ni que asumamos una actitud de "sonríete y aguanta". No debemos encastillarnos en "sacar el mejor partido de una situación desfavorable" con actitud pasiva. En vez de eso debemos recibir las pruebas con un espíritu de regocijo sincero porque sabemos los resultados que Dios puede hacer surgir del sufrimiento.

En esta etapa es conveniente recordar el saludo inicial y el primer párrafo de la carta. El saludo en el versículo 1 puede expresarse con la palabra "Gozaos" o "El gozo sea con vosotros." Esta clase de saludo no quiere decir que todo sea bueno o agradable.

Puede parecernos extraña esta afirmación. Hemos sido educados en la creencia de que se debe evitar todo lo que sea desagradable o doloroso. Pero ¿no es éste precisamente uno de los lugares en que las ideas de nuestra época son contrarias a lo que Dios dice? Dios no ha prometido a su pueblo que su camino será siempre agradable y sin dolor. Jesús señaló muchas veces que el camino del discipulado no sería fácil (Mat. 5:10-12; Mar. 8:34-37; 10:29-30; Luc. 9:57-62).

Antes del advenimiento de Jesús, las gentes creían que las

pruebas eran simplemente para ser sobrellevadas. Regocijarse ante una dificultad es una idea del Nuevo Testamento. Nosotros, los que creemos en Cristo, podemos enfocar las pruebas desde un distinto punto de vista que el que tiene el resto del mundo. Sabemos que Dios puede hacer que surja algún bien, aun de la situación más difícil y podemos regocijarnos con esta seguridad cuando llegan esos tiempos.

Frecuentemente se supone eran principalmente persecuciones religiosas. La interpretación contemporánea no debe limitar las pruebas a la persecución religiosa. Jacobo no limita su afirmación a una sola clase de pruebas, se refirió a "diversas clases de pruebas".

Sin tener en cuenta cuál sea el origen de las tribulaciones tenemos que gozarnos en ellas y eso no es fácil. "Solamente se hace posible cuando llegamos a pensar en la justicia como algo infinitamente más precioso que las comodidades, la felicidad o la paz; cuando alcanzamos a ver que lo más grande para nosotros en esta vida no es el disfrutar de comodidad y prosperidad, hacemos ricos, subir en la escala social, sino convertirnos en personas mejores."¹

2. *Resultado de las Pruebas*

Un cristiano puede regocijarse en medio de la prueba porque él sabe lo que puede resultar cuando esa prueba se vence con éxito. Este conocimiento se adquiere observando las experiencias de otros y oyendo sus testimonios. Pero es más convincente la confianza que se gana cuando nos enfrentamos con la prueba y salimos victoriosos. "Porque la prueba de vuestra fe produce paciencia." Esta es la finalidad a la cual se dirige la prueba. Dios hace uso de estas experiencias para producir fuerza y resistencia.

La idea de la prueba enfatiza el resultado de la experiencia más que el proceso. Jacobo escribió acerca de la cualidad probada de la fe. La fe se muestra más claramente cuando las cosas no van bien y no todo es agradable. El resultado de la prueba es que aprendemos cómo sobrellevarla, pero esa resistencia, en contraste con el concepto corriente de la paciencia, no es una cualidad pasiva. Sobrellevar no significa que simplemente aguantamos las pruebas porque es lo único que podemos hacer. Tampoco significa que se esté satisfecho

por las condiciones en que se presenten; más bien indica que se desarrolla la fuerza de carácter necesaria, capacitando al cristiano a continuar avanzando. "Firmeza" es la palabra que se usa en algunas traducciones. La resistencia es activa; es agresiva; es dinámica.

Es oportuno notar aquí la referencia a la fe, puesto que hay algunos que tienen muy pobre concepto de este aspecto vital de la vida cristiana. (Este problema se tratará con más detalles en el capítulo 3.) Jacobo partía del punto de que la fe es el centro de la experiencia cristiana, porque la fe es la que recibe la prueba. La fe es la que es puesta a prueba en el vencimiento de la tentación. Sin fe el hombre no puede relacionarse con Dios y por lo tanto no hay cualidad que someter a prueba.

Pero ni aun la resistencia es la finalidad del proceso de la prueba; tiene otra consecuencia posterior, ya que ella no es más que una estación en la jornada hacia la meta final "para que seáis perfectos y completos, sin que os falte cosa alguna". Hay dos peligros aquí, los cuales es preciso evitar. No debemos considerar esta meta de perfección tan elevada e inalcanzable, que sea inútil esforzarse por llegar hasta ella. Si así lo hacemos la vida se puede vivir en un nivel menos elevado con la conciencia limpia; también debemos evitar el otro extremo: la falsa premisa de que la perfección ha sido adquirida en la experiencia de la conversión o en alguna experiencia posterior, y porque el pecado ha sido perdonado el individuo ya ha llegado a un punto en el cual el pecar es imposible. La persona que sostenga tal idea no experimenta grandes obligaciones morales y se siente libre de vivir como mejor le plazca.

Estas dos ideas son contrarias a la revelación de Dios. Nosotros no nos convertimos sencillamente en seres perfectos en el momento de la conversión. El crecimiento hasta llegar a la meta es largo y penoso y ninguno la alcanza en esta vida terrena. Aunque la perfección se halle más allá de la capacidad para alcanzarla, no nos atrevamos a olvidar que fue la meta que Jesús señaló (Mat. 5:48).

El vocablo que se traduce completo "cabal" en la revisión castellana; "perfecto" significa maduro o plenamente desarrollado. "Los perfectos son aquellos que alcanzan aquella *finalidad* para la cual fueron creados." Este es siempre el ob-

jeto de la vida. La meta del niño que está creciendo es la madurez física, mental y emocional. La meta del cristiano en estado de desarrollo debe ser la madurez espiritual, la cual se adquiere por las experiencias. Podrán ser desagradables, pero la conquista de la madurez hace que valgan la pena. Jacobo no ensalza el complejo de mártir. Las pruebas no deben buscarse; ellas vienen y deben aceptarse con un nuevo espíritu teniendo en cuenta lo que Dios puede hacer por medio de ellas.

El mundo actual presenta un conjunto de problemas sin precedentes para el creyente. Es preciso se enfoque bajo la experiencia de la meta. "Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios" (Heb. 12:2). Podemos sentir este gozo, aun frente a las pruebas. Y en gran medida, la efectividad del testimonio cristiano será determinada por la manera en que el mundo vea cómo se reacciona ante las dificultades. ¡Las pruebas no faltarán! Jacobo dijo que debemos regocijarnos en ellas porque la grandeza de sus consecuencias sobrepasa en mucho a la tribulación que traen (Ver 2 Cor. 4:7-18).

IV. EL DON DE LA SABIDURIA (1:5-8)

Podrá parecer que es ligera la conexión entre los versículos 5-8 y el párrafo que precede. Pero Jacobo hace conexión por el uso de una sola palabra. En el versículo 4 escribe que al hombre perfecto no le falta nada. Es natural que nadie pueda pretender tener tal perfección. Por lo tanto, él dice: "si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría..." Tal vez si nosotros fuéramos los que hubiéramos escrito eso, habríamos incluido en la lista otras cosas que nos hacen falta antes de pensar en la sabiduría, pero Jacobo veía que el camino a la madurez y a la santidad requería sabiduría. Y ¿dónde podemos conseguir esta sabiduría?

1. La Fuente

Estamos tan acostumbrados a equiparar la sabiduría con el conocimiento, que es difícil comprender que la sabiduría no es una conquista humana. Se le da mucho énfasis a la acumulación de los conocimientos y se ha dicho que la suma total del conocimiento humano se duplica cada cinco años y esta ci-

fra está cambiando rápidamente. Los estudiantes emplean infinidad de horas procurando adquirir la información que les es posible. Esta no es la sabiduría de la cual hablaba Jacobo. La sabiduría no es algo que se encuentra en los libros ni siquiera solamente en la Biblia. No es algo que se adquiere en la conversación con otras personas. Es algo que viene solamente como un don de Dios. "Para Jacobo, la sabiduría es el uso acertado de las oportunidades que cada uno tiene para vivir santamente. Es vivir como Cristo, de acuerdo con la voluntad de Dios."³

Esta comprensión del concepto de la sabiduría no es exclusiva de Jacobo. El conocía el libro de los Proverbios del Antiguo Testamento. En este libro la sabiduría se ensalza hasta un grado muy elevado (capítulos 8-9). Jacobo puede haber tenido también bastante conocimiento de los dos libros judíos, no canónicos, acerca de la sabiduría, el Eclesiástico y la Sabiduría de Salomón. En estos dos libros se presenta la misma idea — que la sabiduría viene de Dios. Naturalmente, Salomón es el ejemplo mejor conocido de un hombre con sabiduría. El le pidió a Dios sabiduría y le fue concedida (1 Reyes 3:3-14). Jacobo tenía la certeza de que cualquier creyente puede pedir a Dios que le conceda sabiduría en plena confianza de que la recibirá.

Dios no solamente concede la sabiduría sino que la da "generosamente y sin reproche". Realmente, lo que Jacobo dice es que Dios da simplemente, vocablo que a menudo cuando se usa en el Nuevo Testamento, lleva implícita la idea de generosidad. No es algo que se gana o se regatea, simplemente Dios se la concede a los que se la piden. Y esto nos lleva a recordar la enseñanza de Jesús con respecto a la oración. El alentó a sus seguidores para que simplemente pidiesen de Dios con la confianza de que él les concedería lo que pidiesen (Luc. 11:9-13).

2. El Canal

Jacobo les recuerda a sus lectores que la petición de sabiduría debe ser hecha con fe. La "Fe" en nuestro lenguaje contemporáneo no conlleva el impacto del significado en la lengua griega. Esta palabra se ha usado erróneamente. Para comprender el Nuevo Testamento, hay que concederle a los vocablos la significación dada por los que los escribieron. Cuando Jacobo usó la palabra "fe", él quería significar lo mismo que

Jesús y Pablo: *la fe que es confianza en Dios*. Es decir: que la fe es la plena rendición del yo a Dios y a todo lo que Dios quiere que se haga. De esta manera, el significado es mucho más profundo que la creencia en un dogma o la aceptación de un postulado doctrinal.

Nos enfrentamos al peligro de dar por sentado que si alguna persona quiere redactar un credo o una declaración de principios, ese es un hombre de fe. Aunque es importante que las doctrinas que profesamos sean sanas, es aun más esencial que el individuo tenga la clase de fe de la cual habla el Nuevo Testamento — la completa confianza en la persona, la sabiduría, el poder y la misericordia de Dios.

El contraste con esa clase de fe es la duda. La palabra que aquí usa Jacobo es la palabra que significa "doble ánimo". La persona que es así, se halla constantemente en la posición de no saber realmente si cree en Dios o no. En determinado momento desea creer y al próximo instante no tiene confianza en Dios y depende de sí mismo. Jacobo describe a la tal persona como "la onda de la mar que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra". El cuadro representa a uno que cambia constantemente, que es inestable y de quien no se puede depender. Si nos aproximamos a Dios en una actitud semejante a ésta, no tenemos derecho a esperar ni a recibir nada de él.

III. ACTITUD HACIA LAS COSAS MATERIALES (1:9-11)

Jacobo parecía darse cuenta de que la actitud de una persona hacia las cosas materiales es una buena indicación de su condición espiritual. También estaba consciente de que en esta área de la vida es donde la mayor parte de los creyentes tienen problemas. Es muy fácil verse embrollado y perder de vista las cosas de Dios. Se debe estar consciente del atractivo que presenta el materialismo en la cultura actual y el cristiano ha de tener precaución de no caer en esa trampa.

En el breve párrafo de los versículos 9-11 se halla el contraste entre los pobres y los ricos, su tema favorito. Es verdad que en la mayor parte de los casos citados en esta epístola, los ricos son criticados acerbamente, probablemente porque oprimían a los creyentes. Sin embargo, en este caso preciso Jacobo parece referirse a ricos que eran hermanos de otros

cristianos que también eran ricos. El punto que mantiene Jacobo es que en la hermandad cristiana las riquezas no cuentan y él discute la actitud correcta con respecto a las cosas materiales sin tener en cuenta si uno es rico o pobre. El pobre que anhela las cosas materiales puede ser tan ambicioso como el rico.

1. Actitud de los Humildes

En el versículo 9, la palabra "gloriarse" recoge la idea de "todo gozo" en el versículo 2. Esto significa regocijarse o tener gozo o gloriarse con la condición en que uno se halle.

¿Con respecto a qué ha de gloriarse el hombre humilde? Es muy cierto que no tiene en su pobreza nada de qué jactarse. Pero si es creyente, puede gloriarse, o encontrar gozo porque ha sido exaltado espiritualmente (Mat. 5:3). Este hermano humilde es estable y asentado en su lealtad a Dios en Jesucristo, y puede gozarse en Cristo, porque en él todos los hombres son iguales.

Actualmente la riqueza material constituye a menudo el foco de atención, es bueno que comprendamos que esta no es siempre la medida fiel del verdadero valor ni la riqueza de una persona. Las riquezas deben buscarse en las áreas de la gracia, el amor y la rectitud. Los pobres y los humildes las poseen y esas cualidades están muchas veces ausentes en los ricos y los orgullosos. ¿No es verdad que en nuestra época necesitamos volver a la perspectiva que propugnaba Jacobo?

2. Actitud de los Ricos

De la misma manera que el pobre se gloria en su exaltación, así el rico debería gloriarse "en ser humilde". Surge aquí la pregunta: ¿Es el rico a quien tiene en mente un creyente? En otras partes de la epístola, cuando se hace referencia a los ricos, esta parece indicar que no son creyentes, puesto que oprimen a los cristianos y blasfeman el nombre de Cristo (2:6-7). Son orgullosos y se jactan en su arrogancia (4:16) son los que han defraudado y condenado (5:1-6). Aunque es el juicio general de los ricos, en este caso especial no se condena a los ricos como clase. En vez de eso, el rico parece considerarse desde el mismo punto de vista como el pobre, es decir, como a un hermano cristiano.

Hay otra cuestión que considerar: ¿Qué significa que un rico de esa clase se haga humilde? Esta expresión puede

tener sólo un significado figurado y referirse a la rendición de sí mismo que hace el individuo al convertirse en cristiano. Por otra parte, muchos de los comentaristas creen que Jacobo puede estar refiriéndose a los casos en que los ricos pueden haber tenido que enfrentarse con pruebas resultantes en la pérdida de muchas de sus riquezas. Esta podría ser la consecuencia de haberse convertido en cristiano puesto que podría ahora encontrar la oposición de parte de aquellos con quienes anteriormente había estado relacionado en el mundo de los negocios. O también podría ser que sus riquezas hubiesen disminuido porque sus procedimientos financieros ya no eran tan egoístas o corrompidos como antes. Cualquiera que haya sido el caso, es evidente que el interés principal de Jacobo se enfocaba sobre la nueva actitud del individuo con respecto a las posesiones materiales.

Ya no descansa su confianza en los bienes y en la posesión de ellos. Ahora los ve a la verdadera luz y su confianza está en su Señor. (Mat. 6:19-21). El se siente verdaderamente humilde y de ello se puede gloriar honradamente. Zaqueo representa el cambio de actitud que se requiere (Lucas 19:1-10), el cual nos indica Jacobo.

Jacobo captó claramente la verdadera naturaleza de las riquezas. Ellas no son permanentes, se las puede perder fácilmente y es peligroso confiar en ellas. La imagen que él pintó debe haber sido algo muy conocido de cualquier persona que hubiese pasado algún tiempo en Palestina. La flor más maravillosa podía marchitarse y quedar destruida en breve tiempo bajo la acción del viento abrasador.

Estas son las pruebas que les acontecen a los que ponen su confianza en las riquezas, "se marchitan en medio de sus actividades". Tal es el caso del mercader rico porque aun mientras está activamente ocupado en su comercio, encontrará que sus riquezas se han desvanecido. ¡Cuán grande es la desolación que cae sobre una vida así! Todo lo que vale ha desaparecido y no queda nada que sea de valor. El cristiano rico está asegurado contra un destino de esa clase porque él ya no deposita su confianza en las riquezas humanas. Aunque sus riquezas llegaran a desaparecer, el cristiano tiene otro fundamento, su vida ha sido edificada sobre la roca y no sobre la arena movediza (Mat. 7:24-27).

IV. LA RECOMPENSA DE LA PACIENCIA (1:12)

En la referencia a las pruebas, versículo 12, retorna el pensamiento a los versículos 2-4. Parece haber comprendido que habría ocasiones en que el cristiano podría dudar si la victoria valiera lo que ella costaría. El deseo de evitar lo que nos sea desagradable es una realidad siempre presente en la vida, presenta diversos alicientes frente a las tribulaciones.

El versículo 12 recuerda la palabra "bienaventurado" que Jesús usó varias veces (Mat. 5:3-11). Jacobo la usa para los que soportan la prueba. "Bienaventurado el varón que sufre la prueba."

Pero ¿cuál es el significado del vocablo "bienaventurado"? Algunos sugieren que quiere decir dichoso, otros opinan que significa uno que merece una felicitación. Felicitaciones por la recompensa que se les promete a los que soportan la prueba.

La prueba a que se refiere aquí es del mismo tipo a que se ha referido con anterioridad. Es la que viene de afuera, no la que surge de dentro. La prueba demuestra que es pura y no adulterada. El que es probado y sale victorioso es aquel cuya fe es fuerte y segura y esa persona merece ser felicitada.

La recompensa significa "la corona que es la vida que Dios ha prometido a aquellos que le aman". Se asemeja al mensaje a la iglesia de Esmirna: "Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida" (Apo. 2:10). El que es fiel hasta la muerte es aquel que ama a Dios (Lucas 9:24-25). Se ha sugerido que esta promesa de una corona de vida tiene su origen en algún dicho de Jesús que no nos ha llegado por escrito.

Pero, ¿a qué clase de vida se hace referencia aquí? ¿a la vida física? ¿se usa el término "vida" en la significación más amplia y más completa de la vida eterna y espiritual? Es probable que a la vida eterna. Jesús prometió la vida verdadera, la vida eterna a todo aquel que verdaderamente le ama. Y a éste, él le da "la corona que es la vida". Esta figura es captada de la corona de laurel colocada sobre la cabeza del vencedor en una carrera. "Todo aquel que lucha para obtener un premio ejercita un control de sí mismo sobre todas las cosas. Y ellos hacen esto con el fin de recibir una corona corruptible, pero nosotros, para recibir una incorruptible" (1 Cor. 9:25).

V. ADVERTENCIAS CONTRA LA TENTACION (1:3-15)

Algunos comentadores creen que Jacobo se refería a la tentación que se cita en el versículo 12. Verdaderamente hay un solo paso de las consideraciones sobre las pruebas externas a la disertación sobre las tentaciones internas. Sin embargo, la transición de las unas a las otras se encuentra más bien en el versículo 13. Está bien claro que en este corto párrafo (versículos 13-15) Jacobo escribió acerca de la terrible realidad de la tentación, ya sea que ella venga como consecuencia directa de la prueba o provenga de alguna otra causa.

1. *El Origen de la Tentación*

Es un axioma que nunca nos gusta reconocer nuestra responsabilidad por algún fracaso o error. Nos alivia la conciencia si podemos echarle la culpa de un fracaso o un pecado a alguna otra persona.

Nos sentimos inclinados a echarle la culpa de nuestras faltas al ambiente en que vivimos: ¿Cómo se nos puede pedir que nos comportemos de una manera mejor estando rodeados del mal por todas partes? En otros casos queremos culpar a Satanás, como dijo Eva: "La serpiente me tentó y yo comí" (Gén. 3:13). Ciertamente la actitud de Adán es corriente; es una forma de evadir culpas: "La mujer que me diste por compañera, ella me dio del árbol y yo comí" (Gén. 3:12). Estas razones son esfuerzos para transferir la culpa a otros y Adán quiso poner la culpa sobre Dios ya que fue él quien le dio su mujer.

El señaló que la tentación surge del interior del individuo y no de cosa alguna exterior. Esto explica por qué alguna cosa puede ser una tentación para determinada persona y no para otra. Un hombre va calle abajo y siente la tentación irresistible de entrar en un bar. Otro hombre va por la misma calle y eso no constituye para él tentación alguna. ¿En qué consiste la diferencia? No está en la situación externa sino en la condición interna. "Nadie puede tentar a otro a hacer mal, a menos que él mismo haya tenido ya alguna experiencia (y ello implica algún goce con ella) en rendirse a la tentación."⁴

Dios es el que nos da la fuerza para sobreponernos a la tentación. Y fue a él al que se animó para que dirijamos nuestra oración: "Y no nos metas en tentación, mas libranos del mal" (Mat. 6:13).

Con toda sinceridad tenemos que reconocer que la tentación surge de adentro. No solamente viene de adentro sino que es el producto de nuestros propios deseos malignos. Para describir este proceso es muy vívido el lenguaje usado por Jacobo, que escribió diciendo que el hombre "es atraído y seducido". Este es el cuadro del pescador que hace bailar el cebo delante del pez, lo atrae haciéndolo salir de su escondrijo y lo engancha en su anzuelo. Esta es la manera cómo procede el deseo: atrae y seduce al individuo hasta que lo prende en el anzuelo del pecado. Aunque éstas eran las palabras con que a menudo se describía la seducción de la ramera, no hay razón para restringir el argumento usado aquí por Jacobo y limitarlo al pecado sexual. Este es el proceso que ocurre en toda clase de tentación.

2. *Los Resultados al Rendirse a la Tentación*

El escritor sugiere que la tentación no es pecado por sí misma. Jesús fue tentado (Lucas 4:1-3; Heb. 4:15). El ceder a la tentación trae consigo trágicas consecuencias. La tentación es peligrosa y nunca se debe buscar.

Jacobo usó la imagen del nacimiento y del crecimiento para demostrar los resultados de ceder a la tentación. Se compara el ceder al deseo o a la lujuria con la concepción. Y lo que nace de esta concepción es pecado. "El mero hecho de que seamos tentados no comprende en sí mismo nada pecaminoso. Es cuando el deseo del hombre sale para encontrarse con aquello que es prohibido y lo abraza, entonces es que tiene lugar un matrimonio no santificado entre estos dos y de ahí nace el pecado." Aquí no se hace esfuerzo alguno para distinguir entre los diversos tipos de pecado. Las diferencias que hacemos entre pecados mayores y menores no tienen base en las Escrituras.

Aunque el deseo puede presentarse de una manera inocente y el rendirse a él sea muy agradable, necesitamos tener presentes los resultados fatales de rendirse a la tentación. Es completamente insensato el ponernos en situaciones en las cuales es cierto que nos atacará la tentación. Dios no puede tolerar el pecado en la vida de su pueblo. El pecado ha de recibir su castigo; y aunque sabemos que Cristo murió por nuestros pecados, necesitamos recordar las palabras de aviso de Pablo: "¿Permaneceremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡No cierta-

mente! ¿Cómo los que hemos muerto al pecado seguiremos viviendo en él? (Rom. 6:1-2).

VI. BENDICIONES DE DIOS (1:16-18)

En el versículo 16, Jacobo parece hacer alusión a las falsas enseñanzas. El sabía que Dios no puede tentar a nadie, pues Dios sólo da lo que es bueno y útil. Tal vez se refería a aquellos que estaban enseñando que Dios es el origen de todas las cosas, incluyendo lo malo. Los hombres olvidan que Dios nunca ha prometido la absoluta seguridad en un mundo en el cual existe lo malo y el pecado. Nunca ha prometido proteger a las personas de sus propios pecados o de los pecados de los demás. Por lo tanto, es necesaria la advertencia: "No continuéis siendo engañados." Lo cual parece indicar que esta enseñanza peligrosa estaba atacando a los creyentes.

1. *Dones*

Dios les concede dones buenos a los hombres. "Toda buena dádiva y todo don perfecto, viene de lo alto." Todo lo bueno que nos pueda suceder en la vida proviene de Dios y todo lo que Dios nos da es bueno. Estos dos conceptos se hallan contenidos en la afirmación de Jacobo. El sincero estudio de la Biblia nos mostrará que esto es cierto y la consideración seria de nuestra propia experiencia nos lo confirma. En todas las partes de la Biblia se muestra a Dios como el dador de lo bueno. Y esto es verdad aun en la experiencia de Adán y de Eva (Gén. 2:15-24). También fue verdad en la selección de Abraham para ser el padre de una nueva raza que sirviese de bendición a todos los pueblos del mundo (Gén. 12:1-9). Igualmente fue verdad en el envío de un libertador en la persona de Moisés (Ex. 3:1-12). Y la culminación se demostró ser verdadera en la dádiva del Hijo de Dios para la redención del hombre. ¿Puedes pensar en alguna cosa buena que haya sucedido en tu vida que no haya venido como resultado directo o indirecto de algo que procede de la mano de Dios?

En la vida actual es demasiado fácil dejar a Dios a un lado. Con las proezas científicas de este siglo surge una pregunta: ¿Necesita el hombre a Dios? Sí, lo necesita tal vez más de lo que el hombre ha podido necesitarlo en edades pasadas. Es Dios quien guía la mente del hombre para alcanzar adelantos

fantásticos. "Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto."

La segunda bendición que Jacobo encontró en su comprensión de Dios es que Dios no cambia. Lo bueno de lo cual nos habla descende "del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación." Jacobo usaba aquí el lenguaje de la astronomía para decir que, mientras todas las cosas creadas, aun los cuerpos celestes están sujetos a cambios, *Dios no cambia en absoluto.*

Hay, naturalmente, el reconocimiento de que Dios es el Creador de los cuerpos celestes. El es aquel en quien se puede confiar en la absoluta seguridad de que nuestra fe en él nunca resultará vana. El autor de los Hebreos se hace eco de esta seguridad cuando dijo: "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy y por los siglos" (Heb. 13:8).

2. El Nuevo Nacimiento

La bendición final a la cual se refiere Jacobo es, para usar las palabras de Jesús, el nuevo nacimiento; es la mayor de todas las bendiciones de Dios, el don más alto y la final demostración de su fidelidad. Sugiere tres puntos significativos del nuevo nacimiento:

El primero es que esta *actividad de Dios tiene un propósito definido*. Se ejecuta *por su propia voluntad*. Fue determinada por él, aun antes de la creación. La salvación, el nuevo nacimiento, no es un mero accidente, ni fue traído por la iniciativa del hombre. El Nuevo Testamento dice claramente que la salvación es obra de Dios. "Porque por gracia sois salvos, por la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Ef. 2:8). Jacobo hubiera estado de acuerdo con esta afirmación que fue escrita muchos años más tarde.

La segunda sugerencia es la de que el nuevo nacimiento se alcanza solamente por "la palabra de verdad". Se nos recuerda el relato de la creación en Génesis 1, donde una y otra vez se dice que Dios habló y las cosas sucedieron. La palabra de Dios tenía poder creador en el principio. De una manera similar la palabra de Dios sigue teniendo poder para dar vida. Jesús mandó a los demonios que saliesen del hombre poseído de ellos y se hizo (Lucas 4:31-37). Un oficial del ejército romano comprendió que Jesús era un hombre de autoridad, y sólo necesitaba hablar una palabra y su siervo sería sanado (Lucas

7:1-10). Jesús dijo que la palabra de Dios era la verdad (Juan 17:17). La palabra de verdad es poderosa y convierte al pecador (Heb. 4:12).

La tercera idea es de que los creyentes son los primeros frutos de las criaturas de Dios. Este es un término que frecuentemente se usa en el Antiguo Testamento. Las gentes traían las primicias de sus cosechas como una ofrenda de Dios (Deut. 26:1-11). Esto significaba su reconocimiento de que todas las cosas pertenecían a Dios y su creencia de que Dios bendeciría el resto de las cosechas. Los cristianos son esas primicias.

El nuevo nacimiento es la mayor bendición que Dios puede dar. Puesto que amamos a Dios y a los hombres, es nuestro deseo de que todos participen en la gloriosa bendición de este nuevo nacimiento, junto con todas las otras bendiciones que Dios continúa dando.

ASPECTOS PRACTICOS DE LA FE

Dios es el dador de toda dádiva buena y perfecta. Y el mejor de estos dones es el nuevo nacimiento que nos ha dado para que seamos las primicias de su creación. Puesto que cada bendición de Dios lleva consigo una responsabilidad, debemos preguntar: ¿qué es lo que Dios espera si ha dado tan generosamente todas las cosas?

I. ACTUANDO DE ACUERDO CON LA JUSTICIA DE DIOS (1:19-21).

Dios espera y demanda de su pueblo la justicia. Puesto que él es santo no puede tolerar el pecado en la vida de otros. No podremos afirmar haber alcanzado la perfecta justicia, sin embargo, Jacobo aporta sugerencias que sirven de ayuda en el esfuerzo para alcanzar normas que Dios tiene de la justicia.

Antes de exponerlas, Jacobo dijo: "Sabed esto." Los modernos traductores han modificado "Por lo tanto", que se encuentra en unas versiones antiguas. Esta expresión indica que lo que le sigue es de importancia y se debe atender.

Se dirige a los lectores llamándolos hermanos y añadiendo la palabra amados, lo cual contribuye a quitar aspereza a lo que dice.

1. Evitando la Ira

La ira es la mayor debilidad en las vidas de muchas personas. Hay individuos que tienen la desgracia de verse dominados por lo que llamamos un genio sin freno. Hay otros que se desbocan ante la menor provocación y no faltan los que generalmente tienen un temperamento sereno, pero que en determinados momentos pueden enojarse mucho. Son pocas las personas que han alcanzado el punto en que pueden tener perfec-

to dominio de su temperamento. Es muy fácil fijarse en la ira o la maldad en las vidas de los demás, pero la mayor parte de nosotros nos inclinamos a justificar nuestra ira calificándola de "justa indignación".

Haciendo un esfuerzo para conseguir que sus lectores se den cuenta de su problema y busquen la manera de vencerlo, Jacobo los alienta para que sean *prontos para oír y tardos para hablar*. Estas son cualidades difíciles de adquirir. La mayor parte de nosotros estamos muy dispuestos a dar consejos, ya sea que nos los pidan, o no. Es difícil aprender a ser un buen oidor. Nos cuesta trabajo el comprender que cuando alguien se nos acerca en busca de ayuda, probablemente lo que más necesita es que lo oigamos con simpatía.

En una sociedad alarmantemente despersonalizada, la mayor parte ha cultivado la capacidad de bajar un telón entre los que le rodean. Tal vez nos sentamos y hacemos el gesto de que estamos escuchando, pero en realidad no oímos casi nada de lo que nos están diciendo, y mal podemos aconsejar debidamente si no hemos prestado atención a lo que se nos dijo. El cristiano que desea ayudar a los que necesitan de él, debe desarrollar la capacidad de ser "pronto para oír".

A continuación Jacobo da una advertencia contra los que son demasiado prontos para hablar. Esta cualidad es hermana de la otra de ser pobre oidor. ¿Por qué será que siempre nos hallamos dispuestos a dar nuestra opinión en cualquier situación en que nos encontremos? ¿No es verdad que algunas veces un apretón de manos, una palmada en la espalda, o una sonrisa pueden tener mucho mayor significado para la necesidad de determinada persona que un torrente de palabras?

Naturalmente, tal vez nuestro problema no sea el de hablar demasiado pronto. En vez de eso, tal vez seamos propensos a dejar las cosas más importantes sin decir. No experimentamos dificultad alguna cuando se trata de hablar acerca de las modas, del tiempo, de la política o de los asuntos mundiales. Pero nos volvemos tímidos y titubeamos cuando se presenta la oportunidad de dar testimonio de lo que Dios ha hecho por nosotros y de lo que desea hacer por otros. Y en este asunto, ciertamente no deberíamos ser vacilantes. Pero el consejo de Jacobo sigue teniendo vigencia: Sed tardos para hablar.

Hay una íntima conexión entre la ira y el hablar demasiado

aprisa porque la ira se expresa más frecuentemente por medio de la palabra hablada, aunque es evidente que a veces la ira también se exterioriza por medio de la acción, áspera y hasta mortal. Esto es lo que debe evitarse a toda costa. Pero la manera más corriente de exteriorizar nuestra ira es por medio de la palabra. Frecuentemente decimos cosas en el calor de la emoción que no soñaríamos en decir en nuestros momentos de serenidad y la palabra una vez dicha es imposible que se pueda recoger, hace su daño y a menudo este es irreparable. No es de extrañar que Jacobo tenga tanto que decir acerca del freno sobre la lengua (3:1-12).

Jacobo no fue el único en hacer énfasis sobre el peligro de la ira. Jesús nos lo advierte en el Sermón del monte (Mat. 5:21-22). En más de una ocasión, Pablo también hace advertencias contra la ira (Ef. 4:31; Col. 3:8). Aunque se hace cierta mención acerca de la justa indignación y se reconoce la santa ira, la Escritura no apoya la idea de que estamos haciendo la voluntad de Dios y su propósito cuando desatamos una ira sin freno.

2. Dejando a un Lado la Maldad

La segunda acción necesaria para cumplir con la justicia de Dios es la de poner a un lado todo lo malo. "Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas." Esto se asemeja a las instrucciones de Pablo para despojarnos del viejo hombre y revestirnos del nuevo (Ef. 4:22-24).

Jacobo explica este cambio de naturaleza de una manera que demuestra que esta decisión debe ser de una vez para siempre. Naturalmente, comprendemos que este acto no es de tal naturaleza que pueda extirpar todo lo malo de nuestras vidas, pero ese despojo es la meta y la consecuencia final que se busca. Hay algo básicamente errado en el individuo que pretende pertenecer a Cristo y sin embargo, insiste en que su vida no tiene que estar bajo el dominio moral de Dios. El creyente se ha convertido en una nueva criatura (2 Cor. 5:7) y este cambio debe manifestarse en su vida. Las cualidades malas y perjudiciales que se van acumulando a través de los años deben ser extirpadas del cuerpo y destruidas cuando son contaminadas. Considerad el cuidado que se tiene con las ropas

que tienen contaminación radioactiva. Se desechan definitivamente. De igual manera, el creyente debe separarse de su vieja vida de pecado cuando se convierte en seguidor de Cristo. Todo lo malo de su vida debe ser desechado. Dios no puede tener contentamiento con la obediencia parcial.

"La inmundicia" comprende la idea de los fracasos morales. Este fracaso no comprende el significado completo, pero Jacobo esperaba que sus lectores se darian cuenta de este aspecto de la inmundicia. Las altas normas de moralidad que son de Dios necesitan ser enfatizadas en la década actual también pues nuestra sociedad se aleja cada vez más de las normas fijas de la moralidad. Y se siente una gran necesidad de que se renueve el interés por las normas cristianas. Para que no nos conformemos con simplemente *no* hacer algunas cosas que generalmente se consideran como malas, necesitamos ver que esta "inmundicia" también se refiere a la malicia. Un moralista puede abrigar una naturaleza viciosa en su corazón.

El segundo término que se usa, "maldad" o "lo malo", denota lo que es malo en general. Jacobo no apoya la idea de que hay algún aspecto de lo malo que sea aceptable cuando usa la palabra "superfluidad" o "abundancia". En vez de eso, lo que él quiso decir es que todo lo malo, sea grande o pequeño debe ser extirpado. Solamente cuando el individuo hace esto puede empezar a aproximarse a la estatura que Dios espera de sus hijos.

3. Recibiendo la Palabra Implantada

No es suficiente con que nos despojemos de lo malo. Algo bueno debe llenar su lugar (Lucas 11:24-26). Por eso Jacobo exhorta a sus lectores a "recibir con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas". La palabra probablemente se refiere al evangelio. El individuo ha de abrir su mente y su corazón para que Dios entre y realice su misterioso y maravilloso trabajo de redención. La redención no se hereda con el nacimiento físico, tiene que ser recibida. Es plantada en la persona, o, para cambiar la figura, es injertada. La expresión es altamente significativa para los que conocen de agricultura. En la actualidad se hace cada vez más significativa para nosotros cuando leemos acerca del trasplante de órganos humanos. Estos trasplantes salvan vidas en el espec-

to físico y el implantar la palabra de Dios salva la vida en el sentido espiritual. Porque es al recibir esta palabra de fe que encontramos el camino a una vida verdadera y también encontramos el camino para recibir el perdón de los pecados.

La palabra de Dios debe ser recibida con mansedumbre. El orgullo ha de ser puesto a un lado, es uno de los mayores obstáculos para que el hombre se acerque a Dios. Queremos tener algo de qué gloriarnos delante de Dios. ¡Esto es imposible! La salvación es un don de Dios para todos aquellos que quieran recibirlo. El hombre no puede hacer otra cosa que aceptarlo, no puede ganarlo.

II. OIDORES O HACEDORES (1:22-25)

En estos versículos Jacobo vuelve a hacer su recomendación: "Sed prontos para oír." Por lo tanto, él presentaba el contraste entre estos dos tipos de hombres: los que simplemente se contentan con oír y aquellos que actúan además de oír.

1. *Los que se Limitan a Oír*

Jacobo empieza con una advertencia positiva: "Sed hacedores de la palabra" e inmediatamente la deja en suspenso hasta que ha discutido más ampliamente el aspecto negativo.

El cuadro del oidor nos trae a la mente la lectura de las Escrituras en el templo. El autor habla de uno que se conforma con oír y no hace nada en consecuencia. Esa clase de hombre se engaña a sí mismo. Es algo muy trágico que una persona sea engañada por otros, pero es algo sumamente patético si un individuo es culpable de engañarse a sí mismo. Eso es precisamente lo que una persona hace consigo misma cuando oye la Palabra de Dios predicada o enseñada, admite que el mensaje es oportuno y verdadero y sigue viviendo una vida que no ha cambiado en nada.

Nuestras iglesias tienen entre su membresía a muchos que están contentos con escuchar mientras no se requiera de ellos acción de ninguna clase. Pero los que así se conducen pierden de vista la finalidad principal. Jesús nunca llamó a nadie para que fuese un mero oidor. Retó a los pescadores diciéndoles: "Venid en pos de mí y yo os haré pescadores de hombres (Mar. 1:17). A sus seguidores les dio la siguiente comisión: "Reci-

biréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos" (Hechos 1:8). Su llamamiento siempre es para seguirle y avanzar, nunca para sentarse simplemente y escuchar.

Jacobo compara al que simplemente escucha con el hombre que se mira de refilón en un espejo para comprobar que su aspecto general es adecuado, pero no le presta atención a los detalles que allí ve. No ha hecho más que darle una mirada distraída y tan pronto como se va a sus ocupaciones, se olvida de lo que allí vio.

Los espejos del primer siglo estaban hechos de metal pulimentado y no eran tan claros como los que hoy conocemos. Así, Pablo habla de ello como de verse en un espejo en la oscuridad (1 Cor. 13:12). Esa clase de imagen era una pobre presentación de la persona en cuestión. La reflexión se parecía a la que podemos ver cuando nos miramos en un estanque de agua clara.

Jacobo se refiere al hombre que así se ve como al que mira "su rostro natural". Y la mayor parte de los que estudian esta Epístola lo interpretan como el hombre que sólo mira a su aspecto externo. Y esto se halla en contraste con el concepto del individuo que se examina interiormente considerándose de acuerdo con lo que le revela la Palabra de Dios.

La acción del individuo que echa esa mirada al espejo es brusca, no pierde tiempo. Mira y se va a sus ocupaciones diarias. Se mira y se va a sus quehaceres sin pensar más en su aspecto. Las cosas que oye nunca van más allá de la superficie de la piel. No hay en él convicción de pecado ni comprensión de su equivocado proceder. No siente mayor amor ni compasión para los perdidos. No se anima a servir mejor ni le remuerde la conciencia al comprender que Dios espera de él más de lo que está haciendo. Esta es la tragedia del oidor que nunca responde ni actúa de acuerdo con lo que oye.

2. *Los que Oyen y Hacen*

El contraste entre el hacedor y el oidor es evidente. El hacedor es uno que observa cuidadosamente. El vocablo que aquí usa Jacobo da la idea de uno que se inclina para mirar mejor (1 Pedro 1:12). El hacedor mira más cuidadosamente que el oidor.

La segunda comparación es la de que el hacedor contempla "la perfecta ley de la libertad", mientras que el oidor sólo

mira a la reflexión imperfecta en el espejo de metal. Es significativo que el hombre mira a la ley. En este caso se podría considerar a la ley más adecuadamente como el evangelio. El oidor mira cuidadosamente hacia la ley, la busca para encontrar la verdad que le atañe. Esta ley se describe como la perfecta ley, lo cual quiere decir una ley que es completa y adecuada. No se puede concebir otra ley mejor, es la ley que puede y debe revelar al hombre a sí mismo pues por ella se ve como realmente es y como Dios lo ve. Ve su pecado, se arrepiente y se vuelve a Dios.

Al mismo tiempo, la ley de la libertad a la cual se refiere Jacobo es la ley que el hombre puede aceptar y seguir. No está obligado a hacerlo, pero la considera y la elige como suya propia. Es también la ley de la libertad porque sólo por ella puede el hombre encontrar la única verdadera libertad que existe. Jesús había dicho antes: "Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Juan 8:32). No existe verdadera libertad fuera de Cristo. "El evangelio cristiano es la ley de la libertad porque crea en los corazones de los que perfectamente lo reciben la disposición y el poder de obedecerle."

El tercer contraste se presenta entre el oidor olvidadizo y el hacedor que permanece y persevera. El "mero oidor" le dio un vistazo a la verdad y se fue inmediatamente a rutina diaria. El hacedor se siente tan atraído por la mirada detenida que le ha dado a la revelación de Dios que permanece cerca de ella para aprender más y ser guiado por ella. ¿Nos representa a nosotros este cuadro? ¿O tal vez oímos la palabra de Dios y no perseveramos en ella ni el estudio de esa Palabra lo suficiente para que ella haga un impacto en nosotros y cambie nuestras vidas? Oímos, pero después nos olvidamos. El hacedor, sin embargo, persevera en este estudio de las Escrituras y esto lo lleva a convertirse en un hacedor del trabajo antes que en un oidor olvidadizo.

El hacedor del trabajo es el que recibe la recompensa de Dios y su alabanza antes que el que simplemente se sienta y escucha sin laborar (Mat. 7:21-27). Aunque es bueno ser pronto para oír es también esencial actuar de acuerdo con lo que se ha oído. Oímos la verdad de Dios pero muchas veces somos muy lentos para actuar de acuerdo con esas verdades que oímos.

III. REFRENAR LA LENGUA (1:26)

Las advertencias que se refieren al uso de la lengua se repiten en esta carta. Ya hemos visto cómo Jacobo hacía resaltar la tendencia de hablar demasiado pronto como uno de los problemas reales del cristiano. Aquí se podría incluir el hablar demasiado y el hablar sin pensar en lo que se dice. Y en esta parte se insiste en que la lengua debe estar refrenada.

Jacobo nos habla también acerca del hombre que se considera a sí mismo religioso. Podemos imaginarnos cómo es tal persona y hacer de ella un retrato. Es una persona que presenta todas las evidencias externas de ser piadosa y devota, que asiste a los servicios de su iglesia con regularidad, que toma parte activa en el trabajo de su iglesia, que lee su Biblia, ora en público y probablemente hasta es diezmadora. En otras palabras, cumple con todos los requisitos externos de una religión.

Es fácil dar la impresión exterior de que se es religioso sin controlar la lengua. Tal vez se puede engañar a alguien pero el individuo cuya lengua no tiene freno, sólo se está engañando a sí mismo.

Es de notar que Jacobo no hace comentario alguno sobre la extrema maldad de lo que tal vez se está diciendo, no se acusa a la persona en cuestión de estar maldiciendo y ni siquiera murmurando. Estas podrían haber sido sus faltas, pero el comentario de Jacobo no se limita a ellas sino que la censura se dirige a que la lengua no tenía freno. Por lo tanto, si alguien desea ser agradable ante Dios, tiene que vencer esta falta.

IV. CUALIDADES INTERNAS Y EXTERNAS DE LA RELIGION (1:27)

Después que se ha tratado del aspecto negativo que hace inútiles todas las prácticas religiosas, Jacobo vuelve a insistir sobre lo que es positivo. ¿Cuál es la verdadera práctica religiosa? ¿Cómo actúa la persona que es hacedora de la palabra y no simplemente oidora? Suponiendo que tiene su lengua bajo control, ¿qué otros aspectos debe tener su vida? La contestación es una lista de dos características: una es la expresión exterior de las relaciones del individuo con sus prójimos y la segunda expresa la naturaleza de su carácter interior.

1. El Ayudar a los Necesitados

"La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones." Este consejo dado por Jacobo está de acuerdo con la naturaleza práctica de su carta.

Jesús hizo énfasis sobre los resultados prácticos de nuestra fe. La parábola del buen samaritano (Lucas 10:30-37) es un claro ejemplo de ello. El sacerdote y el levita podrían haber asegurado que eran personas religiosas, pero fallaron cuando se trató de dar ayuda al hombre que estaba en necesidad. El samaritano, despreciado y considerado inferior por los judíos, fue el héroe de la historia por haber mostrado misericordia al que se hallaba en necesidad.

Cuando Jesús vio a los hombres hambrientos, los alimentó; y cuando vio a los enfermos sanó sus cuerpos. Se sentía afligido con todas sus necesidades y dando énfasis a este mismo asunto, Juan escribió lo siguiente: "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?" (1 Juan 3:17).

Los dos grupos de personas más necesitadas en la época de Jacobo eran los huérfanos y las viudas; mucho mayor de lo que es hoy y había grande necesidad. No existían las agencias públicas organizadas para atender a las necesidades de ninguno de esos dos grupos. Las viudas no podían encontrar empleos para subvenir a sus necesidades y su única esperanza estaba en que la comunidad religiosa se ocupase de socorrerlas. En este campo del servicio los judíos habían sido muy comprensivos y esa clase de necesitados era considerada como un interés especial de Dios (Salmo 68:5). La iglesia de Jerusalén se ocupaba de las viudas dentro de su propia comunidad.

Los que estudian las Escrituras han observado que este vocablo "visitas" tiene varios significados como observar, vigilar, cuidar, ejercer cierta clase de tutela. Lo cual significa que los hermanos no sólo debían "visitar" a los necesitados sino cuidar de ellos.

Las necesidades físicas reclaman nuestra atención y hemos de hacer constar que la religión no es una cuestión de seleccionar lo que se ha de hacer: *si* se ha de atender a las necesidades espirituales, *o* si se han de llenar las necesidades fisi-

cas de las personas. Es una situación en que se ha de atender a ambas necesidades.

Es necesario que los programas de nuestras iglesias se hagan de manera que atiendan a estas necesidades en tal forma que ellas no requieran ninguna ayuda especial sino que sean parte integrante de la vida de la iglesia.

2. La Pureza Personal

Hay además, otra cualidad interna que debe ser cultivada por el cristiano. Esta es la mirada introspectiva, la cual demanda la comprensión de que no importa lo ocupado que podamos estar en dar testimonio o en ayudar a otros, siempre debemos evitar el pecado en nuestras vidas. Es fácil complicarnos nuestras vidas en hacer tantas cosas que nos olvidemos de la necesidad de vivir nuestras normas. Podemos fácilmente ver las faltas que puede haber en las vidas de los demás y pasar por alto las que hay en nuestras propias vidas (Mat. 7:3-5). Nadie es inmune a este peligro. Necesitamos comprenderlo claramente con el fin de mantenernos sin mancha.

En este versículo se describe al mundo como lo opuesto a Dios. Los cristianos deben abstenerse de las cosas que evidentemente son malas, pero hay otras cosas en el mundo que no son malas en sí mismas, pero que en determinadas circunstancias pueden estar en oposición a Dios y su obra. Es en estos casos cuando el cristiano necesita la sabiduría de Dios para analizarlas. (Stg. 5). Porque cualquier cosa que sea contraria a la voluntad de Dios y a su propósito en determinado momento, debe evitarse.

Cualquier cosa que nos aleje de nuestra lealtad a Dios, todo lo que vuelva a entronizar el "yo" en el centro de la vida, cualquier cosa que perjudique a otros, estas cosas son "del mundo" y traen manchas sobre la vida del creyente.

La práctica religiosa que es "pura y sin mancha" se refiere en lo exterior a la ayuda práctica que se dé a otros que se hallen en necesidad y en lo interior a la conservación de la vida del creyente pura y sin mácula.

V. LOS PELIGROS DE LA PARCIALIDAD (2:1-7)

Hay muchos aspectos en los cuales nuestra fe puede llegar a carecer de significado en lo que concierne a nuestras relaciones con los demás. Uno de estos es el respeto a la posición

de las personas o la muestra de parcialidad. Este pecado particular nos comprende a cada uno de nosotros porque presenta muchos aspectos. Nos sentimos tentados a pensar que sólo presenta un aspecto en nuestro país y en nuestra generación: la cuestión de la raza. Aunque este aspecto tiene su importancia, no debemos limitar el respeto a la posición de las personas a la cuestión de la raza solamente.

El nos pinta dos hombres que entran en un templo cristiano. Uno de ellos era rico y el otro pobre, lo cual se aprecia evidentemente por la manera en que están trajeados. Uno lleva magníficas ropas y ostenta un anillo de oro en su dedo y el otro va vestido de andrajos. Al rico se le dio un lugar preferente en la asamblea mientras que el pobre tuvo que sentarse en el suelo o quedarse en pie.

Nada se nos dice acerca de aquellos dos hombres excepto lo que se refiere a su situación económica. Se supone que los dos eran visitantes y los acomodadores no sabían nada acerca de sus condiciones personales en el momento de saludarlos y dirigirlos a sus respectivos lugares. Jacobo expresó que la situación era intolerable y que esa demostración de parcialidad estaba por completo equivocada.

1. *Contraria a la Fe*

El primer punto indicado por Jacobo es que esta muestra de parcialidad es contraria a la fe en Jesucristo. El se refería a la fe que sus lectores tenían en Cristo, no a la fe que Cristo pudiera tener en ellos.

La parcialidad es contraria a la fe porque significa que uno está haciendo distinción entre las personas que Dios acepta como iguales. Jesús, por medio de sus actos, demostró que Dios se interesa igualmente por todos los hombres. El nunca rechazó a un pobre a causa de su pobreza o aceptó a un rico por su riqueza. Nunca despreció a un gentil, ni a un samaritano y estaba dispuesto a sentarse a la mesa con gente pecadora

igualmente que con aquellos que confiaban en él. (Hch. 10: 9-16; 34, 35; Gál. 3:28).

Por lo tanto, el hombre que juzga a base del aspecto exterior no está siendo fiel a su fe. La fe mira por debajo de la superficie y trae al exterior la unidad de los hermanos juntos en Cristo.

Jacobo también dice que los que muestran parcialidad entre las personas son culpables de convertirse a sí mismos en jueces. Naturalmente, nunca deberíamos pretender hacer juicios acerca del valor humano, porque nosotros no vemos más que el exterior y no podemos penetrar en el interior de las personas. Así, cualquier juicio que podamos hacer, es susceptible de probable error. El juicio se le debe dejar a Dios.

Sin embargo, es demasiado fácil para nosotros caer en el hábito de actuar como jueces y hacer decisiones acerca de las personas a base de lo que podemos apreciar exteriormente. Vemos a una persona y al momento pensamos que sería maravilloso que se uniese a nuestra iglesia porque podría hacer donativos monetarios que serían de gran ayuda. Tal vez hay otra persona tan pobre que sus donativos no pesarían gran cosa en la situación financiera de la iglesia y si no tenemos cuidado, le daremos más atención al primero y buscaremos con insistencia que se una a nuestra iglesia, con preferencia al segundo.

Cuando hacemos nuestra selección a base de estas cosas, somos culpables de lo que condenaba Jacobo tan terminantemente. Y, desgraciadamente, todos nosotros estamos propensos a hacer decisiones de esta clase.

2. *Contraria a la Valuación que Dios Hace*

Jacobo hace la observación de que además de ser esto contrario a la fe, el mostrar esa parcialidad es contrario a la valuación que Dios hace de cada persona. "¿No ha escogido Dios a los pobres del mundo para ser ricos en fe y herederos del reino que él ha prometido a aquellos que le aman?" Esto concuerda con el Antiguo Testamento. "En los Salmos, cuando se dice 'los pobres' es casi equivalente a 'los buenos'." Los miembros de la comunidad del desierto en la aldea de Qumrán, en el Mar Muerto, acostumbraban referirse a sí mismos como 'los pobres'.

Evidentemente no había muchos ricos entre los primitivos cristianos. En las primeras décadas, el cristianismo tenía un

atractivo especial para los pobres. Había algunos ricos entre los convertidos, pero la mayor parte de éstos provenía de los grupos pobres. Esto nos ayuda a comprender la pobreza de la iglesia de Jerusalén y la necesidad de que se le enviase ayuda (Hch. 11:27-30). La pobreza es la situación que encontramos tras las declaraciones de Pablo a los Corintios. "Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne... a fin de que nadie se jacte en su presencia" (1 Cor. 1:26-29)

El juicio de Dios no siempre se halla de acuerdo con el del hombre. Jesús fue criticado constantemente porque se juntaba con los de las clases más bajas en su día. Ninguno que no fuera Jesús podía comprender el caudal potencial que había en esa clase de gente. Jesús vio lo que valía cada uno de ellos y los llamó para que le siguiesen. En la actualidad Dios sigue confundiendo los juicios del mundo y todavía se ocupa de cada uno de los hombres que lo forman. No hay nadie que sea tan insignificante, ni nadie tan elevado que esté fuera del área de su interés y el interés de Dios debe ser el nuestro también. ¿Nos atreveremos a asumir una posición opuesta a la de Dios en nuestra perspectiva de los hombres? Solamente cuando aprendamos a mirar a los demás con los ojos con que Dios los ve, podremos empezar a amarlos como Dios los ama.

Jesús señaló que nuestro amor es la señal del perdón de nuestros pecados (Lucas 7:31-50). Si hemos experimentado el perdón, entonces les amaremos.

3. *Ilustra por Medio de las Acciones de los Ricos*

La parcialidad se ilustra en la carta de Jacobo por la actitud del rico. Primeramente, ha oprimido al pobre y lo ha llevado a los tribunales. En estos versículos es probable que los ricos de los cuales habla Jacobo no fuesen seguidores de Cristo, y su conducta corriente fuese la de emprender cualquier cosa con tal de que ello aumentase sus riquezas o su posición de poder y preeminencia. Por eso echaban mano de los procedimientos de procesos legales y otros. Esta manera de proceder no era ciertamente honorable.

La segunda ofensa era que los ricos blasfeman o hablan mal del "buen nombre que ha sido anunciado entre vosotros." El nombre de Cristo no era reverenciado y honrado por esta clase de personas puesto que ellos mantenían esta actitud

hacia Cristo, no había excusa alguna para que los cristianos tuviesen tal preferencia en favor de ellos.

Los cristianos que adquieren sus riquezas por medios honorables y que son buenos mayordomos de sus riquezas no se encuentran entre los ricos malvados, a quienes Jacobo condenaba.

VI. LAS RELACIONES DEL CRISTIANO CON LA LEY (2:8-13).

Tal vez Jacobo suponía que alguno pondría en tela de juicio sus opiniones acerca del tratamiento de los ricos. ¿Y en el caso de que la demostración de interés expresada al rico fuera verdaderamente una expresión de amor? ¿Sería malo demostrarle interés?

4. *La Motivación para Actuar*

Jacobo hace suponer que la acción hacia el rico estaba justificada si ella era una expresión de amor. La "ley real" era: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo": Esta es la ley del reino y esto parece indicarnos que el mandamiento es de origen divino. Fue la ley dada por Dios y es un requisito para el pueblo de Dios que constituye un "real sacerdocio" (1 Ped. 2:9).

Dios nos ha ordenado que amemos a nuestros prójimos y este mandamiento fue dado en el Antiguo Testamento (Lev. 19:18) y, aunque sea un mandamiento difícil de guardar, Dios espera que su pueblo se conduzca con amor. No un amor a medias, sino un amor hacia todas las personas, ya sean ellas ricas o pobres, sin tener en consideración su aspecto externo o su condición. Todos son nuestros prójimos y debemos amarlos con sinceridad.

Este amor no es una simple cuestión emocional, Dios no nos recomienda que nos guste todo el mundo o que tengamos un profundo amor por cada persona. Este amor es un amor pleno de bondad; un profundo interés por el bienestar físico y espiritual de nuestro prójimo.

Algunos podrían aducir que el hecho de recibir al rico en la asamblea era un acto de obediencia a la ley del amor. Pero ellos habían mostrado parcialidad y Jacobo lo apreciaba así porque él consideraba que no los había guiado la ley del amor puesto que ellos habían despreciado al pobre y de cualquier

manera que se considere, la parcialidad es pecado y no hay manera de justificarla ante Dios. El individuo que la practica está expuesto por la ley como transgresor y la tal persona será llamada a dar cuenta delante de Dios por sus acciones, puesto que ha faltado a los requerimientos de Dios y debe afrontar las consecuencias.

5. *La Obediencia a la Ley Entera*

Claro está que se puede argumentar que el demostrar parcialidad no es una cuestión muy importante después de todo, porque hay otros mandamientos que son más significativos. Por el contrario, la ley es una unidad en sí; o se cumple toda ella, o el individuo es considerado culpable de ser un transgresor de ella. Puede ser que sólo haya faltado en algún pequeño detalle, pero el transgresor es responsable delante de Dios de vulnerar toda la ley.

La ley ha sido dada en su totalidad por Dios y no podemos singularizar un mandamiento y decir: este vino de Dios y el otro no, porque de la misma manera que Dios es uno, también su ley es una.

Esto significa que el creyente es responsable por completo ante Dios por todo lo que es y por todo lo que hace.

El romper la ley lo convierte a uno en transgresor, ya sea por mostrar parcialidad o por cometer un asesinato. En las dos acciones se refleja la actitud del mundo antes que la actitud de Cristo y ambas son contrarias a la voluntad y al propósito de Dios que nos han sido revelados. Ninguna de ellas puede ocupar un lugar en la vida del seguidor de Cristo. El concepto de la Ley de Dios que es condenado por Jacobo es el concepto que quiere presentarla como una colección de reglas sin relación alguna. Eso podría considerarse adecuadamente como una concepción esclavista, y la Ley de Cristo es una ley de libertad que demanda la libre manifestación en la conducta externa del espíritu de amor que hay en el interior.³

Dios demanda que la vida sea de una calidad superior. Puesto que se trata de una ley que el creyente ha tomado voluntariamente sobre sí, está bajo la suprema obligación de ser obediente a ella. Esta es la clase de ley por la que el individuo ha de ser juzgado.

Solamente hay una manera de evitar el juicio de Dios y esta es: Demostrando misericordia hacia los demás. El que no

muestra misericordia, no recibe misericordia. El que es misericordioso recibe misericordia. De esta manera "la misericordia se gloria contra el juicio". Y la misericordia debe mostrarse sin ninguna clase de reservación.

Necesitamos examinar nuestras vidas cuidadosa y sinceramente para convencernos de que no tenemos parcialidad para nadie. En materias de esta clase es donde estamos más prestos a ofender. Los "grandes" pecados se descubren fácilmente y son más fáciles de evitar, pero no somos tan cuidadosos en otros asuntos. Jacobo nos avisa que aun una cosa al parecer tan insignificante como la parcialidad, puede anular todo el testimonio que un creyente esté esforzándose por dar en otro aspecto. Tenemos que esforzarnos con toda nuestra sabiduría y nuestra energía para demostrarle a nuestro vecino que le tenemos amor sin que nos importe quien es, qué es o cómo vive. Sería trágico que las personas por las cuales Cristo murió rechazaran nuestro testimonio porque no pudiéramos vencer la tendencia a demostrar parcialidad, basada en la consideración de circunstancias exteriores y en su aspecto.

LA RELACION ENTRE LA FE Y LAS OBRAS

Con esta porción de Santiago (2:14-26) llegamos a la parte de la carta que en épocas pasadas ha causado que más personas considerasen que Jacobo no merecía la misma consideración que los otros grandes escritores del Nuevo Testamento. Cuando el autor dijo: "¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre?" (2:21) pareció que se había ido lejos del concepto del Nuevo Testamento de que la salvación es por gracia por medio de la fe.

¿Enseña realmente Jacobo que la salvación se gana por medio de las obras? Superficialmente podría parecer que ese era el caso, pero antes de unirnos a los que condenan a Jacobo, demos un vistazo detenido, para descubrir lo que él quería decir y la significación que para nosotros tienen sus declaraciones.

Se sostiene a menudo que Jacobo y Pablo sostienen puntos de vista completamente opuestos. Pablo insistía en que la salvación estaba basada completamente en la fe y no en las obras. Jacobo parece darle énfasis a las obras y no a la fe. Sin embargo, después de un examen más detenido, se aprecia que las diferencias entre los dos son principalmente cuestión de palabras y énfasis más que un básico antagonismo en la doctrina. Los que pretenden hallar una diferencia básica entre Jacobo y Pablo no se ponen de acuerdo sobre quién escribió primero. Algunos opinan que Pablo, en sus escritos, argumentaba en contra de la posición de Jacobo, o por lo menos, argumentaba contra una mala interpretación de las enseñanzas de Jacobo. Otros creen que el autor de esta carta escribió contra las ideas de Pablo o una mala interpretación de sus declaraciones. La realidad es que hay tanta disparidad entre los eruditos que

esto nos lleva a pensar si no habrá otra clase de respuesta a esta pregunta.

Nuestra posición en el curso de estudio de este libro es la de aceptar una fecha temprana para el escrito de Jacobo. Por lo tanto, el autor mal podría estar en controversia con Pablo, ni con su doctrina de la salvación por medio de la fe, tal como se presenta en Gálatas, Romanos y Efesios, porque dichas cartas aún no habían sido escritas. Más aun, el libro de los Hechos indica que Pablo y Jacobo estaban de acuerdo básicamente en lo concerniente a la manera en que el individuo es salvo (Hch. 15:13-21). Es posible que la carta de Jacobo fuese mal interpretada más tarde por algunos que no comprendieron que la fe y las obras están vitalmente relacionadas. De igual manera, Pablo se vio enfrentado con este problema porque algunos creían que la doctrina de la salvación por la fe los llevaba a una manera de vivir sin freno (Rom. 6:1-4). El énfasis de Pablo sobre la salvación por la fe es comprensible sin que tengamos que asumir que estaba dirigido a evitar un mal uso de la declaración de Jacobo en este sector de su carta.

El propósito de estos escritos en cuestión ha de ser cuidadosamente estudiado si queremos entenderlos correctamente. El trataba en gran parte, con personas que se hallaban bajo la impresión de que la salvación viene por medio de la obediencia a la ley. Otros hasta decían que la fe en Jesús no era suficiente. Y había una corriente de opinión entre los judíos cristianos de que los gentiles, además de creer en Jesús debían hacerse judíos y tomar sobre sí las obligaciones de toda la ley judía, tanto la moral, como la ceremonial. Estas fueron las ideas a las que Pablo se opuso tan tenazmente. El quería dejar sentado con toda claridad que nadie podía ser acepto ante Dios por el cumplimiento de la ley y era insensato pretenderlo si quiera. Por lo tanto, Pablo ponía su mayor énfasis en la salvación por medio de la fe.

El problema que tenía que combatir Jacobo era distinto. Para él la cuestión no se refería al camino de salvación. El hubiera estado de acuerdo de que el hombre es acepto ante Dios solamente por medio de la fe, pero el punto que a él le preocupaba señalar era de que no puede haber una verdadera fe que salve si esa fe no se demuestra en la manera en que el individuo vive. Las obras son la natural e inevitable consecuencia de

la fe genuina. Las obras no hacen al hombre aceptable ante Dios, pero ellas, sí, demuestran que la fe que se pretende tener es una verdadera fe.

Pablo hubiera estado de acuerdo con el énfasis de Jacobo. Es verdad que él les escribió a los Efesios: "Porque por gracia sois salvos por la fe", (2:8). Pero también insistió en que "Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano, para que anduviésemos en ellas" (2:10). Las buenas obras en la forma en que Pablo hace uso del vocablo, son imposibles para ninguna persona que no sea cristiana. Y ellas son una necesidad en la vida del creyente. Hasta aquí Jacobo y Pablo marchan de perfecto acuerdo.

I. LA FE SIN OBRAS (2:14-17)

Jacobo dirigió en primer lugar su atención hacia el individuo que podría pretender que tenía fe pero cuya fe no se demostraba en ninguna forma exterior. Indudablemente, en el primer siglo había muchas personas de esta clase como las hay hoy. Uno de los mayores contrapesos para la propagación del cristianismo en el día de hoy lo constituyen aquellos que pretenden ser cristianos pero no lo demuestran en la vida que llevan. Este es el hombre a quien se refiere Jacobo en estos versículos. ¿De qué sirve una fe de esa clase? "Jacobo aquí habla en nombre del individuo práctico de estos tiempos que desea ver alguna verdadera diferencia en la vida de aquel que se hace cristiano".¹

1. Sin Provecho Espiritual

Vivimos en una sociedad materialista, pero en el centro de todo lo que se hace hay un contenido espiritual. Por lo tanto, tenemos una tendencia a poner primero el resultado material de la fe, pero Jacobo no procedía así de esa manera. En vez de eso, se ocupaba primeramente en averiguar su ventaja espiritual, declarando que cualquiera puede gloriarse todo lo que le parezca acerca de su fe, pero a menos que esa fe no se demuestre en su manera de actuar ¿podrá esa clase de fe salvarle? "¿Podrá la fe salvarle?" se traduce mejor cambiando el artículo "la" a un adjetivo "esa" para enfatizar que "esa fe" estéril no tiene poder salvador.

No existe un verdadero conflicto entre Pablo y Jacobo, sólo hay un énfasis distinto y un problema diferente es el que se confronta.

Tal vez a estas alturas sería oportuno considerar lo que queremos decir por la palabra "fe". Ella significa tantas cosas diferentes cuando es usada por distintas personas y en diversas situaciones, que hemos de tener mucho cuidado para comprender aquello de que estamos hablando cuando usemos el término.

Para muchas personas la fe es simplemente la aceptación intelectual de ciertas verdades. Tal vez la mayoría de las personas que están fuera de la iglesia piensa en esto solamente cuando oye la palabra "fe". Sin embargo, la palabra misma se usa de esta manera en el Nuevo Testamento muy raras veces o casi ninguna. Algunos sugieren que ese es el uso que le da Jacobo en 2:19.

Otro significado de "la fe" es el que se encuentra en Hebreos 11 (Véase v. 1). Significa más que aceptar intelectualmente que algo es la verdad. Acepta la existencia real de Dios y lo espiritual. Hay más de lo que se puede conocer por los sentidos. Sin embargo, la palabra fe tiene significado aun más profundo.

La palabra "fe" tal como se usa en el Nuevo Testamento, significa la entrega de la vida de uno a Dios en Jesucristo, sin reservas. Este es el uso corriente que Pablo hace del término en cuestión y comprende la aceptación de ciertas verdades. Es la comprensión de quién es Jesús y lo que él ha hecho. Comprende la sensación de completa dependencia de Dios, pero también incluye la aceptación del señorío de Cristo sobre la vida del individuo. Esta es la única clase de fe que tiene significado y es el único tipo de fe que, a la luz del Nuevo Testamento, tiene valor salvador. Toda otra clase de fe es débil e inadecuada. Esta verdadera fe se demuestra a sí misma por medio de la acción. Cristo es el Señor de la vida; el yo se ha puesto a un lado y las inclinaciones egoístas ya no son seguidas por el creyente, pues se ha convertido en una nueva criatura (2 Cor. 5:17). Este ha nacido de nuevo (Juan 3:3). Cualquier otra clase de algo que pretenda llamarse fe no es más que una fe "muerta" (Stg. 2:17). Y esta nueva vida se hará evidente en la persona que ha ejercitado esa clase de fe.

Con esta comprensión del significado de la fe, podemos pasar a considerar lo que Jacobo tiene que decir en este pasaje.

¿Puede la fe que no se exterioriza por medio de las obras traer al individuo a una correcta relación con Dios? Jacobo insiste en que no es posible. Tal vez en ese momento estaba recordando alguna de las enseñanzas del propio Jesús. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mat. 16:24). "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mat. 7:21). Jesús insistió repetidamente en que la verdadera relación con Dios ha de ser demostrada por la obediencia a la voluntad de Dios. Este es precisamente el punto sobre el cual Jacobo insiste. La fe que no da frutos no puede salvar.

2. Sin Beneficio Material

Jacobo se dio cuenta que muchos no aceptarían el argumento presentado en 2:14; por eso usaba una ilustración muy apropiada. El presenta una situación que les debe haber sido familiar en las congregaciones del primer siglo: una persona hambrienta y mal vestida que entra en su asamblea. En este caso, les pregunta Jacobo, ¿de qué sirven las palabras solamente? Es fácil reconocer la necesidad material de la persona, pero el mero reconocimiento de esa necesidad y la simple expresión de simpatía no alivian en nada la necesidad. De nada sirve que se le diga a la persona que está padeciendo por falta de ropa de abrigo: "Vé en paz y caliéntate", a menos que se le ayude a conseguir ropa abrigadora y la manera de que se pueda calentar. De igual manera es inútil que se le diga a la persona que está sufriendo las mordidas del hambre: "Vé en paz y sáciate", si no se le proporciona el alimento que ha de matar su hambre.

Estos son asuntos prácticos. La expresión esencial de la religión. Recordemos lo que dice en 1:27. La religión pura y sin mácula, delante de Dios el Padre es esta: "visitar a las viudas y a los huérfanos en sus aflicciones".

Jesús había enseñado que se le sirve a él en el servicio que se le hace a otros en Mateo 25:31-46, especialmente vs. 41-45. ¿No hay un paralelo muy íntimo entre lo que Jesús dijo y el punto en que insiste Jacobo? Las expresiones de interés, si no motivan una acción carecen de valor alguno. La

fe que no desemboca en acción no tiene valor material, ni valor espiritual.

3. Sin Vida

Jacobo es muy radical cuando dice: "Así también la fe, si no tiene obras está muerta en sí misma." Tal vez si nosotros hubiésemos sido más dogmáticos, pudiéramos haber dicho que esa fe era débil o que era sólo el principio de la fe, o habríamos insistido en que la fe no necesita absolutamente demostrarse por medio de actos externos. Es cierto que hay muchas personas que son humanitarias y es muy de agradecer el interés filantrópico de los hombres que hacen sus obras impulsados por un simple interés en las necesidades humanas. Sin embargo, Jacobo pregunta muy seriamente cuál es la situación verdadera de una persona que pretende ser cristiana y que no participa de ese interés por las necesidades humanas. Naturalmente, ese interés no significa necesariamente que los que lo sienten son cristianos.

Jacobo insiste en que la verdadera fe debe demostrarse por medio de la acción. Ella se revela por medio del servicio a Cristo y servir a Cristo comprende servir a otros y cualquier fe que no se demuestra de esta manera, está muerta. Esta palabra significa lo opuesto a la vida en sentido físico o espiritual. El estar muerto también significa carecer de valor, de poder o de significado y esta parece ser la principal idea de Jacobo en este caso. La fe que solamente se muestra por la profesión y no por medio de la acción no tiene valor y carece de poder para ayudar a los demás o para salvar al individuo que profesa esa clase de fe.

"El movimiento y la acción son la demostración de que hay vida y, por lo tanto, cualquier creencia religiosa que no vaya acompañada de estos hechos, por la acción práctica que Dios quiere que sea un impulso vital, es materia muerta."² Este aserto demanda que cada uno de nosotros se examine a sí mismo honradamente para ver si nuestra fe da indicación de vida y vitalidad

II. LA FE CON LAS OBRAS (2:18-25)

La discusión de Jacobo acerca de la significación de la fe puede hacer surgir objeciones. Siempre ha habido aquellos que insisten en que la fe y las obras son dos asuntos separados.

Esto sería especialmente cierto con los creyentes del campo judío, pero también les pasa a muchas personas que provienen de nuestro ambiente. ¿Pudo Jacobo sostener su posición contra los argumentos de los que diferían de su manera de pensar? Eh los siguientes versículos parece que se pretende sostener esa posición y demostrar por medio de argumentos y ejemplo lo que comprende y abarca la verdadera fe.

1. La Demostración por las Obras

En este punto, Jacobo adopta un estilo de argumentación que era bastante común en aquel entonces. El asume que se presenta un oponente como en un debate. Por lo menos, esta parece ser la mejor interpretación de la primera parte del versículo 18. "Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras." Tal vez esto sea para recordarnos que todas las cosas se consideraban como dones de Dios y que los dones de Dios no eran los mismos para cada persona. Un hombre recibía dones de una clase y el otro de otra clase. El que estaba haciendo la objeción insistía en que un hombre había recibido el don de la fe. Esto no comprende necesariamente el don de la fe. El segundo hombre había recibido el don de las obras sin ninguna relación obligada con el don de la fe. Ese argumento debe haber hecho gran impresión en la iglesia primitiva con su insistencia sobre la libre acción del Santo Espíritu sobre los creyentes.

El contraste es bien marcado. El concepto del versículo 18 ofrece el claro contraste entre dos puntos de vista. Hay un decidido énfasis sobre el "Tú" y el "Yo". "Es como si el opositor le estuviese diciendo a Jacobo: *Tú tienes fe*. ¡Perfectamente! Puesto que ese es el don que tú has recibido de Dios, gózate en ello; pero no esperes que todos los demás sean como tú. Y no te inquietes tampoco si no tienes las obras para acompañar a la fe. *Yo tengo obras*. Esto también es bueno y conveniente y me regocijo en ello. Pero no exijo que todos los demás tengan el mismo don. Porque un hombre tiene un don y el otro tiene otro distinto." Esta parece ser la manera en que Jacobo comprendía el punto de vista de aquellos que adoptaban la posición de que se podía tener fe o tener obras.

Es probable que algunos rastros de la filosofía griega se adviertan en esta manera de argumentar. Sabemos que en tiempos posteriores hubo aquellos grupos que insistieron en una completa separación entre lo espiritual y lo material. Lo

espiritual se consideraba como totalmente bueno, y lo material como completamente malo. Así, la única cosa verdaderamente importante sería la fe sobre la que se insistía. Para los que sostenían esta opinión, no había sitio para las obras porque todo lo que el cuerpo realizaba era necesariamente malo porque el cuerpo era malo. Luego la fe no podía manifestarse por medio de las obras. No se hacía una verdadera diferencia entre si las obras eran buenas o malas, hasta donde ellos podían comprender, lo que el cuerpo hacía no podía afectar a la parte espiritual del hombre. Por lo tanto, para el creyente no existía tal cosa como el pecado porque el espíritu ya había sido redimido. Los escritores del Nuevo Testamento estaban de completo acuerdo en su oposición a esta peligrosa herejía. Si éste es el origen de los argumentos del opositor en este caso, Jacobo se une a Pablo y a Juan en presentar batalla contra esa clase de conceptos.

La réplica de Jacobo a su opositor en el debate está claramente definida. "Muéstrame tu fe aparte de tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras." La fe que no es más que vocal no puede ser la verdadera fe, no es demostrable ni se puede ver. ¿De qué manera se puede demostrar la realidad de la fe si no es por la manera en que se vive?

Hay muchos otros pasajes en el Nuevo Testamento que podrían citarse en apoyo de la tesis de Jacobo de que la fe no puede separarse de las actividades de la vida diaria. Bueno es que recordemos que estas actividades deben ser evidentes durante los siete días de la semana si han de ser aceptadas como genuinas.

De manera que Jacobo afirmaba tener una fe que podía y debía demostrarse por su vida. "Yo te mostraré mi fe por mis obras." Obsérvese que las obras no toman el lugar de la fe, aunque se ha acusado injustamente a Jacobo en este respecto. El no dice que nos mostrará sus obras, sino que él dice: "Te mostraré mi fe por mis obras." Y es de esta manera que todavía la fe es la que trae al hombre a una relación de salvación con Dios en Jesucristo. La fe sigue siendo el elemento esencial de salvación, pero Jacobo insistía en que esta debía ser una verdadera fe y una fe que pudiera verse en la vida del creyente. No se trata de algo que puede esconderse. No es una fe que no vaya más allá de su expresión verbal. Es una fe que cambia

todo en la vida de tal manera que ese cambio es evidente para el que lo observa. (Ef. 2:10; 1 Juan 2:9; 3:6).

Si el razonamiento lógico pudiera ser convincente en una discusión de esta clase, a estas alturas ya estaría silenciado el oponente de Jacobo. Sin embargo, la experiencia nos enseña que esa clase de argumentos raras veces son convincentes. El problema rápidamente se convierte en emocional y la razón no tiene punto de apoyo. Es fácil insistir en que Jacobo le restó importancia al papel de la fe, pero para contrarrestar esa opinión, más de una vez él vuelve a hablar de la fe que no va más allá de la mera aceptación intelectual de los hechos.

Aunque hay muchas cosas acerca de los demonios que nosotros no comprendemos, sin embargo, Jacobo hace uso de ellos para indicar que aun un ser apartado de Dios como un demonio, puede tener una cierta cantidad de creencia. (Véase 2:19).

El uso de la palabra "creencia" aquí puede aproximarse bastante a la referencia anterior, a su uso con respecto a la aceptación intelectual. Los demonios conocen acerca de Dios pero eso no les ayuda en nada. Por el contrario, "aun los demonios creen y tiemblan". La palabra aquí usada por Jacobo indica el terror que les causa el reconocer el poder y la persona de Dios. Le temen tanto que los pelos se les ponen de punta y tiemblan y se estremecen de pavor.

Se requiere más, y ese más es la obra que da la evidencia del poder redentor y sustentador de la verdadera fe. Este es el poder que va más allá de las palabras y se demuestra en la acción.

2. Se Demuestra por Medio del Ejemplo

Es siempre conveniente el presentar ejemplos para ilustrar las verdades que se enuncian en una discusión. ¿Son estos los ejemplos de individuos cuyas vidas tenderían a indicar que la fe aparte de las obras es muerta e inútil?

Al preparar la presentación del primero de estos dos ejemplos, Jacobo se dirige directamente al oponente y le llama vano y necio. Esto no es en el sentido de la vanidad o del orgullo, sino que la palabra lleva en sí la idea de inutilidad, carente de valor o vacío. Así, el que discute que ha perdido por completo el punto de vista de la revelación de Dios y está siguiendo una ruta equivocada que no puede, ni habrá de llevarlo a Dios porque está confiando en una fe que carece del poder suficiente

para sustentarlo y presentarlo aceptable ante Dios. Un individuo de esa clase demanda una prueba visible de que su posición es equivocada.

Jacobo se propone demostrar al opositor que "la fe aparte de las obras es estéril". Nuestra versión traduce este versículo: "la fe sin obras es muerta", igual que en el versículo 17. Al llegar a este punto, el texto seguido por la versión citada proviene de textos posteriores. Los manuscritos más antiguos prefieren la interpretación de "estéril". Pero aun así, esa fe está seguramente muerta y aquí Jacobo se interesa por mostrar que es inútil y sin fruto. El Nuevo Testamento enfatiza que tiene que haber fruto en la vida del cristiano. Jesús, había dicho: "Por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:16). Pablo nos dejó una lista de los frutos del Espíritu, tales como "amor, fe, mansedumbre, templanza" (Gál. 5:22-23). La fe que no produce obras de esta naturaleza es sin valor alguno y no puede traer redención al individuo.

La demostración de la relación entre la fe y las obras se ve primeramente en la vida de Abraham. En más de una oportunidad, Jesús se refirió a Abraham en tono de elogio (Mar. 12:2; Luc. 16:19-33; Jn. 8:39-58). Asimismo Pablo se refirió a Abraham como el supremo ejemplo de fe y cita Gén. 15:6 en dos ocasiones (Rom. 4:3; Gál. 4:6), lo mismo que hizo Jacobo en el versículo 23 de este capítulo.

No pasó por alto el papel de la fe en la experiencia de Abraham, por el contrario, insistió en que la fe y las obras iban de común acuerdo en la vida de este hombre.

"Y él creyó a Jehová, y le fue contado por justicia" (Gén. 15:6). La fe de Abraham que fue honrada por Dios fue la fe en que la promesa de Dios tendría su cumplimiento, aunque desde el humano punto de vista no hubiera esperanza de que podría cumplirse. Si la lógica y el sentido común tienen algún significado, no había esperanza de que Abraham y Sara pudiesen tener un hijo. Abraham creyó en Dios a pesar de las circunstancias externas y su gran fe recibió el debido reconocimiento en otras partes de las Escrituras.

Pablo enfatiza el pacto de Abraham con Dios y su promesa. Esto era importante para Pablo porque él estaba escribiendo refiriéndose a una disputa sobre cómo el hombre puede alcanzar el ser acepto ante Dios ¿Era el hombre aceptable

por la fe o por las obras que pudiese realizar? Los oponentes de Pablo, los judaizantes, insistían en que era por las obras de la ley que esto se conseguía. Para ellos era necesario convertirse en judío y cumplir con la ley del judaísmo, además de tener fe en Cristo. Para muchos creyentes judíos, la fe era importante, pero no era todo. Pablo razonaba con esa clase de personas que hasta el mismo Abraham fue aceptado ante Dios por medio de su fe y no por lo que él hizo. En este momento de la vida de Abraham, él no había hecho nada de lo cual pudiese gloriarse. Dios lo aceptó porque Abraham creyó y aceptó sus promesas. Lo mismo puede sucederle a cualquier persona. Esta puede llegar a ser aceptable ante Dios solamente si pone su completa confianza en Dios, de la misma manera que lo hizo Abraham. Es cierto que Pablo no olvidaba lo que siguió después en la vida de Abraham. Pero todo lo que siguió fue el resultado de su fe en Dios y a causa de su aceptación ante Dios.

Cuando volvemos a la referencia que Jacobo hace de Abraham, descubrimos que mientras que él cita los mismos versículos él no estaba pensando en la aceptación inicial que Dios hizo de Abraham. El estaba escribiendo, no sobre la manera de cómo hacerse creyente, sino a personas que ya eran creyentes. Estos, a quienes dirige Jacobo su carta, ya sabían que el hombre es salvo por medio de la fe y no por medio de las obras. Su problema era que ellos creían que en la vida del cristiano no había lugar para las obras. Por lo tanto, el autor no enfatiza el punto inicial de la fe de Abraham y su aceptación con Dios, sino más bien el incidente que más claramente demuestra la profundidad y fortaleza de aquella fe; su conformidad en ofrecer a Isaac en sacrificio a Dios. "Jacobo no sabía nada acerca de los hechos o de 'las obras de la Ley', es decir: la observancia de la Ley ritual y ceremonial como parte constitutiva de un derecho a tener méritos ante Dios."

Una vez más es importante notar la base histórica de este incidente. Abraham tenía un hijo mayor que Isaac, Ismael, hijo de Agar, la sierva de Sara. Dios le había informado a Abraham que Ismael no sería su heredero. Más tarde, antes que naciese Isaac, Dios le había dicho a Abraham: "Sara tu mujer dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y con-

firmaré mi pacto con él, como pacto perpetuo para sus descendientes después de él" (Gén. 17:19).

No nos puede extrañar que el reto de que tomara a Isaac y lo ofreciera en sacrificio a Dios tuviera una repercusión tan grande en la vida de Abraham. Allí estaba el hijo por medio del cual habían de venir todos sus descendientes. ¡Pero ahora tenía que matarlo! ¿Cómo era posible que Dios cumpliera sus promesas? La obediencia de Abraham en presentar a su hijo Isaac en sacrificio a Dios fue verdaderamente una obra, pero era una obra de fe. "... la fe actuó juntamente con sus obras y ... la fe se perfeccionó y llegó a la madurez" (Stg. 2:22).

En lo que Jacobo parece insistir es en que si Abraham no hubiera estado dispuesto a ofrecer a Isaac de acuerdo con el mandato de Dios, eso hubiera indicado que algo le faltaba a su fe. Hubiera sido una fe estéril y sin ningún valor para él. Esto es lo que Jacobo quiso decir cuando explicó que Abraham fue justificado por sus obras. Las obras dieron prueba de su fe, no sustituyeron a la fe, sino que la sustentaron. Esto es todo lo que Jacobo quería aclarar en este pasaje.

En oposición con aquellos que insisten en que la fe y las obras pueden separarse y que una persona puede tener fe y otra tener obras, Jacobo estaba bien seguro de que ambas cosas deben ir juntas. Uno no puede tener fe sin obras, e igualmente no se puede tener obras sin fe. Las obras de Abraham no se manifestaron aparte de la fe, sino en cooperación con ella. Sin la previa experiencia del patriarca al aceptar la promesa de Dios, él nunca podría haber llegado a sentirse dispuesto a realizar esta gran obra de fe.

De esta manera no carecemos de base al ver en este relato el cumplimiento de la Escritura, "Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia" y es en este contexto que debe entenderse el versículo. El hombre no es justificado por la fe separada de las obras; es decir, que la fe que no se exterioriza por medio de las obras es inadecuada para traerla ante la presencia del Dios que limpia de pecado. Jacobo nunca quiso decir que el hombre es justificado por las obras solamente, así como igualmente no podría estar de acuerdo con que el hombre se puede justificar por la fe sola. Las dos van íntimamente unidas. Cualquier esfuerzo que se hiciera por separarlas encontraría una fuerte oposición por parte de él y sería contrario a

todo lo que Dios ha revelado acerca de sí mismo y acerca de la necesidad del hombre. La fe no puede existir sola y las obras tampoco. Para que cualquiera de las dos sea vital tienen que ir juntas.

Hay otro aserto acerca de Abraham que demanda atención. Recibe el nombre de amigo de Dios (Is. 41:8) y no hay alabanza más alta que pudiera conferírsele a nadie. Jesús se refirió a sus seguidores de la misma manera. "Nadie tiene mayor amor que este, que alguno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hicieréis las cosas que yo os mando. No os diré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas os he dicho amigos porque os he hecho saber todas las cosas que he oído de mi Padre" (Jn. 15:13-15). Una vez más se insiste en la acción. Seremos sus amigos, solamente si le obedecemos, si cumplimos con sus mandamientos. Abraham fue llamado amigo de Dios porque obedeció a Dios. Era el amigo de Dios porque la fe y las obras operaban conjuntamente en su vida. La misma cosa puede ser cierta en la vida de cualquiera en el día de hoy que quiera ser seguidor del Señor Jesucristo. Todo lo que de esto se aparte es correr un riesgo vano e innecesario. ¿Podrá la fe separada de las obras salvar realmente a alguno?

Sería difícil imaginar un ejemplo más opuesto al de la fe de Abraham, que el segundo al que hace referencia Jacobo. El escogió a Rahab, la ramera, como ejemplo de una persona que fue justificada por sus obras. Tal vez Jacobo la escogió para referirse a ella por la misma razón del vívido contraste que existe entre ella y Abraham. Se puede aceptar que un personaje del calibre de Abraham mostrara su fe por sus obras, pero ¿qué se podría decir de la otra persona que de ninguna manera podía compararse ni llegar a la estatura del patriarca? Jacobo insistió en que no había diferencia entre quién o qué era una persona o la otra. El mismo principio regía para cada uno de ellos. Lo esencial era que las obras eran la consecuencia de la fe.

Josué (2:1-21) había enviado a espiar la ciudad de Jericó. Los espías se hospedaron en la casa de Rahab. Cuando el gobernante de la ciudad se enteró, envió a decir a Rahab que los entregase. Ella los escondió y le envió a decir que ellos se habían marchado. Más tarde, los descolgó por el muro de la ciu-

dad y los envió a las colinas para que huyesen de la persecución de los que habían ido tras ellos. Pero había algo más en su manera de proceder, la fe era la que lo motivaba. "Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros" (Jos. 2:9). Además, ella también mostró su fe cuando dijo: "... porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra" (Jos. 2:11). Solamente a la luz de estas declaraciones se hizo posible la acción por ella llevada a cabo. Solamente a la luz de la fe que ella demostró, pudo realizar las obras que Jacobo ensalzó.

Estos dos ejemplos usados por Jacobo sostienen su argumento y robustecen la verdad de que la religión es práctica en su servicio a Dios por medio del servicio prestado a los hombres.

III. ANALOGIA ENTRE EL CUERPO Y EL ESPIRITU (2:26)

Jacobo tenía algo más que añadir antes de dejar el asunto de la relación entre la fe y las obras. "Porque así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras es muerta." Es probable que al escribir esto, Jacobo estuviese pensando en la historia de la creación del hombre. "Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente" (Gén. 2:7) RSV. La palabra que se traduce espíritu en el pasaje de Jacobo también tiene el significado de aliento. Jacobo puede haber indicado que el hombre tuvo vida solamente cuando Dios sopló en él el aliento de vida. Entonces, el cuerpo adquiere vida solamente cuando está animado por el aliento de Dios. La vida es real cuando hay espíritu dentro del hombre. Sin espíritu, no hay más que un cadáver, no hay vida.

Lo mismo sucede con respecto a la fe. La fe tiene vida solamente cuando se halla vitalmente conectada con las obras y la proposición inversa es igualmente verdadera. Si se pudiera cortar la conexión entre ambas, entonces la fe no tendría más significado que un cadáver. Esto está completamente de acuerdo con todo lo que Jacobo ha estado exponiendo en este pasaje. El había empezado con la pregunta: "Hermanos míos, ¿de

qué aprovecha si alguno dice que tiene fe y no tiene obras?" (2:14). La fe sin obras es muerta. William Barclay lo resume así: "Ningún hombre puede decidirse a la acción si no tiene fe y la fe de ninguna persona es real si ella no lo mueve a la acción. La fe y las obras son los lados opuestos de la experiencia que de Dios tiene el hombre."⁴

Es extremadamente peligroso poner todo nuestro énfasis en la fe y hacer caso omiso de las obras. Y tal vez aun más peligroso darle toda la importancia a las obras y descuidar la fe. Ambas tienen su lugar en la vida del cristiano. Ninguno ha llegado a su completo desarrollo hasta que ambas forman parte vital de su experiencia. Hemos sido creados en Cristo para buenas obras (Ef. 2:10). Jesús dijo a sus discípulos: "... las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará..."

"En los tiempos de Jacobo, la crisis moral causada por el discipulado falto de madurez, se echaba de ver más destacadamente en una separación entre el creer y el hacer, la fe y las obras. ¿No es lo cierto que en nuestros tiempos la iglesia se enfrenta con una crisis moral parecida y que se evidencia por la separación entre lo que profesamos creer y lo que hacemos? Si esto es así, entonces el libro de Santiago ha llegado a su mayoría de edad una vez más y nos habla directamente para darnos el mismo mensaje urgente que fue al principio dirigido a nuestros antepasados de hace casi dos mil años en este mismo recinto de la fe."⁵

¡Qué tragedia sería si fuésemos negligentes en prestar atención a este hombre de Dios cuando nos enfrentamos con las grandes necesidades de nuestro mundo de hoy! La fe y las obras tienen que ir juntas y nunca deben separarse.

5

EL PECADO DE LA AMBICION EGOISTA

Es indudable que Jacobo conocía bien la situación de sus lectores, de lo cual encontramos evidencias en los dos primeros capítulos de su carta. El capítulo 3 se ocupa de las dificultades particulares en las vidas de muchos miembros de las iglesias a las cuales escribía.

El problema básico era que había personas que eran ambiciosas de ganancia personal. Naturalmente, la ambición puede ser una buena cualidad. Nadie puede llegar a alcanzar algo que valga la pena si no tiene ambición; pero cuando la ambición está siendo motivada única y exclusivamente por intereses egoístas, entonces se convierte en un mal terrible. Para esta clase de personas el individuo es el único que tiene importancia, todo está enfocado hacia el provecho de un solo individuo sin considerar a ninguna otra persona u organización.

Hacia una de estas situaciones es que Jacobo enfoca sus observaciones. El sabía que la fe cristiana es de valor práctico para enfrentar cualquier clase de dificultad en la vida de un hombre. Jacobo era severo en sus advertencias y consejos. Necesitamos darle plena importancia a lo que él dice porque los hombres en el día de hoy están siendo arrastrados por la ambición mundana y egoísta exactamente de la misma manera como sucedía en el primer siglo y seguramente no necesitamos una lista de ejemplos para convencernos de que esto es una realidad. No hay más que mirar al mundo en su caos y tumulto, a nuestra nación en su confusión y conflictos y a nosotros mismos para convencernos de la frecuencia con que actuamos sobre la base del yo en vez de procurar seguir los propósitos y designios de Dios.

I. ABUSO DEL PRIVILEGIO DE ENSEÑAR (3:1-12)

El área donde la ambición egoísta se manifiesta más claramente es en el deseo tan extendido de enseñar. Podrá sorprendernos si consideramos la dificultad que tienen muchas iglesias para encontrar bastantes personas que puedan asumir la responsabilidad de enseñar en los programas educacionales. Esto puede indicar una falta de dedicación e interés de parte de los miembros de la iglesia en la actualidad. Aun así, este problema con que se enfrentaba Jacobo es también hoy un problema moderno, aunque tal vez se exprese en distintas formas. El uso ya tan extendido del sistema de comunicaciones en todas sus formas, la palabra impresa y los deberes de los padres nos hacen a todos susceptibles al uso inexacto de las palabras.

1. Responsabilidad de los Maestros

Jacobo recomienda "no os hagáis muchos maestros", y para comprender esta referencia, debemos recordar la situación. En el Nuevo Testamento se hallan pocas referencias al don de enseñar como un don del Santo Espíritu a algunos individuos. En algunos de estos casos, el don de enseñar está enumerado separadamente de los otros dones (Rom. 12:7; 1 Cor. 12:28). Sin embargo, en Ef. 4:11 el don de enseñar está en la lista a la altura del don del pastor y al mismo individuo se le llama pastor y maestro.

Sin embargo, la idea del maestro como una función especial y separada no era la común en aquel tiempo. Es cierto que cada sinagoga judía tenía su maestro encargado de instruir a la juventud, y el ministerio educacional era una de las funciones básicas de la sinagoga. No obstante, este maestro nombrado para ejercer esta función no era la única persona que enseñaba; muy al contrario, la costumbre era que cualquiera podía ser invitado para hablar en la sinagoga. Un visitante ilustre o hasta un extranjero podía ser llamado no sólo para leer las Escrituras sino para brindar una explicación de ellas. Jesús hablaba y enseñaba con regularidad en las sinagogas de Palestina. Pablo era invitado a enseñar en la sinagoga dondequiera que iba en sus viajes y él se alegraba de aprovechar la oportunidad que le ofrecían. Y continuaba enseñando en las si-

nagogas hasta que de allí lo echaban por la oposición de los judíos. Los maestros, tanto oficial como extraoficialmente, eran numerosos en la vida de los judíos.

Esta misma situación era indudable que regía en la vida de la iglesia primitiva. Al principio, en todas las iglesias había mayorías judías y podemos suponer que ese era el caso en las iglesias a las cuales se dirige esta carta. Por lo tanto, cuando Jacobo se refería a los maestros, no se limitaba su consejo a los individuos escogidos oficialmente para la tarea específica de enseñar. En vez de eso, lo que tenía en mente era el esfuerzo casi espontáneo del individuo para enseñar cuando para ello se sentía impulsado por el Santo Espíritu. Evidentemente, había algunos de estos maestros que serían motivados solamente por el deseo de recibir el honor y la atención de los demás. El puesto del maestro era de honor y prestigio. En cierto aspecto, recordaban a los fariseos a quienes Jesús condenó. Aquellos que amaban la alabanza de los hombres. (Mt. 23:5-7).

Sabemos que había considerable libertad en las asambleas de la iglesia primitiva. Esto se confirma por las referencias que hace Pablo al desorden y a la confusión en la iglesia de Corinto (1 Cor. 14). No solamente había muchos que hablaban en los servicios, sino que había algunos de ellos que no hacían esfuerzo por hablar con espíritu cristiano y teniendo en cuenta el interés de la comunidad. Esta situación puede haber sido parte del problema confrontado por Jacobo. Ciertamente, en la congregación había aquellos que trataban con empeño de ser maestros sin reconocer la responsabilidad que esto implicaba. Estaba muy extendido el abuso del privilegio de enseñar y había hombres que buscaban esa tarea sin la debida preparación y por motivos indignos.

El maestro tiene gran influencia. Piense cada uno en las personas que han ejercido más influencia en sus propias vidas. ¿Cuántas de ellas han sido maestros en algún nivel de su experiencia educacional? La influencia de los maestros puede dejar una huella más duradera que la de los mismos padres. Por lo tanto, Jacobo dice: "Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación." En vez de ser posiciones buscadas a la ligera, la posición de maestro es una en la cual se deben entrar con plena com-

prensión de lo que Dios demanda, pues ante él seremos responsables por cada palabra pronunciada (Mat. 12:36-37). Podemos pasar por alto esa responsabilidad, pero eso no quiere decir que podamos evitarla. Obsérvese que Jacobo se incluye a sí mismo entre los que serán juzgados con la mayor severidad.

Permítasenos añadir aquí una palabra de advertencia. No queremos que esto sirva para desalentar a nadie que sienta que Dios lo llama para ser maestro. Jacobo no estaba escribiendo para maestros de la escuela dominical. Si usted siente que Dios puede usarlo en el ministerio de la enseñanza en su iglesia y si usted está dispuesto a prepararse debidamente para esa tarea y acepta la responsabilidad que va con ella, usted debe atender a ese llamamiento. En realidad, si usted siente que Dios quiere que usted enseñe, sería una violación de su pacto con Dios el negarse a hacerlo. Pero hay que recordar siempre de que ha de hacerse para la gloria de Dios y no para satisfacer ambiciones egoístas.

2. El Control de la Lengua

Una de las razones para las severas admoniciones a los maestros es el problema de dominar la lengua. Es difícil aun en el mejor de los casos. Y cuando el individuo está buscando alguna ventaja personal, es aun más difícil. Jacobo ya había hecho antes dos referencias a la lengua en esta carta. En 1:19 dice: "... todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar..." Y en 1:26 dice: "Si alguno entre vosotros se cree religioso y no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana."

No necesitamos apoyarnos en las palabras de Jacobo solamente, para comprender la dificultad de dominar la lengua. Con cuánta frecuencia hemos visto la misma cosa en nuestra propia experiencia. Es muy fácil el hablar sin pararse a pensar. Muchas veces hemos hablado e inmediatamente hemos deseado poder recoger la palabra hablada. La afirmación de Jacobo de que el hombre que no ofende en lo que dice es perfecto y capaz de dominar todo su cuerpo puede ser una exageración para dar más énfasis a lo dicho. Un escritor ha dicho: "Si se pudiera encontrar debajo del sol un hombre que tuviese perfectamente dominada su lengua, ese sería un hombre perfecto, o un hombre espiritualmente maduro." Tal vez sería posible que alguno controlase su lengua bastante bien y que,

sin embargo, fuese culpable de pecado en alguna otra área de su vida, pero a pesar de eso, hemos de reconocer la verdad del aserto de Jacobo. Es más fácil pecar con la palabra que con la acción y todos somos propensos a caer en ese pecado.

Sabemos que nadie es perfecto y los que pretenden serlo no hacen más que engañarse a sí mismos. Pablo dijo bien claro que todos han pecado (Rom. 3:23). Juan declaró: "Si decimos que no hemos pecado nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1:8). Por lo tanto, Jacobo no exageraba cuando decía: "Todos tropezamos muchas veces". Desgraciadamente, ésta es la historia del género humano, ha sido la experiencia del hombre desde Adán y no somos mejores que nuestros antepasados. No nos reporta ningún beneficio el procurar engañarnos a nosotros mismos puesto que el pecado sigue siendo una humana realidad y tiene que ser reconocido y confesado antes que pueda ser vencido.

El pecado se manifiesta en muchas maneras y muy diversas formas y el pecado se encuentra frecuentemente en las palabras que salen de nuestros labios. Jacobo dijo: "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo." Si hay control en la palabra es una buena indicación de que también lo hay en el resto de la persona. Conocemos demasiado bien algunos de los aspectos más evidentes en que los hombres pecan con su lenguaje. Nos contraría oír las maldiciones que son imprescindibles para algunos. Estas son algunas de las faltas más comunes y son completamente impropias en un cristiano, uno que es nueva criatura en Jesús.

Pero ¿será éste el único aspecto del cual se ocupa Jacobo? ¿Era el lenguaje profano y obsceno el único tema de sus admoniciones? Los problemas de que se ocupa esta carta son variados y representan las cosas en las cuales los creyentes del día de hoy pueden verse cogidos como en una red. Los recipientes de esta carta no le hubieran dado gran importancia a la advertencia de no tomar el nombre de Dios en vano, pero en cambio, no titubeaban para invocar maldiciones sobre los demás (versículo 9) y colmaban de insultos a los que les ofendían. Sus palabras eran la expresión de su ira encendida y su amargo celo. En vez de usar las palabras para expresar el amor cris-

tiano, ellas se usaban para exteriorizar el enojo que nada tenía de cristiano y el odio.

Aunque no participemos del temperamento contencioso y excitable de las gentes del primer siglo, en aquella parte del mundo; sin embargo, descubrimos que nosotros, también, nos dejamos traicionar por nuestro lenguaje. Damos rienda suelta a nuestra ira, aun dentro de la iglesia. ¿No es verdad que la mayor parte de los conflictos que periódicamente azotan a nuestras iglesias proceden o tiene su principio en las palabras imprudentes o impensadas de algún individuo? La mayor parte de las fricciones y los choques entre las personas son el resultado de alguna palabra antes que de determinada acción. No nos extrañe pues, que Jacobo diga que la lengua "es un mal que no puede ser refrenado, lleno de veneno mortal" (versículo 8).

Hay otras maneras en las cuales erramos con nuestras palabras. Es muy fácil repetirle a otros aquel chismecito tan sabroso que acabamos de oír. "Un hombre charlatán es, a lo sumo, un pelmazo, mientras que una mujer con una lengua afilada es un terror en la comunidad."² Muchas veces resulta ventajoso decir una mentira y nosotros tratamos de justificarla diciendo que es simplemente una mentira blanca. Decimos cosas a la espalda de las personas que no nos atreveríamos a decirles en su cara y no sería exagerada la afirmación de que la palabra hablada causa más problemas en el mundo que ninguna otra cosa. Si lográramos solamente controlar nuestra lengua, tal vez mereceríamos ser llamados individuos maduros. Pero ¡qué difícil es esto!

Naturalmente es que a menudo las cosas pequeñas son las más importantes y ejercen un gran dominio sobre las cosas grandes, y esto lo ilustraba Jacobo con dos ejemplos.

La primera de estas ilustraciones es el caballo. ¿Cómo se domina un caballo, siendo éste tan grande y tan fuerte? Hay una manera de hacerlo. Se pone un freno en la boca del caballo y se puede guiar al animal y controlar sus acciones. No importa que él sea más fuerte y mucho más grande. El pequeño freno confiere al jinete el poder para dominar al caballo.

El segundo ejemplo es el del barco. Este es de una dimensión más grande que la del caballo y, por supuesto mayor que la del hombre que navega en él. Tiene que oponerse a fuerzas

poderosas de las olas y de los vientos, mas sin embargo, un hombre puede dominar el barco haciendo uso del pequeño timón y puede hacer que el barco coja la dirección que a él mejor le convenga simplemente moviendo el timón. Este es bien pequeño pero ejerce poder sobre algo muchísimo más grande que él.

Después de dejar demostrado el poder y el significado de las cosas pequeñas, Jacobo enfoca su atención una vez más sobre la lengua. "Así aun la lengua es un pequeño miembro que se gloria de grandes cosas." Aún siendo pequeña, domina la vida.

Nosotros sabemos que la lengua no es un miembro independiente en nuestros cuerpos, sino que sigue las direcciones de la voluntad y del intelecto. No actúa por sí misma, aunque a veces dé esa impresión, sin embargo, podemos comprender bien el punto de vista del autor. No podemos ver ni oír la voluntad ni el intelecto del individuo, pero las palabras que llegan a nuestros oídos son las que causan el daño. Es, por lo tanto, vital que hagamos todos los esfuerzos necesarios para tratar de controlar la lengua y debemos estar bien seguros de que no pecamos en lo que decimos.

3. Los Males de la Lengua

"He aquí un pequeño fuego ¡cuán grande bosque enciende!" El que vive en un territorio donde los incendios de la hierba y del bosque constituyen una catástrofe anual o, por lo menos, un riesgo, pueden apreciar bien el significado de las palabras de Jacobo. No es necesario más que una chispa para iniciar una conflagración que puede consumir miles de acres de madera. Las pérdidas financieras por causa de los fuegos que ocurren cada año son abrumadoras, sin mencionar el peligro que corren las vidas humanas y la mayoría de estos fuegos se inician por el descuido o el propósito determinado del hombre. Una pequeña chispa, tan insignificante en sí misma puede prender un gran fuego en los bosques.⁴

Tal vez el cuadro del incendio de un bosque fue "sugerido por la contemplación de un auditorio excitado en algún lugar de reunión... el barullo de las lenguas y los gestos de los brazos... pudieran compararse muy adecuadamente con el fuego del bosque; la lengua del que hablaba había puesto

a todo el material inflamable que la controversia hace surgir".⁴

¡Qué difícil sería el comunicarnos los unos con los otros! La lengua fue creada por Dios para que fuese una bendición para el hombre y puede serlo. Pero como todas las demás cosas que Dios creó para que fuesen bendición, la lengua ha sido pervertida por el pecado y ha sido convertida en una maldición, de manera que lo que habría de servir para el bien se ha convertido en mal. De la misma manera que el fuego nos provee de calor y luz puede convertirse en instrumento de destrucción, así la lengua es de vital importancia en nuestras relaciones con los demás pero también puede ser destructiva, es un fuego en toda la extensión de la palabra.

El versículo 6 quizá sea mejor traducirlo así: "Y la lengua es un fuego. La lengua está constituida en un mundo de maldad entre nuestros miembros. Ella contamina todo el cuerpo e incendia la rueda de la naturaleza y es inflamada por el infierno." Vemos, entonces, que la lengua no "es" un mundo de maldad, sino que está "constituida" en un mundo de maldad.

Jacobo dijo que la lengua no fue destinada o hecha por Dios para que fuera mala. Como todas las demás cosas en el cuerpo, es neutral y dependiente de los deseos y de la voluntad del hombre. Solamente cuando se hace mal uso de ella se convierte en un mundo de maldad entre los demás miembros del cuerpo. Por lo tanto, la lengua no fue hecha para ser mala, pero se convierte en mala y puede causar lo malo.

Una frase a la cual dirigimos nuestra atención es "un mundo de maldad" "iniquidad". Esto quiere decir el imperio de la maldad. Esta misma clase de construcción se encuentra en la referencia que Jesús hizo a las riquezas injustas (Luc. 16:9) como el Mamón de la injusticia. Así, lo que Jacobo dijo fue que la lengua se ha convertido en un campo de injusticia dentro de nuestros cuerpos. El término mundo o campo se usa regularmente en este escrito como si estuviera en oposición directa a Dios y a su bondad, pues no se debe a la acción de Dios en la creación que el hombre se vea envuelto en el pecado.

Y la otra expresión es, que la lengua "contamina todo el cuerpo". Ya hemos tenido ocasión de observar que a Jacobo le

agradaba hacer uso de algún término que ya había usado anteriormente. Mancha, es la misma palabra que encontramos en 1:27 donde Jacobo nos dice que el segundo aspecto de la verdadera religión es que el creyente se "mantenga a sí mismo sin mancha en el mundo".

Mientras podríamos sentirnos inclinados, como estaban los judíos de aquella época, a pensar que las manchas que provenían de algún contacto externo, Jacobo fue fiel al espíritu de Jesús con sus afirmaciones de que las manchas provienen del interior. Jesús dijo: "¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar...?" (Mar. 7:18-20). Lo que sale de dentro es el fiel exponente de la naturaleza interior de la persona. Jacobo insiste en que las palabras que salen de la boca nos dan una clara representación de lo que hay dentro de la persona. Las manchas no pueden provenir de agentes externos sino que vienen de lo que hay dentro del corazón. La lengua expresa los pensamientos del corazón y la verdadera naturaleza del hombre.

La lengua "inflama la rueda de la creación". Esto hace referencia a la vida en su totalidad. A veces la rueda de un carro antiguo se encendía por el calor de su eje, que no había sido lubricado debidamente. Al prenderse el eje la rueda también se quemaba. De igual manera, la lengua es como un fuego que se extiende y abrasa a toda la vida.

La fase final de este versículo es que la lengua "es inflamada por el infierno". La palabra que se usa en el Nuevo Testamento para infierno se deriva de la palabra que se usaba para indicar el Valle de Hinnom. Este fue en un tiempo el lugar donde los sacrificios humanos se ofrecían a Moloch. Cuando los israelitas se apoderaron de Jerusalén, este lugar se convirtió en el basurero de la ciudad, en el cual se arrojaban todos los desperdicios de la urbe y tal vez también los cuerpos de los criminales ejecutados. Los fuegos ardían sin interrupción en este valle. "El infierno es el basurero del universo... ¿es esta la idea que aquí se sugiere?" Así se representa el tormento extremo y la agonía que se supone iban asociados con el eterno castigo de los malvados. Las llamas del valle representaban las llamas eternas del infierno.

La lengua es inflamada por el infierno. La raíz del problema se halla en la actividad de Satán, puesto que él es el ori-

ginador de todo pecado y así él es el que ha hecho a la lengua el instrumento de todo lo malo. La conexión entre el infierno y Satanás es que el infierno se reconoce como su morada y es el lugar de eterna tortura para él y para sus seguidores.

En el versículo 6 Jacobo señaló los males de la lengua. La lengua, creada por Dios para el bien, ha sido convertida por Satán en instrumento del mal. Es pequeña, pero su poder e influencia son grandes. Por esta razón, cada uno debe procurar traer este miembro del cuerpo a completa sujeción.

Jacobo insiste en lo difícil que es controlar la lengua y dice que es más fácil domar los animales salvajes. Tal vez tenía en la mente aquel pasaje de Génesis 1:28: "Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla; y señoread en los peces del mar... y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra"

Todas las criaturas han sido enseñadas a obedecer al hombre y a responder a las órdenes del mismo. En contraste con esto, encontramos a la lengua. "Pero ningún hombre puede domar la lengua." Mientras el hombre ha aprendido a controlar su mundo, y esto es más evidente en el día de hoy de lo que era en el primer siglo, todavía no ha aprendido a controlar su lengua. Puede hacer cosas maravillosas con su cuerpo, aun hasta el punto de controlar su peso y corregir muchos de sus defectos corporales, pero no puede alcanzar el control sobre su lengua y sobre su voluntad.

"... la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal..." Esto es una descripción cruda acerca de la naturaleza de la lengua. Se pensaba que la serpiente llevaba el veneno en la lengua. El hombre también, haciendo mal uso de su lengua, puede aun causar la muerte de alguna persona.

La lengua también es contradictoria. "Con ella bendecimos al Señor y Padre y con ella maldecimos a los hombres que han sido creados a la imagen de Dios. De la misma boca proceden la bendición y la maldición." La afirmación Señor y Padre es única en el Nuevo Testamento. En ningún otro pasaje se encuentran estos dos términos unidos con referencia a Dios. El término Señor enfatiza el poder y la majestad de Dios. El término Padre enfatiza su amor y su compasión.

El hombre quiere y debe bendecir a Dios. Esto significa ala-

barle, hablar bien de él, y con él. El concepto opuesto es el de maldecir. El maldecir tal vez no fuera tan despreciado en la vida de los judíos en aquellos tiempos como lo es en la actualidad. Pero, sí, podemos estar seguros de que nunca fue tolerado, ni mucho menos estimulado en los círculos cristianos. La razón básica de que es malo maldecir al hombre porque el hombre fue creado a la imagen de Dios. Por lo tanto, cuando una persona maldice a otra, en cierto sentido está pronunciando una maldición contra Dios porque a imagen de él fue creado el hombre. Aunque la imagen de Dios ha sido desfigurada, no se puede decir que ha sido destruida. Podemos darle a esto todas las vueltas que nos plazca, pero la realidad queda en pie ante nosotros y sin excepción; por lo tanto, no seamos nunca culpables de invocar mal alguno sobre ningún hombre porque, al hacerlo, estamos maldiciendo a Dios.

Es, por lo tanto, contradictorio que la bendición y la maldición salgan de la misma boca. "Hermanos míos, no es justo que estas cosas sucedan." "El hablar acerca de la religión con los miembros ordinarios de la iglesia puede ser saludable, pero esas mismas gentes eran culpables de ser reconrosas y de practicar relaciones sociales escandalosas, inflamando las pasiones de los demás con sus palabras irreflexivas y aun crueles o de envenenar las mentes con sus insidiosas insinuaciones."

Hasta la misma naturaleza nos demuestra lo malo de esto. Del mismo manantial no surge agua dulce y agua amarga. La higuera no produce aceitunas, ni la viña da higos. Todo esto es contrario a la naturaleza y también es contrario para el hombre el bendecir y maldecir al mismo tiempo, porque las palabras que salen de la boca son el verdadero barómetro de la condición interior. No podemos bendecir a Dios y maldecir a aquellos que han sido creados a su imagen. Juan dijo: "Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" (1 Juan 4:20).

II. LA FALSA SABIDURIA Y LA AMBICION EGOISTA (3:13-18)

En el párrafo anterior (3:1-12), Jacobo se dirige a aquellos que desearían ser maestros. Es muy probable que tuviese en mente a esos mismos maestros cuando hace referencia a los

sabios y entendidos en los versículos 13-18. Indudablemente, en las iglesias había muchos que pretendían reunir esos requisitos. Es fácil y agradable proclamar que tenemos sabiduría pero esa autodeclaración de sabiduría es rara vez la sabiduría verdadera. La verdadera sabiduría nunca llama la atención hacia sí misma, ni tampoco se exhibe para alcanzar algún provecho personal. El hombre que es sabio y entendido tiene que mostrarlo "por sus obras en sabia mansedumbre".

Aquí, una vez más, Jacobo vuelve a llamar nuestra atención con insistencia a que las buenas cualidades de la vida deben ser demostradas de maneras prácticas. No es suficiente con gloriarse de tener sabiduría; no basta con jactarse de ser entendido. Estas cualidades, si son verdaderas se harán evidentes en la manera de vivir que se tenga.

El que es sabio mostrará sus obras en la mansedumbre de su sabiduría. Esta es la verdadera cualidad de la sabiduría porque la mansedumbre es lo opuesto al orgullo y a la propia estimación. Es la cualidad de una vida dedicada a un amo. Jesús dijo: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad" (Mat. 5:5). Cualquier persona que se precie de ser sabia o entendida y no tenga mansedumbre está hinchada por una falsa sabiduría y no ha recibido la verdadera sabiduría, la cual procede de Dios. Porque "el único hombre verdaderamente sabio es aquel que coloca a Dios en el centro de su vida, que sirve a Cristo como Señor y Maestro, y que conserva su intelecto en sujeción a la voluntad de Dios."

1. El Origen de la Falsa Sabiduría

De la misma manera como la verdadera sabiduría se demuestra a sí misma por medio de la manera de vivir de la persona, así también se muestra la falsa sabiduría.

A causa de su origen la falsa sabiduría es algo peligroso y mortal. Esta sabiduría, "la que descende de lo alto", no es el conocimiento ni la inteligencia. Se puede tener inteligencia y no tener sabiduría. Esta, la verdadera, sólo nos viene de Dios (1:5), y se la demuestra en mansedumbre y en una vida bajo el dominio de Dios.

El autor de la Epístola usa aquí tres términos para describir la falsa sabiduría. El primero es que es terrenal, lo cual significa que se ocupa solamente de las cosas del mundo antes que de las cosas que tienen relación con Dios. Este término no

se usa frecuentemente en el Nuevo Testamento. En su conversación con Nicodemo, Jesús le habló de las cosas terrenas, tales como el nuevo nacimiento (Jn. 3:12). Pablo escribió "morada terrestre", refiriéndose al cuerpo de que se nos ha dotado para la vida en esta tierra (2 Cor. 5:1). El también escribió acerca de los cuerpos terrenales en contraste con los cuerpos celestiales (1 Cor. 15:40).

El segundo término que usa Jacobo es difícil de traducir. Algunas veces se traduce "animal" o "no espiritual". Este término se refiere al hombre natural que es considerado y puesto aparte de la obra del Espíritu de Dios. Pablo usó este término tres veces para diferenciar el cuerpo presente del cuerpo resucitado. (1 Cor. 15:44-46). El uso que se acerca más es el que encontramos en 1 Cor. 2:14. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente." Así pues, el hombre no espiritual o dominado por los sentidos, es el hombre natural. Es el hombre que no ha recibido el beneficio de la redención y de la misericordia de Dios. La falsa sabiduría está completamente desconectada de Dios y de su Espíritu.

El tercer término que usó Jacobo para referirse a la falsa sabiduría es demoníaca, diabólica. Esta palabra griega no se halla en ninguna otra parte del Nuevo Testamento, pero está íntimamente relacionada con las palabras comunes que se refieren a los demonios. La falsa sabiduría tiene pues, en último término, su origen en Satanás y es comunicada a los hombres por sus servidores. En vez de contribuir al bien del que la posee, la falsa sabiduría obra en su contra. En vez de ayudar a los hombres, los perjudica.

2. Resultados de la Falsa Sabiduría

Cualquier cosa que surja del infierno tiene que dar ciertamente malos resultados. Jacobo se refirió a las cualidades de la vida que caracterizan a la falsa sabiduría como celos amargos y ambición egoísta. El individuo con esa clase de sabiduría no busca el servir a Dios sino servirse a sí mismo. No busca la ventaja de los demás sino la suya propia.

Esas actitudes dañinas y perniciosas nunca pueden encontrarse en la vida de ningún cristiano, pero la experiencia nos enseña que esa clase de actitudes puede llegar a introdu-

cirse insidiosamente en nuestras vidas. Con mucha frecuencia vemos dentro de nuestras iglesias al individuo que busca alcanzar un puesto prominente. Y si se le confiere algún honor a otra persona, se pone fieramente celoso. Entonces se dicen ciertas palabras y se hacen ciertas cosas que no están de acuerdo con la vida que ha de llevar el que quiere ser ejemplo de amor cristiano. El espíritu de unidad dentro de la comunidad se rompe y la causa de Cristo se ve obstaculizada y todo esto sucede porque alguien se ha sentido herido en este amor propio, centrado en sí mismo.

Dos de los resultados de los celos y de la ambición egoísta son "la perturbación y toda obra perversa". La perturbación o el desorden es una palabra fuerte. Está asociada con las guerras en Luc. 21:9. Así, su significado está íntimamente relacionado con el de la anarquía. Pablo asociaba esto con otros tipos de riñas y controversias que él temía pudiesen suscitarse cuando él volviese a Corinto (2 Cor. 12:20). Esa clase de desorden prevalecía en la iglesia de Corinto cuando los profetas y otros más no mantenían sus dones bajo cierta disciplina dentro de la iglesia (1 Cor. 14:33). Y además, los cristianos de Corinto parece que se gloriaban en su sabiduría mundana.

3. El Contraste con la Verdadera Sabiduría

Si comprendemos bien la propensión de Jacobo a ser práctico, esto nos llevará a esperar de él que en este punto nos muestre cómo la verdadera sabiduría se demuestra en modos prácticos, ya que en sus pensamientos no queda lugar para el conocimiento teórico de la sabiduría.

Jacobo enumera varios de los aspectos positivos de la verdadera sabiduría. Es pura, pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos. Puesto que sólo de Dios viene, la verdadera sabiduría se manifiesta en la pureza de la vida y evita no solamente los pecados más grandes sino toda clase de pecado. La pureza de la vida es una cualidad esencial para el hombre de Dios. Jesús dijo: "Bienaventurados los de limpio corazón porque ellos verán a Dios" (Mat. 5:8). La palabra "puro" que Jesús usó, es una palabra diferente, pero el pensamiento es casi idéntico.

La sabiduría lo inclina a uno a ser pacífico. Y volvemos a recordar una de las bienaventuranzas: "Bienaventurados serán los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios"

(Mat. 5:9). Esto es todo lo contrario a los celos amargos y la ambición egoísta de los cuales dijo Jacobo que eran las características de la falsa sabiduría. El hombre sabio está ansioso de vivir en paz con sus prójimos y esta es una muestra de sabiduría.

La sabiduría nos lleva a tener misericordia y dar buenos frutos. En 2:13 Jacobo se refiere al lugar que la misericordia debe tener en la vida del creyente: "Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia." El individuo que no muestra a los demás consideración, amor y bondad no tiene derecho a pretender que ha recibido sabiduría de Dios.

"El individuo cuya conducta está gobernada por la sabiduría mundana tiende a estar indeciso —lo que él llamaría ser político. Arma sus velas de acuerdo con el viento reinante; habla hoy bien de los mismos hombres de quienes habló mal ayer— no porque esos hombres sean en la actualidad mejores de lo que eran, sino porque ayer no había ventaja alguna para él en hablar bien de ellos y hoy sí lo pueden favorecer en algo."⁸

La verdadera sabiduría carece de hipocresía, es sincera, es invariable. Su conducta es seria.

Es fácil observar que Jacobo estaba muy empapado en el libro de los Proverbios, especialmente en la maravillosa descripción de la sabiduría en los capítulos 8 y 9 de ese libro. También le era muy conocida una gran parte de la otra literatura de los judíos, especialmente la Sabiduría de Salomón y el Eclesiastés. En este estudio no se establece el paralelo entre estos y los escritos de Jacobo.

La declaración final de Jacobo en este párrafo vuelve a fijarse sobre la idea de la paz. "El fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen paz." Esto puede significar el fruto que es la justicia o el fruto que el vivir justamente produce. En cualquiera de los dos casos la justicia se halla relacionada directamente con la paz. No puede haber verdadera justicia entre los que no buscan la paz y no viven en paz. Esta es una de las cualidades esenciales del hombre sabio. El no enciende rencillas, vive en paz y busca la paz entre los demás.

En una edad que se caracteriza demasiado por la violencia, en una generación que aún no ha conocido la verdadera

paz, hemos llegado a una época en que se acepta que la revolución interna, la violencia y la guerra entre las naciones son situaciones normales, y es difícil imaginarnos un mundo libre de tales conflictos. Necesitamos orar por esta sabiduría que viene de arriba y por que se nos conceda coraje para expresar esta sabiduría de la manera descrita por Santiago.

6

ADVERTENCIAS CONTRA EL FRACASO ESPIRITUAL

La referencia a la paz, en la conclusión del capítulo 3, Jacobo hace hincapié que todo no era paz y concordia en las iglesias. Esto puede ser motivo de sorpresa para nosotros porque tenemos la tendencia a idealizar la primera centuria. Se nos hace difícil imaginar que las gentes de aquellos tiempos tenían problemas similares a los nuestros. Hemos pensado muy a menudo que el entusiasmo de los primeros días —la fe de aquellos que habían visto a Jesús en la carne— daría por resultado el evitar los pecados comunes que nos azotan en la actualidad.

Mas no fue así. Precisamente, parte del Nuevo Testamento fue escrito para corregir los males que asediaban a las iglesias de ese tiempo. Las cartas de Pablo a los Corintios pone esto en evidencia.

Alguno tal vez diga que esto era de esperar en una iglesia compuesta de gentiles, personas que habían sido convertidas del paganismo y que arrastraban consigo algunas de las prácticas paganas y las introducían en las primeras iglesias. Pero Jacobo les escribía a creyentes judíos y su situación tenía que ser distinta. Las normas de moralidad entre los judíos eran mucho más elevadas que las que reinaban entre los gentiles. Ciertamente, aquellos no tenían los problemas morales que afectaban a otros, pero no necesitamos más que leer Romanos 2 para darnos cuenta de que los judíos también tenían sus dificultades éticas, trayendo consigo estas prácticas al adoptar la nueva fe. Por lo tanto, las congregaciones a las cuales dirigía Jacobo su carta eran imperfectas y tenían faltas morales.

Se ha sugerido que las condiciones reinantes en Judea ha-

bían ejercido gran influencia sobre Jacobo. Los conflictos, en lo que concernía a la Ley, eran amargos.

"Estos versículos revelan un pavoroso estado de depravación moral en estas congregaciones de la *diáspora*; conflictos, desenfrenos, lujuria, asesinatos, codicia, adulterio, envidia, orgullo y calumnia eran comunes; el concepto de la naturaleza de la oración parece haber sido completamente equivocado entre estas gentes y parece ser que estaban entregados por completo a una vida de placeres."¹ El cuadro parece ser desalentador. Aun entre estas gentes, el uso indebido de las palabras es comprensible. Donde quiera que se reúnen grupos de personas es de esperar que surja la ambición egoísta y la murmuración. Pero ¿eran las fuerzas del mal tan poderosas y tan profundamente arraigadas que se encontrarían entre ellos asesinatos, guerras y luchas? Todos estos problemas reflejan los fracasos espirituales de algunos a quienes iba dirigida aquella carta. Y contra esos fracasos espirituales van las severas amonestaciones de Jacobo.

I. CONTRA LOS IMPROPIOS DESEOS DE GANANCIA (4:1-3)

La búsqueda activa y enérgica de las ganancias materiales conducía a toda clase de choques entre las distintas personas. Los términos usados para describir estos choques eran "guerras y pleitos".

La primera de estas dos palabras se refiere a la enemistad declarada. La segunda, a la pasión y al sentimiento que conducen al estallido de la batalla. Jacobo no se estaba refiriendo a la guerra como problema de carácter internacional. A él le preocupaba la clase de relación que prevalecía entre los mismos integrantes de las iglesias.

Es vergonzoso tener que admitir que las relaciones entre estas gentes exigían palabras tan severas. Allí donde debía haber prevalecido el amor entre los cristianos, había guerras y batallas campales. Algunos se han preguntado si podría haber surgido un nivel moral tan bajo en una fecha tan temprana como la que se sugiere para la redacción de esta carta.

Estos conflictos eran dañinos. Eran malos porque demostraban un completo desprecio por la personalidad del otro individuo. Eran malos porque demostraban también un concep-

to de Dios completamente equivocado. Y eran malos porque eran indignos del Cristo a quien estas gentes pretendían amar y servir. Jesús dijo: "Bienaventurados son los pacificadores" (Mat. 5:9).

Pero ¿por qué tienen que suceder tales cosas en la vida de cualquier persona y especialmente en la vida de un cristiano? La respuesta de Jacobo es que estas cosas surgen "de vuestras pasiones que están en guerra en vuestros miembros." La palabra traducida por "pasiones" puede traducirse con más exactitud como placeres, pero en el Nuevo Testamento se refiere a lo que es malo. "Esto no quiere decir necesariamente los placeres sensuales sino aquello que es dulce y que conduce a los conflictos pecaminosos, las ambiciones de la vida, el amor al dinero o al poder." Las pasiones difieren en las distintas personas y pueden causar conflictos entre ellas cuando éstas se dejan arrastrar por sus pasiones.

1. Métodos Erróneos para Alcanzar las Ganancias

El desear las cosas no encierra básicamente nada malo. El deseo puede ser bueno o malo. Todos tenemos deseos de alguna clase. Lo importante es que estos deseos sean mantenidos bajo el control del Espíritu de Dios.

El autor de la carta parece desear que sus lectores comprendiesen que no estaban necesariamente equivocados en desear las cosas, sino en la manera en que procuraban el logro de sus deseos, puesto que debían habérselo pedido a Dios.

De esta manera, el matar y el pelear son el resultado de la incapacidad de los hombres para obtener el logro de sus deseos por otros conductos más legítimos. "Deseáis y no tenéis; matáis." Los relatos sobre este tema aparecen diariamente en los periódicos. El homicidio no es un acontecimiento fuera de lo usual. La naturaleza humana no ha cambiado durante los últimos dos mil años. Los hombres caen todavía en las mismas trampas del pecado que los han asechado a través de los siglos. La idea no nos agrada y muchos gritan queriendo negar que el pecado es la evidencia de su presencia, que nos rodea por todas partes. ¿Qué es lo que muchos hombres hacen cuando no pueden satisfacer sus deseos por medios legales, sino recurrir al homicidio? En los días que vivimos, son demasiados los que tienen el concepto de que la vida humana es de poco valor y

no se le tiene en cuenta cuando ella intercepta el modo en que las pasiones quieren verse satisfechas.

La segunda parte de la afirmación de Jacobo repite y enfatiza la primera, "no podéis obtener; peleáis y combatis." Había amargas contiendas entre los miembros de las iglesias que no podían alcanzar el logro de sus deseos si no era por medio de las rivalidades y del desorden. Esto no debiera haber sucedido en las comunidades cristianas pero sucedía en aquellos tiempos y sucede en el día de hoy. Más de una iglesia se ha visto dividida a causa de las animosidades agitadas por individuos a quienes interesaba más su finalidad de ganancias egoístas que la preservación y el robustecimiento de la comunión entre los creyentes. Las divisiones entre las iglesias, son generalmente, el resultado o la consecuencia del orgullo, la ambición y el deseo de los hombres.

Y les recordaba el dicho de Jesús concerniente a la oración. "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque cualquiera que pide recibe y el que busca halla; y al que llama le es abierto" (Mat. 7:7-8). Naturalmente, la petición ha de ser hecha de acuerdo con el propósito y la voluntad de Dios. Dios no nos concederá nada cuyo uso habrá de tener fines egoístas. Tampoco no nos dará nada que haya de sernos dañino, pero Jacobo sabía que Dios es el dador de todas las cosas y si verdaderamente deseamos algo, y si somos hombres y mujeres de fe, entonces debemos recurrir a Dios y pedirle el cumplimiento de nuestros deseos lícitos.

2. Motivos Equivocados para Buscar las Ganancias

Y ¿qué diremos de aquellos que pedían a Dios y que nunca recibían aquello que pedían? Entonces, como hoy, todas las oraciones no eran contestadas de acuerdo con las esperanzas del peticionario. ¿Quiere decir esto que Dios no se ocupa y que no concede lo que su pueblo le pide? ¡Claro que no! Esto significa que en muchos casos el individuo ha pedido pero con motivos equivocados. "Pedís y no recibís porque pedís mal para gastar en vuestros deleites" (4:3). Aquí se usan dos diferentes formas del verbo "pedir". El contraste entre las dos implica que la primera forma se refiere al mero uso de las palabras sin el verdadero espíritu de la oración. Un traductor lo presenta así: "Pedís con los labios y no recibís respuesta por-

que no pedís con el corazón." Hablaban pero no oraban.

No sirve de nada pedir a Dios si nuestros motivos no tienen justificación. Dios no nos oirá si le pedimos cosas malas, pero algunas veces podemos hacer peticiones justificadas y sin embargo, no recibir la contestación, a causa de la motivación errónea detrás de nuestra oración. En Mat. 5:21-48 vemos que Jesús se ocupaba del asunto de la motivación de la oración.

¿Qué les pasaba a las gentes a los cuales se refería Jacobo? Ellos querían gastar ("consumir") lo que habían recibido en la satisfacción de sus pasiones. Eran egoístas en sus deseos. El verbo "gastar" es el mismo que se encuentra en la historia del hijo pródigo. (Luc. 15:14). En todo esto se nos hace recordar que aunque Dios es misericordioso y generoso, no hemos de esperar de él las cosas que no necesitamos, ni tampoco aquellas de las cuales no nos proponemos hacer buen uso.

II. CONTRA LA AMISTAD DEL MUNDO (4:4)

El deseo de las posesiones y las ganancias materiales constituye una amistad peligrosa y mortal con el mundo. Jacobo reconocía que el mundo estaba aliado con todo lo que fuera oposición a Dios. Y advertía que el pueblo no podía ser fiel a los dos al mismo tiempo: a Dios y al mundo. Siempre ha habido una tendencia para procurar estar a bien con Dios y al mismo tiempo permanecer en amistad con el mundo.

Jacobo reprendía acremente a aquellos que buscaban mantener una posición neutral entre el mundo y Dios.

En el Antiguo Testamento se encuentran pasajes donde se considera al pueblo de Israel como la desposada con Dios (Is. 54:5; Jer. 3:20; Os. 2:16). Cuando ese pueblo era infiel a Dios, se le acusaba de adulterio espiritual. Esta parece haber sido la idea de Jacobo. Los cristianos son la esposa de Cristo (Jn. 3:29; 2 Cor. 11:2; Apoc. 19:7). Por lo tanto, cualquier clase de deslealtad hacia él, constituye un adulterio y provoca la merecida acusación: "Adúlteros y adúlteras".

El profeta exhortaba al pueblo a que se volviese de su adoración a los dioses falsos y que adorase al verdadero Dios. Jesús también demandaba de las gentes que escogiesen entre Dios y las posesiones. "No podéis servir a Dios y a Mammon"

(Mat. 6:24). Juan dijo: "No améis al mundo ni a las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Juan 2:15).

En la epístola, el término "mundo" no se usa para referirse al orden creado, el mundo de los hombres y de las cosas, ni se usa simplemente para referirse a las cosas visibles. Por eso es que los cristianos deben tener mucho cuidado acerca de su actitud en todo lo que a ellos se refiere. En vez de eso, el término indica todo lo que se oponga a Dios y a sus regulaciones. Jesús oró porque sus discípulos fuesen guardados de los males del mundo (Jn. 17). Cuando empezamos a tener un verdadero interés en estas cosas es fácil y hasta cierto punto casi inevitable que antes que transcurra mucho tiempo lleguen a ocupar el primer lugar en nuestras vidas.

Algunas de estas cosas que llegan a constituir enemistad para con Dios tal vez pueden ser buenas en sí mismas. El dinero y un empleo bien remunerado son cosas importantes en la vida de un hombre que es esposo y padre. El necesita de esto para proveer la debida atención a su familia, pero este dinero y este empleo pueden llegar a ser más importantes para él que su relación con Dios y su servicio al mismo. Podríamos multiplicar los ejemplos pero con este basta para recordarnos el peligro con que nos enfrentamos. "La amistad para con el mundo es enemistad para con Dios." "Por lo tanto, el que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios."

El hombre no tiene por qué ser enemigo de Dios. El se hace enemigo de Dios cuando coloca al mundo en el centro de su vida, en vez de darle ese lugar a Dios.

El es un Dios celoso que no comparte su amor con ninguna otra persona o cosa. A él se le ha de dar el primer lugar en la vida del individuo o, éste queda completamente alejado de él.

III. CONTRA EL ORGULLO (4:5-10)

Uno de los pecados en los cuales cada persona es susceptible de caer es el pecado del orgullo. Podemos estar acostumbrados a pensar en el orgullo como el pecado del cual son culpables otras personas. Podemos ser como el fariseo, el 'malo' en la enseñanza que Jesús presenta acerca de la oración (Luc. 18:10-14). Esta es una de las razones por las cuales el orgullo es una cosa tan peligrosa. Se desliza sobre nosotros cuando menos cuenta nos damos de ello y nos atrapa sin darnos tiem-

po siquiera a luchar y a defendernos de sus garras. El orgullo se presenta bajo múltiples formas. Puede ser orgullo de nuestra herencia cultural, de nuestras posesiones materiales, nuestros atractivos físicos, nuestra educación, nuestra ocupación y muchas otras cosas más. Hasta puede ser orgullo por asuntos religiosos. Podemos sentirnos orgullosos porque somos cristianos y otros no lo son. O tal vez nos sentimos orgullosos del puesto que desempeñamos en la iglesia. El orgullo alza una barrera entre el individuo y Dios. Por eso es que Jacobo hace las advertencias contra esta falta y llama a sus lectores para que vuelvan al arrepentimiento y a la humildad ante Dios.

1. Ansias Celosas de Dios

Ya hemos tenido oportunidad de observar que Dios es un Dios celoso que no ha de compartir su amor por su pueblo con ningún otro. Por lo tanto, demanda completa fidelidad de parte de aquellos que le pertenecen y negar esto es negar las Escrituras. Pero las Escrituras no se pueden tomar a la ligera. Jacobo hubiera compartido con nosotros el concepto que tenemos de la inspiración de las Escrituras, por lo tanto, ellas han de ser tomadas seriamente y prestarle atención a lo que ellas nos dicen.

Generalmente los escritores del Nuevo Testamento eran bastante exactos en sus citas de la literatura del Antiguo Testamento, pero algunas veces la cita del Nuevo Testamento no concuerda exactamente con alguna versión del Antiguo Testamento que tenemos en nuestro poder. Esto podría tener como razón el que se haya perdido desde entonces alguna versión. Muchas veces también, esto sucedía porque estaban haciendo la cita de memoria. En otras ocasiones, y Stg. 4:5 es una de ellas, la cita no tiene gran semejanza con ningún pasaje aislado del Antiguo Testamento. Pero sin embargo, Jacobo la introduce con las palabras usuales cuando se repetía algo del Antiguo Testamento, "dice la Escritura".

La segunda pregunta concerniente al espíritu de que se habla aquí: ¿Se hace esta referencia al Espíritu Santo o al espíritu del hombre? Lo probable es que se haga referencia al espíritu redimido del hombre, que pertenece a Dios y recibe de él su amor e interés.

"El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente." El contenido general de este versículo se halla

de acuerdo con distintos pasajes del Antiguo Testamento aunque es imposible tener la certeza de cuáles serían los pasajes que Jacobo tenía en su mente. Algunos han sugerido que la referencia a la "Escritura" (4:5) era simplemente teniendo en cuenta la cita de Prov. 3:32 que se encuentra en el versículo 6. Sin embargo, esto no nos parece muy probable.

Aunque supongamos que Jacobo estaba evocando alguna reminiscencia del Antiguo Testamento, es difícil tener la seguridad de lo que él quiso decir. Surgen dos preguntas. ¿Quién es el que tiene celos? "El" podría ser Dios y también "él" podría referirse al Espíritu. Algunos opinan que la referencia se hace al Espíritu Santo y éste es el sujeto del versículo. "Ese espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela hasta con envidia celosa."³ La mayoría de los comentaristas creen que Dios es el sujeto y esta parece ser la mejor interpretación. Dios es el que nos anhela.

Obsérvese cuán diferente es el celo de Dios del de los hombres. Cuando un hombre está celoso, esto le causa sospechas fuertísimas, ira y daño. Pero nuestro celoso Dios "da más gracia". Esta gracia nos es dada con el fin de que podamos alcanzar la completa rendición que Dios anhela de nosotros. La llave para recibir esta gracia es nuestra humildad. Dios se declara en contra del orgulloso, contra aquel que se figura que es mucho más sobresaliente que todos los demás... de manera que el orgulloso tiene un contrario muy formidable, mientras que Dios concede al humilde su gracia vivificadora. Salmo 138:6; Is. 57:15.

Por lo tanto, no hay razón para que nos enorgullezcamos. Todos nosotros hemos sido culpables de algún pecado, ninguno de nosotros ha realizado nada que nos haga dignos de la salvación. Esta es un don gratuito de Dios y solamente cuando lo aceptamos como tal es que nos convertimos en verdaderos hijos suyos. La única manera de alcanzar la verdadera honra es por medio de la humildad. Pedro dijo: "Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que él os ensalce cuando fuere su debido tiempo" (1 Ped. 5:6).

2. La Sumisión a Dios

La humildad debe demostrarse por medio de una completa sumisión a Dios. Esta es la médula del cristianismo. Cual-

quier fe que no exija esto es una fe falsa, la clase de fe que Jacobo llamaba una fe muerta, una fe estéril.

El orgullo es uno de los instrumentos más dañinos de Satanás, usado para alejarnos de la lealtad a Dios. Nos parecemos mucho a Simón Pedro. El fue el que reconoció que Jesús era el Mesías, pero él pretendió instruir al Mesías sobre lo que debía hacer (Mat. 16:13-23). Deseamos el perdón de nuestros pecados por medio de Cristo, queremos que él sea nuestro Salvador, pero acto seguido actuamos como si tuviéramos absoluta autoridad sobre nuestras vidas como si supiéramos mejor que Dios, cómo ellas deben ser dirigidas. Más allá del deseo de que nuestros pecados sean perdonados, no hay voluntad de nuestra parte para someternos a Dios. Jacobo se propone recordarnos esta cualidad esencial de la vida. Uno de los errores más grandes que una persona puede cometer es el de tratar de situarse en oposición a lo que Dios quiere con respecto a su vida. La ruta más propia y más segura que cada cristiano puede seguir es la de rendirle el control a Dios del más mínimo detalle de su vida.

3. Resistencia al Diablo

Una parte de esta sumisión a Dios la constituye una resistencia activa a los atractivos de Satanás. Es una necesidad que nosotros tan pocas veces estemos sometidos a Dios y tan a menudo nos sometamos al diablo. El sentido común, así como nuestra experiencia religiosa deberían enseñarnos que lo contrario debería ser nuestra manera de proceder. El pecado puede inficionar de tal manera nuestras vidas y ha confundido de tal modo nuestras mentes y debilitado nuestra voluntad que se ha pervertido nuestro sentido de los verdaderos valores y el concepto de nuestras lealtades. Parece tan sencillo de comprender: Dios es nuestro creador y redentor; Satán es el que amenaza destruirnos por completo y sustituir todo lo bueno por lo malo, pero a pesar de esa lógica tan sencilla nos olvidamos de que siendo el pueblo de Dios tenemos que resistir a Satanás.

Dios provee de la fuerza necesaria a cada individuo que se proponga resistir a las obras de Satán, por eso Jacobo les recordaba a sus lectores que se sometiesen a Dios porque en él es donde se encuentra la fuerza para resistir. Lo que es necesario es que haya el deseo de hacer resistencia y el cristiano mismo

es el que debe presentar esta disposición porque Dios no obliga a sus hijos, y cuando no hay resistencia Satanás se sale con la suya. Tenemos necesidad de combinar la ayuda de Dios con nuestra voluntad para resistir los engaños del diablo. Pablo les dio esta seguridad a los cristianos de Corinto: "Fiel es Dios que no os dejará ser tentados más de lo que podáis resistir; sino que dará también junto con la tentación la salida, para que podáis soportarla" (1 Cor. 10:13).

Tal vez nuestro problema consiste en que vacilamos en oponernos a un enemigo que no podemos ver. Reconocemos que el diablo es poderoso y tememos perder la batalla. Pero Jacobo dio la seguridad de que si solamente nos oponemos al diablo, él huirá de nosotros. No importa cuán poderoso se haya mostrado en determinadas circunstancias, si nosotros con el poder de Dios, nos enfrentamos contra él, el diablo se convierte en un cobarde y huye del campo de batalla. No tenemos que temer. Con la simple confianza y la humildad delante de Dios, podemos tener la confianza de que Dios dará la victoria a aquellos que pongan a un lado los intereses egoístas y el orgullo y se sometan por completo a su dirección.

4. *Aproximándose a Dios*

De la única manera que el hombre puede obtener la victoria sobre Satán es por medio de la purificación que viene por el arrepentimiento y la adoración a Dios. Por eso Jacobo alentaba a su pueblo: "Acercaos a Dios y él se acercará a vosotros." Esto no quiere decir que la iniciativa debe partir del hombre. Las palabras de Jesús permanecen verdaderas: "No me elegisteis vosotros a mí, mas yo os escogí a vosotros" (Jn. 15:16). Pero Jacobo nos indicaba que Dios se permite a sí mismo hacer cierta parte y nada más. El se limitó a sí mismo cuando creó al hombre y nunca obliga a ninguna persona a tomar una decisión contra su propia voluntad. Dios ya ha hecho todo lo que le era posible dándonos a su Hijo y obrando por medio del Santo Espíritu. A esto el hombre es el que tiene que responder, debe acercarse a Dios y cuando así lo hace descubre que Dios está allí acercándose a él.

Nuestro Dios es un Dios Santo, no puede tolerar el pecado en aquellos que se le acerquen. Por lo tanto, "Limpiad vuestras manos, pecadores, y purificad vuestros corazones, vosotros de doblado ánimo." Jacobo es un fiel seguidor tanto del Antiguo

Testamento como de las enseñanzas de Jesús en este mandato. El salmista dijo: "¿Quién estará en pie en su santo templo? El limpio de manos y puro de corazón" (Sal. 24:3-4). Jesús dijo: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mat. 5:8).

La referencia a las manos limpias tiene un significado literal para el judío con sus ideas de pureza ceremonial. Para el cristiano adquiere una significación figurada y se refiere al perdón de los pecados y al esfuerzo por vivir una vida justa. Esto enfatiza la conducta exterior de la vida, mientras que la pureza del corazón realza la relación íntima del individuo con Dios. La Epístola nunca pretendería separar los dos aspectos de la religión. Su énfasis constante ha sido sobre que la vida interior y su expresión externa se hallan inseparablemente unidas.

La referencia a los de doblado ánimo nos retrotrae a 1:8 donde Jacobo se refería a las personas que no pueden acabar de decidirse a confiar en Dios. Esa indecisión les impide acercarse a Dios. Antes de hacerlo, necesitan purificar sus corazones y poner su confianza en Dios sin reservas de ninguna clase.

Otro aspecto de este llamamiento a la limpieza y al arrepentimiento se encuentra en el versículo 9, en la demanda: "Afligíos y lamentad y llorad; vuestra risa se convierta en lloro y vuestra alegría en tristeza" ("pesadumbre"). La palabra que se traduce "afligíos" aparece aquí solamente en todo el Nuevo Testamento. Pablo usó un término semejante cuando se lamentó: "Miserable hombre de mí" (Rom. 7:24). "Miserable" lleva en sí la idea de uno que ha llegado a la realización de su propia debilidad y lo inadecuado que se ve delante de Dios. El reconocimiento de la deficiencia personal tiene que producir luto y llanto. La comprensión de la condenación delante de Dios tiene que ser motivo de ansiedad para el que verdaderamente se arrepiente. Una vez más nos viene a la mente la enseñanza de Jesús en el Sermón del monte: "Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consolación" (Mat. 5:3-4).

Aquellas cosas que desde el punto de vista terreno producían risa ahora son causa de tristeza. Las cosas que eran fuente de gozo ahora producen pena. El completo panorama de la

vida cambia cuando el hombre se vuelve a Dios. Jacobo señalaba que aquellos que habían empezado a amar al mundo necesitaban volver a una plena comprensión de su necesidad de un cambio absoluto de su concepto con respecto al mundo. Las cosas indignas eran las que producían gozo y necesitaban una evaluación correcta de la vida.

5. *La Humildad Ante Dios*

Una vez más, y por última vez, en el versículo 10 Jacobo llama a sus lectores a que se humillen ante Dios. La humildad es el polo opuesto del orgullo. Humillarnos a nosotros mismos delante de Dios significa que tenemos que admitir que en nosotros mismos no hay nada en que podamos afianzarnos en la presencia de Dios. Lo mejor nuestro no vale nada ante él. Nuestras pocas buenas obras carecen de importancia a causa de nuestro pecado y en último análisis debemos confiar plenamente a la misericordia de Dios.

Hemos de tener cuidado de no pretender humillarnos para que Dios nos ensalce. En realidad, si tal fuese nuestro motivo, es dudoso que hubiera en nosotros humildad verdadera. Nunca debemos buscar distinción o posición para nosotros mismos. Si lo hacemos perdemos de vista la relación debida que es necesario que prevalezca entre nosotros y Dios. El debe ser el primero y nosotros simplemente sus siervos ineficientes. En cualquier nivel a que él nos exalte, eso se debe a su misericordia y no a nada que nosotros hayamos ganado. Jacobo no nos alienta a que hagamos el esfuerzo para alcanzar una posición por la falsa actitud de una pretendida humildad. Nuestra rendición a Dios ha de ser genuina y sincera, sin que en ello haya pretensión ni fingimiento. Si pudiésemos arrancar de raíz esa falsa modestia, se efectuaría en nuestras vidas y en el ministerio de nuestras iglesias un profundo cambio.

IV. CONTRA LA CALUMNIA (4:11-12)

Uno de los modos más efectivos de aumentar la importancia de uno mismo es destruyendo la de otra persona, y la manera más eficiente de llevarlo a cabo es por medio del uso de las palabras. Por eso Jacobo vuelve una vez más al asunto del lenguaje. Ya ha hecho algunas referencias a este asunto (1:19, 26; 3:1-12). En estos dos versículos se ocupa de un aspecto: la cuestión de hablar mal contra otros. Esto va un paso

más allá de la advertencia contra el maldecir a los hombres. Hay muchas personas que nunca serían capaces de pronunciar una maldición contra nadie pero que no vacilarían en calumniar o hablar mal contra alguien si esto les producía alguna ventaja.

La palabra hablada es culpable de causar incalculables daños. El mandamiento siempre ha sido de no calumniar. "No andarás chismeando entre tu pueblo" (Lev. 19:16). Y éste es uno de los requerimientos de Dios que se viola más a menudo. Ciertamente los directores de los judíos continuamente hablaban contra Jesús durante los días de su ministerio. Los cristianos siempre han tenido la tentación de hablar unos contra los otros y contra los extraños.

Esa conversación destructiva es dañina porque "el que habla contra su hermano o juzga a su hermano, habla contra la ley y juzga a la ley". Es muy probable que la ley a que se refiere Jacobo es la misma ley general a que se hace referencia en 2:8. Esta ley real era la ley del amor. No podemos hablar mal contra un individuo y amar a esa persona, y el cristiano ha de ser siempre guiado por el amor. Todas nuestras palabras y acciones deben ser evaluadas a la vista del amor y todo lo que no cumpla con los requisitos del amor debe evitarse.

La afirmación de Jacobo de que nos convertimos en jueces de la ley cuando juzgamos a nuestro hermano quiere decir que cuando intencionadamente violamos cualquier ley estamos diciendo que la ley es mala y no debía ser ley. Por lo tanto, nos ponemos en la categoría de los que hacen las leyes y no en la de los que las obedecen. Esto resulta desastroso en cualquier sociedad organizada. Aun teniendo en cuenta las imperfecciones de los hombres y la consecuente imperfección de las leyes humanas, esta actitud de erigirse en un dador de la ley antes que en la del que obedece a la ley, conduce a la anarquía. Esta actitud puede hacer que una nación caiga en la confusión y en el caos. Esta tendencia a menospreciar la ley conduce al gobierno de los revoltosos y a la idea de que la fuerza hace la ley. En esas circunstancias la verdadera ley deja de existir.

Lo mismo acontece cuando pretendemos substituir las leyes divinas por las nuestras propias. Esto constituye un abuso muy grande, y por él fácilmente se desciende al pecado y a la idolatría.

Todavía hay otro peligro mayor en una cosa tan sencilla como el hablar contra alguno. El hablar mal de otro es decididamente pernicioso. Aun la murmuración no es un pasatiempo inocente por aquello de entretenerse. Debemos considerar cada afirmación que hacemos para determinar si es cierta o no y si es provechosa en vez de dañina, pues tenemos la responsabilidad de construir antes que destruir. Dios es el único dador de la ley y el único Juez. Es el único que "puede salvar y destruir". A la luz de la grandeza de Dios: "¿Quién eres tú, tú que juzgas a tu prójimo?"

Las palabras de Jesús son muy apropiadas en este punto. "No juzguéis para que no seáis juzgados; y con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida con que medís os será medido" (Mat. 7:1-2). Jesús se preocupaba al ver que los hombres podían discernir el pecado en las vidas de los demás y, sin embargo, no eran capaces de descubrirlo en sus propias vidas. Pero aquí tenemos algo más que esta deficiencia. Aquellos a quienes escribía Jacobo no solamente estaban plenamente conscientes del pecado en las vidas de los demás, sino que condenaban a aquellos en cuyas vidas veían que había pecado. Esto va íntimamente relacionado con el concepto que tenía Jacobo de los que hablaban contra un hermano. Aunque fuera verdad lo que dijeran, sin embargo, era malo decirlo si ello causaba un daño en vez de hacer bien.

Si hablamos debe ser siempre con amor y con plena conciencia de que Dios es el único que está en una posición de juzgar a otros.

V. CONTRA LA FALSA CONFIANZA EN SI MISMO (4:12-17)

La advertencia final presentada por Jacobo se dirige contra aquellos que se creían capacitados para hacer todo lo que les viniese en gana, dentro de su capacidad para llevarlo a cabo. El hombre comete este error constantemente, tiene ilusiones de omnipotencia. Cuanto más poder llega a controlar, mayor es el peligro de que cometa errores de esta clase. En ninguna época anterior se le han presentado al hombre mayores tentaciones de creer que todo el poder se halla en las manos del hombre.

1. *Haciendo Planes Sin Contar con Dios*

El cuadro que se nos describe en estos versículos es el de un mercader trazando sus planes para el futuro. Jacobo, al igual que Jesús, consideraba una equivocación hacer esos planes por anticipado. El error de estos comerciantes consistía en que hacían sus planes sin tomar en cuenta a Dios para nada. Nos recuerdan al labrador a quien Jesús condenó llamándole necio porque se interesaba solamente en el provecho material y no tomaba en cuenta la voluntad de Dios en su vida. "Necio, esta noche vuelven a pedir tu alma y ¿para quién serán estas cosas que tú has preparado? (Luc. 12:20, 21). Así le sucede al hombre que atesora para sí mismo pero que no es rico para con Dios." Nunca se puede estar seguro si dejamos a Dios fuera de nuestros planes y de nuestras consideraciones.

"Venid ahora", se repite en 5:1 como un reto a los planificadores que confían sólo en sí mismos, para que consideren seriamente su situación y pasen balance a lo que están haciendo. Es bueno hacer los planes para ir a una ciudad determinada y quedarse en ella unos días; pero aquellos hombres sólo obraban impulsados por su ambicioso deseo de obtener ganancias. Se proponían ir y quedarse todo el tiempo que las condiciones del mercado lo permitiesen. Después que hubiesen despojado a sus clientes, entonces se trasladarían a otra ciudad. No los impulsaba más que un solo propósito: el de comerciar y tener ganancias.

No comprendían que era mucho más importante para ellos el dar atención a lo que Dios esperaba y demandaba de ellos. Solamente a la luz de esto deberían de atreverse a hacer planes para el futuro. Esto sigue siendo verdad para todos. "Porque vuestra vida es neblina que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece."

La idea de la vida como una neblina o un vapor es corriente en la literatura antigua y ella sirve para enfatizar que la vida es corta e incierta, la tenemos hoy, pero no hay la seguridad de que la tendremos mañana. La vida ha de ser vivida bajo esa comprensión. Por lo tanto, Jacobo sugiere que debemos decir: "Si el Señor quiere, y si vivimos, haremos esto o aquello." Esta es una advertencia saludable, pero al mismo tiempo se ha convertido en una frase rutinaria que tiene muy poco significado para muchos de los que la usan. Decimos "si

el Señor quiere", pero con demasiada frecuencia esto no refleja la condición de nuestra mente, ni de nuestro espíritu. La mera repetición de las palabras no es suficiente en este caso, lo mismo que la repetición de la frase "en el nombre de Cristo", no garantiza que nuestra oración ha de ser contestada.

2. *La Soberbia en la Jactancia*

No hay más que un paso muy corto entre la confianza en sí mismo y la arrogancia. La persona que cree que no tiene que considerar a nadie más que a sí mismo es soberbia y se ve a sí mismo como superior a los demás y hasta superior a Dios. "Mas vosotros os jactáis en vuestras soberbias." Ya ellos habían llegado al punto en que su orgullo se había hecho supremo y creían que nadie sería capaz de hacer algo que pudiera frustrar sus planes. Ni siquiera Dios sería capaz de hacerlo. Por lo tanto, se "regocijan" o se "jactan" de su posición.

Jacobo llama a sus lectores a la comprensión de que esa jactancia o ese gloriarse es malo. Si pudiéramos convencernos a nosotros mismos en nuestra manera de actuar lo mismo que lo hacemos de palabra, de que Dios es supremo, y que no hay lugar para la jactancia en su presencia, nuestras vidas serían bien diferentes. Ni aun Abraham tendría de que gloriarse delante de Dios (Rom. 4:1-2). Y si él no lo hizo seguramente nosotros habremos de comprender que no tenemos base para el orgullo. No estamos por encima de Dios; todavía estamos sujetos a él y cualquiera de nosotros que tenga soberbia en su concepto de la relación entre Dios y su vida, no es más que un necio.

3. *Los Pecados de Omisión*

Los pecados de los cuales somos culpables no suceden porque no sabíamos como obrar mejor. Continuamente somos culpables de hacer aquello que sabemos que está mal y muy a menudo sentimos remordimientos por las cosas malas que decimos y hacemos. Pero no nos sentimos tan culpables por los pecados de omisión, por las cosas buenas y positivas que hemos dejado de hacer. Somos víctimas de la falacia de creer que mientras no hagamos algo que sea malo, no pecamos. Los pecados de omisión también son pecados delante de Dios.

Jacobo dijo: "El pecado está en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace." Y esta afirmación nos pone a todos bajo el decreto de condenación. Constantemente faltamos ante Dios

al omitir aquello que deberíamos hacer. Estos mercaderes sabían que deberían tener en cuenta a Dios en sus planes y no se ocuparon de hacerlo. Por lo tanto, esto era pecado. Sabemos que debemos tener en cuenta la voluntad de Dios, y tenerla presente en todos nuestros planes, pero frecuentemente dejamos de hacerlo. Y al no hacerlo, somos culpables de pecado.

Son incontables los casos por los cuales nos condena la afirmación del versículo 17. La oportunidad se presenta para hablar y dar testimonio, pero nos negamos a hacerlo. Se presentan las ocasiones para hacer algún servicio en las iglesias pero hallamos excusas para evitar el efectuarlo. Estamos conscientes de determinadas injusticias sociales, pero no queremos ser los que vayan a "volcar el bote". Vemos a los niños pequeños, a los ancianos, a los lisiados que sufren necesidades físicas y apretamos nuestras carteras. Vemos a alguien que está desalentado porque no hay quien le dé entrada en algún círculo y volvemos la espalda para no ser nosotros los que le abramos la puerta. Se dicen en nuestra presencia palabras injustas o que no son verdad, y nos quedamos callados. Vemos que nuestro gobierno, nuestra nación, nuestras iglesias se alejan de lo que sabemos que es la voluntad de Dios revelada, y nos negamos a involucrarnos en algo. Cuando sabemos lo que deberíamos hacer y no lo hacemos, para nosotros eso es pecado.

Las advertencias que Jacobo ha dado a través de todo este capítulo dan una nota muy seria. Nos hace ver cómo estamos haciendo precisamente las cosas contra las cuales se nos ha advertido. Buscamos las ganancias y ventajas personales, algunas veces por medios impropios y por motivos indignos. Formamos una parte tan íntima del mundo (precisamente de las cosas que son opuestas a Dios), que somos amigos del mundo aunque esto signifique ser infieles a Dios. Somos orgullosos y a menudo hablamos contra nuestros prójimos. Pero tal vez en ningún otro aspecto somos tan culpables de pecado como en este de omitir el hacer aquello que sabemos que Dios quiere que hagamos. No podemos justificar nuestras omisiones pues sabemos que nuestras excusas no serán aceptadas ante Dios y tendremos que estar ante su presencia para dar cuenta, no solamente de lo que hayamos hecho, sino de lo que hayamos dejado de hacer. Estas palabras de Jesús están una vez más como testigos contra nosotros de que cuando dejamos de ser-

vir a nuestros prójimos, dejamos de servirle a él. Seremos juzgados tanto por lo que hayamos dejado de hacer como por lo que hayamos hecho (Mat. 25:41-46). Necesitamos oír y atender al llamamiento de Jacobo al arrepentimiento y a la humildad ante Dios.

7

LA RESPONSABILIDAD INDIVIDUAL ANTE DIOS

El último capítulo de la Epístola de Santiago se relaciona con una variedad de tópicos que giran alrededor de la responsabilidad personal del individuo ante Dios. Hasta cierto punto, esto lo hemos visto a través de toda la carta, pero este énfasis se hace más evidente en el capítulo 5. Naturalmente, Jacobo no perdía de vista los aspectos externos de la religión, pero estos reciben su debido énfasis en este capítulo.

Al final del capítulo 4, Jacobo hace algunas advertencias a los que cometen el error de hacer sus planes sin contar con Dios. Y de aquí solo faltaba un paso para escribir acerca de los ricos que prescinden de Dios y contravienen todas las normas y mandamientos que Dios ha dado.

I. JUICIO DE LOS RICOS (5:1-6)

¿Perteneían a las congregaciones cristianas como miembros de las mismas los ricos a quienes se refiere Jacobo? Varias veces se ha hecho mención de ellos a echar mano del contexto de cada pasaje para contestar la pregunta. El rico de quien se habla en 1:10 era probablemente cristiano. No estamos muy seguros acerca del rico en 2:2; todo lo que podemos decir es que se trataba de un forastero en la congregación. Se dicen cosas muy ásperas acerca del rico en 2:6-7 y no es probable que éste fuera cristiano. Los mercaderes citados en 4:13-17 pueden haber sido cristianos porque algunas veces algunos que se llaman cristianos se olvidan de Cristo en la transacción de sus negocios. No debería de ser, pero sabemos que así sucede.

Es extremadamente difícil imaginarnos lo que Jacobo pensaba acerca de los miembros de su iglesia que eran ricos, cuando escribía las austeras palabras del capítulo 5. Algunos

ponen en duda que si esas palabras se refirieran a los extraños, pues en ese caso ¿por qué incluirlas en un escrito dirigido a los creyentes? Esta manera de escribir sigue la tradición profética, hablaba dirigiéndose a los que estaban fuera de Israel. La inclusión que Jacobo hace de esas palabras de juicio en su epístola dirigida a los cristianos servía de admonición a cualquiera que tuviese la tentación de imitar el ejemplo de los ricos.

1. *La Naturaleza del Juicio*

Jacobo llamaba a los ricos para que diesen atención a su mensaje: "Vamos ahora." Este era un llamamiento para que meditasen en su posición y exhortaba a los ricos para que llorasen y lamentasen. Los acontecimientos trágicos que ocurrieron a la caída de Jerusalén en el año 70 d. de J. C. no quedan necesariamente descartados aquí. Pero fundamentalmente Jacobo se estaba refiriendo a la ira que está almacenada para el día de la ira de Dios. Ese día va a venir y las aflicciones serán indescriptibles.

Las riquezas en los tiempos en que vivió Jacobo se medían por el alimento, las ropas y el dinero (vv. 2-3). Jacobo insiste en que las riquezas de las cuales dependían estos hombres eran inadecuadas y temporales. Primeramente, señalaba que sus riquezas estarían podridas, "corrompidas". El grano no se puede almacenar más que durante un tiempo limitado. Después que este transcurre, no se puede usar, está podrido.

Las ropas son susceptibles a la acción de la polilla. Las ropas de los ricos que formaron parte de sus bienes, perderían su valor por ser comidas por polilla.

El dinero que se acumula en vez de usarse para fines provechosos, pierde su valor y más bien llega a ser una maldición para quien lo posee.

La riqueza, tanto en la época en que vivió Jacobo como en nuestros días, demuestra ser una falsa seguridad para aquellos que ponen su confianza en las riquezas antes que en Dios. Seguramente el juicio de Dios les revelará a esas personas que no solamente no les causarán ventaja alguna sino que serán usadas como argumento en el juicio contra ellas. "Su moho testificará contra vosotros y devorará del todo vuestras carnes como fuego" (v. 3).

En estos versículos Jacobo habló acerca de los últimos

tiempos. Cuando los judíos mencionaban el "día final" se referían al tiempo del juicio de Dios, a los días del Mesías. Los primitivos cristianos abrigaban la creencia de que estarían vivos cuando el Señor volviese en los últimos días. Los últimos días habían amanecido durante el ministerio de Jesús. Pero Jacobo miraba más allá, al día del terrible juicio en el juicio final. Les avisaba que aunque los ricos disfrutasen de sus riquezas en esta vida, esos lujos habrían de perecer. ¡Qué tragedia será cuando los ricos injustos descubran que todas aquellas cosas en que habían depositado su confianza en esta vida eran las más equivocadas!

2. *Las Razones para el Juicio*

Jacobo enumera tres evidencias de la ambición y la injusticia de los ricos. Retenían los salarios de los trabajadores que les labraban los campos; vivían una vida de placer y disolución y eran culpables de haber matado al Justo.

La primera evidencia se manifiesta en pugna con los días en que vivimos, en que los sueldos se pagan semanalmente, o mensualmente, y se nos hace difícil visualizar la situación que predominaba en el primer siglo. Era de suma importancia que los jornales se les pagasen a los trabajadores al finalizar cada día de labor y esta era la costumbre predominante (Mat. 20: 1-16). Si no se le pagaba al final del día tenían que acostarse con hambre aquella noche. Por lo tanto, era un claro mandamiento de la ley que los salarios debían pagarse cada día. (Ver Lev. 19:13; Deut. 24:14, 15).

Aquellos a quienes condenaba Jacobo eran ricos terratenientes que alquilaban a los obreros prometiéndoles pagarles su jornal diario, pero al final del día se negaban a hacerlo, y el obrero nada podía hacer contra ellos, no tenía manera de obligar al dueño injusto a pagarle su jornal. Dios contemplaba este pecado y les decía que los salarios retenidos "claman contra vosotros". Jacobo les hacía saber a los ricos que si los jornaleros se iban a la cama con hambre, Dios conocía su condición, oía sus quejas y habría de castigar a los que los maltrataban.

La frase "Señor de los ejércitos" representa a Dios como el Jefe Supremo de las huestes celestiales. Su poder debía infundir terror en el corazón de quien pretendiera oprimir a los que no podían defenderse por sí solos.

La segunda evidencia de Jacobo va dirigida contra los desenfrenados deleites de los ricos. Vivían en la ostentación y en el despilfarro. Iban mucho más allá de lo que podría tener alguna justificación en cualquier condición que fuese; exhibían sus riquezas y las malgastaban en excesos. Israel se había visto azotado por gentes de esta clase en casi todas las generaciones. Los profetas como Amós ya habían tronado contra el lujo de esa clase mientras los pobres se morían de hambre. Este asunto nos presenta también a nosotros una cuestión a considerar. La mayor parte de nosotros no somos ricos pero tenemos cubiertas las necesidades de la vida con abundancia. ¿Mirará Dios con indiferencia nuestra falta de interés por las multitudes de personas en el mundo que carecen de la mínima cantidad necesaria de alimentos para poder sobrevivir?

Jacobo dijo de los ricos despilfarradores: "Habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza." La imagen que se presenta es la de un animal esperando que lo maten, comiendo con exceso sin ocuparse de lo que le va a pasar. De la misma manera los hombres se pueden dejar atrapar por los lujos de la vida, de manera que lleguen a perder todo concepto de los verdaderos valores. Esas personas tienden a creer que ya gozan de todo lo mejor que la vida les puede ofrecer y fracasan al no poder comprender que esto los hace más susceptibles para la matanza.

El tercer pecado o evidencia mencionada por Jacobo es que los ricos injustos condenaron y mataron al justo. Hay disparidad de criterios con respecto a esta referencia hecha por Jacobo. Algunos comentaristas están seguros de que se refiere a la muerte de Jesús. A Jesús se le llamó el Justo y se acusó a los judíos de haberlo matado (Hch. 3:14, 15; 7:52). La afirmación adicional "él no os resiste" se considera como sustanciación de esta opinión porque Jesús no hizo oposición alguna a los que decidieron matarlo.

Sin embargo, es más probable que Jacobo usase este término "el justo" en un sentido más general. No se podía acusar a otros judíos, sino a los de Palestina de haber matado a Jesús. Los responsables de este crimen fueron los que estaban en Jerusalén y Pablo tuvo buen cuidado al tratar con los judíos de fuera de Jerusalén (Hch. 13:27) de no hacerlos culpables de la muerte de Jesús. Es verdad que los responsables fueron los

que moraban en Jerusalén, pero los que vivían en las regiones a las cuales fue dirigida esta epístola eran a menudo culpables de dar muerte a los que eran justos. Frecuentemente, estos eran pobres e indefensos y caían bajo las garras de los ambiciosos y opresores y estos ambiciosos no vacilaban ni aun ante el homicidio con tal de conseguir sus fines.

II. LA NECESIDAD POR PACIENCIA (5:7-11)

Jacobo condenó a los ricos terratenientes y a aquellos que vivían en la opulencia sin ocuparse de los pobres y de los justos. A los hermanos fieles los exhortaba para que fuesen pacientes y sufridos. La paciencia aquí significa no solamente la disposición para soportar aquello que es difícil y duro de llevar. "Paciencia, es aquel dominio de uno mismo que no busca con demasiada premura la venganza por el daño recibido, mientras que 'soportar' significa el temperamento que no sucumbió fácilmente ante el sufrimiento."¹ Jacobo estaba interesado en que sus hermanos estuviesen dispuestos a soportar las cosas.

1. Razones por Paciencia

Una de las razones por la cual los lectores podían soportar sus circunstancias difíciles era que el Señor está cerca. Él les hablaba de la *parusia* del Señor. La palabra que aquí usa Jacobo es la misma que se usaba frecuentemente para referirse al retorno de Cristo (Mat. 24:3, 27; 1 Cor. 15:23; 1 Tes. 4:15; 5:23; 2 Ped. 1:16; 3:4; 1 Juan 2:28). Ese uso tan extendido enfatiza que los cristianos estaban ansiosamente esperando y deseando el retorno de Cristo. Ellos estaban seguros de que los acontecimientos relacionados con la muerte y resurrección de Jesús eran la prueba del poder triunfante de Dios. La victoria sobre el mal había sido garantizada por lo que tuvo lugar en la resurrección del Señor. El retorno de Cristo habría de ser la consumación de esa victoria. Por lo tanto, el mal existente era insignificante si se comparaba con el gran gozo que habría de ser suyo cuando Cristo volviese. Mientras los cristianos se esforzaban por transformar las malas condiciones, estaban dispuestos a confiar en Dios y creer que él podía enderezar las cosas, si no en esta vida, ciertamente en la vida futura.

Algunos de los lectores de Jacobo estaban ansiosos por recibir alguna señal con referencia a la venida del Señor. Jaco-

bo no les dio ninguna señal para demostrarles que esa fecha estaba cercana. En vez de eso, los exhortó a que tuviesen fe y llamó su atención a la labor del agricultor.

Había dos cosas esenciales para tener una buena cosecha: las lluvias tempranas del final del otoño, que suavizaban la tierra para que la semilla germinara, y las lluvias tardías de la primavera, que hacían llegar la cosecha a su madurez.

El labrador no podía apresurar la cosecha, esta vendría a su debido tiempo. El tenía que soportar el largo período de espera y algunas veces en condiciones bien difíciles, y lo mismo les sucedía a aquellos a quienes Jacobo escribió su carta. ¡El Señor habría de venir! De ello podían estar bien seguros porque esta certeza les capacitaba para soportar toda clase de pruebas y dificultades que pudieran sobrevenirles. "Fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca."

Han pasado ya diecinueve siglos y la venida del Señor no ha ocurrido. ¿Significa esto que Jacobo y aquellos primitivos cristianos estaban equivocados? No, esto indica simplemente que ese tiempo Dios es el único que lo sabe y que la manera que Dios tiene de contar el tiempo difiere de la manera del hombre. El retorno del Señor pudiera haber ocurrido en cualquier momento y el verdadero creyente debía vivir y actuar bajo el convencimiento de que "la venida del Señor se acerca". Esta certeza debe presidir todas las actividades y debemos vivir cada momento con la calidad de vida que sería más apropiada si este fuera nuestro último momento. Así podremos tener la seguridad de que Dios tiene el control de todo y que la victoria es de él y de su pueblo.

Jacobo se esforzaba por llevar al ánimo de sus lectores el convencimiento y la certeza de que Dios tiene el control final de la historia y esta es la certeza que necesitamos en este mundo de caos y conflictos. De cualquier clase que sean las dificultades, si tenemos el poder del Espíritu de Dios en nuestro interior y la confianza en el retorno de Cristo, podemos salir victoriosos de todo lo que se nos oponga. "... purificad vuestros corazones." Este no es el momento de tener ansiedad ni temor, es tiempo de tener valor, tiempo de ir por todo el mundo y llevar a todos los hombres el evangelio de salvación por medio de Jesucristo.

Las gentes a quienes Jacobo escribió eran culpables de al-

tercados y acusaciones y comprendemos aquella situación. Cuando las cosas van mal y nos sentimos desalentados y desilusionados, miramos alrededor buscando a quien echarle la culpa. Casi siempre tenemos buen cuidado de no culparnos a nosotros mismos; tiene que haber alguien con quien compartir la culpa. Este es un hábito peligroso que es preciso evitar porque anula el desarrollo y la actividad cristianas.

Jesús hizo énfasis sobre la necesidad de perdonar, pues aun entre sus discípulos había cierta resistencia para hacerlo. Una de las cualidades del carácter más difíciles de desarrollar, es un espíritu perdonador.

La acusación conduce inevitablemente al juicio porque en sí misma es una forma de juicio y anteriormente Jacobo previene contra juzgar a nuestro hermano (4:11). Cuando nos erigimos en jueces, nos encaramos con el juicio. Necesitamos comprender que Dios es el único que está en una posición como para pronunciar juicio y nosotros no somos nadie para quejarnos. Nuestro papel es el de soportar con el espíritu apropiado, buscando siempre hacer la voluntad de Dios en nuestras vidas.

2. Ejemplos de Paciencia

A Jacobo le gustaba poner ejemplos. Cuando quiso hacer la relación entre la fe y las obras y ponerla en su debido foco, citó los ejemplos de Rahab y Abraham (2:20-25). Con el fin de enfatizar cuánto vale el saber soportar, nos cita a Job.

"Tomad como ejemplo de sufrimiento y paciencia, hermanos, a los profetas que hablaron en nombre del Señor" (versículo 10). Jacobo no especificó cuál profeta pues sabía que el sufrimiento había sido una parte de la vida de casi todos ellos. La tarea del profeta, el que habla en nombre de Dios, nunca es una tarea popular ni tampoco ofrece seguridad desde el punto de vista humano. El mundo, en el sentido que Jacobo le da a esa palabra, se opone a Dios; y los que siguen los caminos del mundo se oponen a Dios y a los que hablan en nombre de Dios. Los profetas tenían que mantenerse firmes en sus puestos aun en contra de las opiniones populares de su época.

Ellos "hablaron en nombre del Señor". Por lo tanto, lo que el profeta decía no era para ser negado ni rechazado. Su mensaje era divino. Como tal, raras veces era agradable y muy a menudo provocaba la ira y el atropello físico. Esto era lo que

les sucedía a los profetas del Antiguo Testamento. Y esto también le sucedió a Jesús, que sufrió aflicción y tuvo que soportar toda clase de oposición. Juan el Bautista tuvo que sufrir lo mismo e igualmente los primeros seguidores de Jesús. Como voceros de Dios, su mensaje estaba en oposición al mundo y a los del mundo.

Los que tuvieron que sufrir por ser profetas probablemente nos hubieran dicho que valía la pena. Nosotros mismos reconocemos que el juicio del mundo no es la respuesta definitiva, pues en realidad, a menudo es Dios el que revierte el juicio del mundo. Así lo hizo con los profetas y así lo hizo con Jesús. Los que son obedientes a Dios son los que reciben el calificativo de felices.

La firmeza fue la cualidad predominante en Job en medio de sus sufrimientos. Hay pocos hombres que hayan pronunciado palabras tan apasionadas como Job. Pero lo más grande que hay en Job es que a pesar de su torrente de preguntas y a pesar de las interrogantes torturadoras, a pesar de todas las cosas que le destrozaban el alma, nunca perdió su asidero en su fe y en su Dios.²

El necesitaba creer que de todo lo que le estaba sucediendo, Dios sacaría el cumplimiento de su divino propósito. Su fe era que Dios no lo dejaría sin amparo y su fe fue premiada.

Desde nuestro punto, podemos ver el propósito de Dios en lo que le sucedió a Job y esto debe alentarnos a ver que Dios puede obrar para bien, aun en medio de las dificultades más duras. Pero esto él sólo puede hacerlo cuando permanecemos firmes en la fe. "El Señor está lleno de compasión y misericordia" declaró el Salmista que había aprendido que Dios es verdaderamente un Dios de misericordia y gracia. (Sal. 103:8; 111:4). Puesto que tenemos el sostén de un Dios tan grande, podemos soportar cualquier cosa que el mundo traiga sobre nosotros. Somos suyos y nada podrá separarnos de él. "Por lo tanto, hermanos, sed pacientes."

III. PROHIBICION DE LOS JURAMENTOS (5:12)

A todo lo largo de la epístola de Santiago, ha habido repetidas referencias al pecado que se relaciona con el lenguaje. Aquí Jacobo se pronuncia contra los juramentos. El jurar era muy corriente entre los judíos. Los juramentos se tomaban

como garantía de la verdad de lo que se estaba diciendo y de la ejecución de lo que se prometía hacer. Desgraciadamente, el jurar no siempre aseguraba el cumplimiento de estas cosas porque los judíos hacían distinción entre los juramentos. El juramento que se hacía invocando algo que era santo, obligaba; cualquier otra clase de juramento, no. A más abundamiento, la práctica de jurar se había extendido tanto que muchos juraban de una manera ligera y también profanaban el nombre de Dios usándolo a la ligera para darle fuerza a juramentos débiles o falsos, práctica que ya había sido condenada por Jesús (Mat. 23:16-22). Jesús también consideró que no era necesario que sus seguidores jurasen (Mat. 5:34-37). Su propia palabra debía ser su mayor fuerza. Es indudable que esta declaración de Jesús en el Sermón del monte fue el antecedente del mandamiento de Jacobo.

Aquí surgen dos puntos básicos. El primero y más importante es que el cristiano debería tener la reputación de decir siempre la verdad. La finalidad del juramento es la de dar la seguridad de que lo que se está diciendo es verdad. Los lectores de Jacobo habrían pensado que el individuo podría mentir en determinada ocasión, pero que si se ponía a sí mismo bajo juramento, estaba dando con ello la seguridad de que estaba diciendo la verdad. Jesús enseñó, y Jacobo se hizo eco de sus palabras, que el creyente no debería jurar y las gentes deberían reconocer que un cristiano siempre dice la verdad. Aun en los momentos más insustanciales, lo que dice es la verdad y todo el mundo lo sabe. Cuando él dice sí, eso es exactamente lo que quiere decir y cuando dice no, está obligado a sostenerlo.

Esa honrada exactitud debe ser la situación imperante cuando se trate con un cristiano, pero a pesar de ello, nos damos cuenta de que no siempre sucede así. Desgraciadamente, muchos cristianos no tienen mejor reputación con respecto a hablar la verdad que cualquiera persona que no es creyente. Hay muchos sectores de la sociedad en que la palabra de un cristiano no es más respetada que la de cualquiera otra persona y éste ha sido el resultado de tristes y amargas experiencias. El cristiano no siempre paga bien sus cuentas ni siempre cumple sus promesas, ni siquiera es fiel a sus votos. Por lo tanto, la sociedad le exige a él lo mismo que a cualquier otro

cuando le es preciso presentar alguna seguridad y no se debe culpar a nadie más que a nosotros mismos por ello.

La segunda cuestión ha recibido mucha más atención. La mayor parte de las personas que se refieren a las enseñanzas de Jacobo en la cuestión de tomar juramentos, o las enseñanzas de Jesús, procuran aplicarlas a los procedimientos legales en la sala de justicia o al requisito de jurar un cargo oficial del gobierno. ¿Es permitido que un cristiano haga un juramento en estas circunstancias? Mucho se ha discutido sobre al particular y no se ha llegado a una respuesta que satisfaga a todo el mundo.

Lo que le preocupaba eran los juramentos que eran cosa tan corriente en la vida diaria de estas gentes. Demostraban la irreverencia a Dios y una falta al no tomar en consideración su grandeza, ni su santidad. La Biblia señala que Dios jura por sí mismo (Sal. 110:4; Heb. 5:6). Jesús permitió que se dirigieran a él bajo juramento ante el Sanedrín (Mat. 26:63). Por lo tanto, parecería que el jurar decir la verdad ante un tribunal o jurar desempeñar honrada y debidamente un cargo oficial no tendría por qué ser una violación del mandamiento de Jacobo. Estos son asuntos de procedimiento legal.

Hay otro punto más que es preciso considerar. ¿Es esto un aviso contra la práctica de maldecir, tal como la conocemos en el día de hoy? Directamente, no lo es. Indirectamente, la enseñanza de este versículo puede ser aplicada porque el maldecir implica tomar el nombre del Señor ligeramente y sin reverencia. El tomar un juramento en el nombre de Dios sin ninguna intención de cumplirlo, era tomar el nombre de Dios ligeramente y deshonrándolo. Aunque el maldecir no era el pecado del cual eran culpables los primeros lectores de Jacobo, este requerimiento puede servir de ayuda al buscar sojuzgar este hábito pernicioso que se advierte en las vidas de algunos de los miembros de las iglesias.

IV. INCENTIVOS PARA LA ORACION (5:13-18)

La oración es una manera ventajosa y positiva de usar el nombre de Dios. Lo invocamos con reverencia en la oración y Jacobo tiene algunos buenos consejos para sus lectores con respecto a la oración. Al principio de su carta exhorta a su pueblo a que pida a Dios sabiduría si se encuentra falto de ella

(1:5). Pero existen otras áreas de la vida donde la oración es más efectiva.

1. Ocasiones para Orar

Jacobo describe tres situaciones en las cuales la relación personal del creyente con Dios debería expresarse. Se nos aconseja que oremos *cuando alguno esté afligido*. Este es un término más amplio que el de enfermedad. Es la misma palabra usada en el versículo 10 para referirse a los profetas que sufrían aflicción. Los creyentes están sujetos al mismo tipo de sufrimientos físicos como los hombres de tiempos antiguos. Esto podría haberse referido a los sufrimientos causados por las autoridades políticas o también podría haber tenido su origen en las condiciones sociales de aquel tiempo, tal vez la opresión de los ricos.

Lo importante es saber lo que se debe hacer cuando el sufrimiento llega. Uno podría sentarse a quejarse, o tal vez buscar remediar la situación por medio de los propios recursos y la fortaleza personal. Jacobo dijo "Orad". La persona que sufre debe tener el pleno conocimiento del poder y de la misericordia de Dios y someter su caso a Dios que juzga justamente y confiar en que este Dios o habrá de cambiar las condiciones, o darle la fortaleza necesaria para soportarlas. Pablo encaró y soportó circunstancias parecidas con su "aguijón en la carne" (2 Cor. 12:7-9).

El sufrimiento está tan extendido hoy como lo ha estado siempre en la historia de la humanidad. Aunque hemos inventado muchas cosas para evitar las aflicciones de los hombres, el sufrimiento sigue siendo la porción de millones de personas. Ninguno de nosotros está libre de experimentarlo. Y ¿qué hemos de hacer cuando nos alcance? Hemos de orar.

La segunda oportunidad para volvernos hacia Dios es en el caso de las alegrías. *Cuando alguien esté alegre*, "cante alabanzas". Esa persona reconoce que lo que le trae gozo viene de Dios porque toda buena dádiva de él proviene (1:17). El resultado natural de un corazón jubiloso debería de ser el alabar al Señor.

Es un triste comentario sobre la naturaleza humana el que a menudo nos olvidamos de cantar y del aspecto de la alabanza en nuestras relaciones con Dios. Estamos muy prontos a llamarlo cuando nos sobrevienen las tribulaciones. Cuando nos

alcanzan las enfermedades o los desastres, no hay vacilaciones para invocar a Dios. El término de "buscar la religión cuando truena" expresa bien esta tendencia. Cuando hay dificultades personales queremos tener la seguridad de que Dios está presente para librarnos; pero cuando todas las cosas van bien no nos acordamos tanto de Dios. El orgullo puede llegar a hacernos creer que las cosas buenas que nos suceden se deben a nosotros mismos. Nos regocijamos con la familia o con los amigos y nos olvidamos de que Dios es el dador de todo lo bueno. Es exactamente tan importante cantar nuestras alabanzas a Dios en tiempos de alegría como es volvernos a él en tiempos de dificultades.

El himno de alabanza surge de una condición del hombre interior. Esa canción necesita hacerse audible al oído humano. Uno puede cantar alabanzas a Dios en su corazón y hay ocasiones en que es propio que nuestro canto sea sólo audible ante Dios, pero también hay otras muchas ocasiones cuando la alabanza debe ofrecerse abiertamente para que otros se den cuenta de nuestra gratitud.

Jacobo también llamaba a sus lectores a que *oraran en tiempos de enfermedad*. Es verdad que la enfermedad es un aspecto del sufrimiento. Tal vez Jacobo diferenciaba este de otras clases puesto que hace sugerencias específicas sobre lo que se debe hacer cuando alguien de la comunidad se halle enfermo.

2. La Oración de Intercesión

No hay duda de que Jacobo esperaba que el enfermo orase por sí mismo, pero tenía que hacer algo más. Tenía que llamar a los ancianos de la iglesia y con toda probabilidad estos eran los directores oficiales de la iglesia. En muchos aspectos ellos desempeñaban las funciones que hoy desempeña un pastor. El término "anciano" se derivaba del judaísmo de la misma manera que la organización de la iglesia se parecía bastante a la de la sinagoga judía. Por lo que vemos en el Nuevo Testamento en cada iglesia había varios ancianos y sus obligaciones no están claramente definidas. Este pasaje nos indica que una parte de su responsabilidad era la de ministrar a las necesidades de los enfermos.

Después que los ancianos eran llamados, ellos habían de orar sobre el enfermo y ungirlo con aceite en el nombre del

Señor. Esta insistencia es importante en la oración de intercesión. Estos hombres no oraban por sí mismos, ellos oraban por el hermano enfermo. Una de las grandes experiencias que cualquier individuo puede tener es la de orar por otro. Esa clase de oración debería ser una gran parte del ministerio de oración de cada persona. Esto lo encontramos en la vida de Jesús. Esto lo vemos en las oraciones de Pablo tal como se encuentran en sus escritos y sabemos que esto fue verdad también en la vida de los grandes cristianos a través de todas las edades. Jacobo estimulaba las oraciones de intercesión en favor de los enfermos.

El versículo 14 indica que tanto Jacobo como sus lectores creían que Dios tiene poder para curar las enfermedades y esto no nos debería sorprender porque era una idea corriente entre los judíos. Ellos iban aun más allá, estimaban que toda enfermedad era debida al pecado y que, sólo Dios era el que podía curar. Jesús no estuvo de acuerdo en que toda enfermedad era el resultado del pecado, pero el llevar a cabo curaciones llenó una gran parte de su ministerio. El don de hacer curaciones fue dado a algunos de sus seguidores y Pablo habla del don de sanidad como uno de los dones del Espíritu (1 Cor. 12:9).

A pesar de todo lo antedicho, no se sugiere en este párrafo que Jacobo considerase que estos ancianos tuviesen ningún don particular de hacer curaciones. Ellos no eran los que curaban al enfermo; era Dios quien lo hacía, pero sus oraciones eran efectivas en aquella situación de sanidad. Tal vez nosotros no entendamos en qué manera obra la oración; pero lo que sí sabemos es que cuando el pueblo de Dios ora con fe y en sumisión a su voluntad, las oraciones son contestadas, aun en los casos de la curación de enfermedades físicas. Dios es el que sana y la oración es un ingrediente esencial en el proceso de la curación.

Los ancianos tenían que orar y también tenían que ungir al enfermo con aceite en el nombre del Señor. Algunos comentaristas interpretan esto a la luz de la práctica que llegó a estar en boga varios siglos después, cuando el ungir con aceite se convirtió en una práctica sacramental en la vida de la iglesia. Pero no parece que hay razón alguna para interpretar las instrucciones de Jacobo en esa luz. El aceite era una de las principales medicinas en el siglo primero. La otra era el vino.

Por lo tanto, se recomendaba a los ancianos que diesen al enfermo la ayuda religiosa y la medicina: la oración y el aceite. Muy bien comprendía Jacobo que no puede haber curación en la que Dios no tome parte.

Este pasaje ha sido tomado por muchos cristianos como base para lo que se da en llamar "la sanidad divina." Si uno parece sanarse por un "sanador", aún así, tiene que glorificar a Dios y no al sanador. Algunos puntos conviene decir sobre esto. En primer lugar toda sanidad es necesariamente divina, siendo que es Dios el que ha puesto las propiedades curativas en las plantas medicinales, es él también quien da la inteligencia y los conocimientos médicos a los hombres y, después de todo, nada se hace sin su voluntad. No parece ser la recomendación bíblica el desear sanarse de alguna enfermedad sin echar mano de los recursos adecuados que Dios pone a nuestra disposición, aunque, por supuesto, puede haber casos en los que Dios decida sanar aun sin la intervención de medios. Los cristianos, en sus enfermedades, deben orar a Dios, buscar el compañerismo espiritual de sus hermanos en la fe, y hacer uso prudente de las medicinas y los medios legítimos de curación.

Jacobo dice: "La oración de fe salvará al enfermo y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados." Esta afirmación tiene dos partes. La primera indudablemente se refiere a la curación del cuerpo del hombre. La palabra "salvo" se usa frecuentemente a este respecto en el Nuevo Testamento. Claro está que también se usa muchas veces para referirse a la relación individual con Dios y al perdón de los pecados. Pero Jacobo la usó aquí para significar curación física y dijo que cuando se hace oración con fe en Dios, él traerá la curación. Con ello no quiso decir que todos los enfermos serían curados en esta forma. Evidentemente, eso no sucedía entonces y tampoco sucede en los tiempos actuales. Su verdadero significado es que siempre que la curación se ajuste a los planes de Dios, entonces Dios contestará las oraciones de su pueblo fiel sanando a la persona enferma.

La segunda parte de la afirmación de Jacobo en el versículo 15 atañe a la condición espiritual del enfermo. Algunos interpretan este versículo teniendo en cuenta que los judíos creían que la enfermedad era consecuencia del pecado. Por lo

tanto para que un enfermo fuese sanado de su pecado tenía que ser perdonado (Mar. 2:1-12; Juan 9:1-3). De esta manera, el hecho de que el paciente hubiese sido sanado era la señal de que Dios le había perdonado sus pecados. Otra posible interpretación en este caso es que al comprender que Dios le había sanado, conduciría a la persona curada a arrepentirse de sus pecados y pedir a Dios perdón por ellos y por lo tanto recibiría el perdón. Es imposible afirmar cuál de estas interpretaciones sería la que Jacobo tuvo en mente. La primera es lógica teniendo en cuenta el punto de vista de los judíos con respecto al pecado y a la enfermedad, pero la última interpretación está más de acuerdo con los conceptos cristianos. Es Dios el que perdona nuestras iniquidades y el que sana nuestras dolencias.

3. La Oración de Confesión

La referencia al perdón del pecado llevó a Jacobo a un tercer aspecto importante, la oración de confesión. Todos comprendemos bien la necesidad de confesar nuestros pecados. Los profetas llamaban al pueblo de Israel a confesar sus pecados a Dios para que él pudiese perdonarlos. Jesús demandó la confesión y el arrepentimiento y sus discípulos a través de los siglos han insistido en que los hombres deben confesar a Dios que son pecadores.

Pero Jacobo, aunque está de acuerdo en que los pecados deben ser confesados a Dios, escribe aquí que debemos confesar nuestros pecados "los unos a los otros". El se daba cuenta de que para que pudieran prevalecer las debidas relaciones dentro de la comunión cristiana debía existir la humildad que trae consigo el confesar un pecado para que sea perdonado. Esto no se proponía sancionar la confesión indiscriminada de todas nuestras faltas a cualquiera que nos quiera escuchar. No es necesario que todo el mundo conozca las interioridades de cada uno de nosotros. Pero ayuda y tiene un valor terapéutico el tener a alguien en quien podamos confiar nuestras debilidades y tentaciones, sabiendo que esa persona está interesada y nos acompañará en oración para que esos pecados puedan evitarse. Hay ocasiones en que un individuo necesita hacer una confesión de pecado ante la iglesia, cuando su pecado ha sido cometido contra la iglesia y ha causado daño al compa-

ñerismo de la iglesia, y solamente así puede volver a restablecerse la comunión cristiana.

Este pasaje no apoya la idea de la confesión a ningún individuo en la creencia de que él puede transmitir el perdón de Dios. Este concepto no encuentra apoyo en Jacobo ni en ninguna otra parte del Nuevo Testamento. La confesión a otros puede traer como consecuencia el restablecimiento de las relaciones humanas, pero cada uno de nosotros debe mantener una comunión ininterrumpida con Dios.

El resultado de la confesión de unos a otros debe ser la oración y si este no es el resultado, no tiene objeto. Pero cuando nuestros hermanos cristianos, con un sentimiento de comprensión y no de crítica, comprenden nuestras circunstancias y oran por nosotros, nos abren un vasto campo de fortaleza que es inmensurable. Observemos, por lo tanto, qué gran responsabilidad gravita sobre todos aquellos que oyen alguna confesión.

Una razón por la cual no se practica mucho la confesión unos a los otros, es por el temor, con frecuencia bien justificado, de que los que nos oyen nos condenarán o ridiculizarán si les confesamos a ellos nuestros pecados. Además, también no estamos muy seguros de que podemos depositar en ellos nuestra confianza. Si pudiéramos estar bien seguros de encontrar comprensión, simpatía, interés y amor, estaríamos mucho más dispuestos a seguir las enseñanzas de Jacobo en este particular. Por lo tanto, hay mucho campo para el perfeccionamiento en ambas direcciones. El que ha pecado necesita sentir el valor de la confesión; el que oye la confesión debe prestar su oído con una actitud cristiana, respondiendo a la confianza que en él se deposita.

4. El Poder de la Oración

¿Cuál es el efecto de la oración? ¿Hasta dónde llega su poder? Jacobo dijo: "La súplica llena de energía de un justo puede mucho." La palabra que se traduce impregnada de energía, es el vocablo de donde tenemos la palabra "energía". Esta hace énfasis sobre el poder de acción de la petición. La oración es activa y en realidad alcanza algo, pero tiene que ser la oración del justo. Si hay pecado en la vida eso significa que la oración no puede tener su pleno efecto. ¿Será tal vez la

razón por la cual algunas veces sentimos que nuestras oraciones no son efectivas?

Una vez más se nos presenta un ejemplo. Esta vez es el de Elías. Este era un hombre cuyas oraciones fueron oídas y contestadas. Para evitar que alguno vaya a pensar que esto se debía a alguna cosa especial o peculiar de Elías, Jacobo señala que él era un hombre semejante en su naturaleza a cualquier otro hombre. Tenía "pasiones semejantes" a las nuestras. Por lo tanto, si Dios oyó y contestó sus oraciones, también oirá y contestará las nuestras cuando las ofrezcamos en el mismo espíritu en que lo hacía Elías.

Jacobo explica que Elías oró intensamente o fervientemente para que no lloviese y no llovió durante tres años y medio. El Antiguo Testamento no nos dice específicamente que esta fuese la oración de Elías. El profeta le dijo a Acab: "Vive Jehová, Dios de Israel, delante del cual estoy, que no habrá rocío ni lluvia estos años, excepto por mi palabra" (1 Rey. 17:1). Algunos creen que la expresión "delante del cual estoy" debería ser interpretada como indicativa de su oración, pero no podemos tener la certeza de ello. La tradición judía que muy bien puede haber sido la fuente de inspiración de Jacobo en este punto, entendía que la sequía había sido el resultado de la oración de Elías. Es cierto que el Antiguo Testamento da a entender y deja la impresión que la sequía duró hasta el tercer año (1 Rey. 18:1) en vez de los tres años y medio que Elías había profetizado.

En realidad, el factor tiempo carecía de importancia para Jacobo porque su énfasis descansaba sobre el efecto que tuvo la oración de Elías. El oró y no cayó lluvia. Volvió a orar y las lluvias descendieron en abundancia. Si la oración de un hombre puede alcanzar tanta efectividad hasta controlar el tiempo atmosférico, ciertamente el pueblo de Dios no debería vacilar en orar por aquellas cosas que son de importancia en sus vidas. El poder de la oración llega mucho más allá de lo que nos podemos imaginar.

V. LA RESTAURACION DE LOS DESCARRIADOS (5:19-20)

La última y corta sección de la Epístola de Santiago es una de las más difíciles de interpretar y hay una gran insegura-

ridad con respecto al significado de una parte del versículo 20.

Al parecer, Jacobo se está refiriendo a algún cristiano que se vuelve atrás del camino de la verdadera fe. "Hermanos míos, si alguno de vosotros se ha extraviado de la verdad, y alguno de vosotros le hace volver, sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados" (5:19, 20). La Versión del rey Jacobo usa la palabra "convertir" pero como este término tiene para nosotros un significado especial que se refiere a traer a una persona perdida a una experiencia de salvación por Cristo, es preferible usar otro término distinto para indicar el retorno del miembro de la iglesia que se ha extraviado.

Este es el cuadro de un miembro de la iglesia que se ha descarriado para andar en los caminos del pecado. "Una manera de tratarlos es de quitarlos a puntapiés de nuestro camino y echarlos pendiente abajo. Otro procedimiento es el de ir tras ellos con martillos y tenazas para agarrarlos y volverlos a golpes al buen camino. Aun hay otro procedimiento a seguir y es eliminarlos y lavarnos las manos de toda responsabilidad." Pero Jacobo no recomienda ninguna de esas estrategias. El describe a otra clase de miembro que se preocupa por su hermano descarriado y lo vuelve al verdadero buen camino para que siga el patrón de vida que debe seguir. Esto está bien claro.

Pero ¿qué es lo que Jacobo quiso decir al expresar que el que restaura al descarriado "salva de muerte un alma"? ¿Al "alma" de quién se refiere? Aunque hay algunos que opinan que esto quiere decir que el que rescata al que se extravió recibe el perdón de multitud de sus propios pecados, esta opinión parece contradecir todo lo que encontramos en otros pasajes del Nuevo Testamento. No ganamos méritos por volver al buen camino a aquel que se ha descarriado, lo hacemos porque queremos hacerle participante del amor de Dios. Por lo tanto, parece más apropiado tomarlo como que se refiere al que se ha descarriado y cuando se le hace volver a la comunión, se arrepiente de sus pecados y se los confiesa a Dios. Dios lo perdonará. Su vida espiritual recibirá sanidad (y este es el mismo término que se usa en el versículo 15 con respecto a la curación de los enfermos), y sus pecados quedarán cubiertos. Quedarán cubiertos ante la vista de Dios y también quedarán

cubiertos en lo que concierne a sus hermanos creyentes. Estos pecados no se les tendrán en cuenta como un constante recordatorio de sus pasadas debilidades o como un reproche. Más bien el cristiano, debe participar de la actitud de Dios y regocijarse al ver que el que se había descarriado ha vuelto al redil del compañerismo.

V. CONCLUSION

La epístola de Santiago termina de una manera abrupta. No encontramos el final acostumbrado que pudiera asemejarla a cualquiera de las otras Epístolas. No hay siquiera una bendición al final, lo cual es típico de una Epístola de carácter tan intensamente práctico como es ésta. (Compárese con el final de los Proverbios). No hay en este final nada que distraiga nuestra atención y nos incline a olvidar las grandes demandas que su mensaje hace de nosotros.

A Jacobo no le interesaban las discusiones teológicas sino solamente la demostración de la fe. Por esta causa, su escrito ha sido dado de lado durante muchas generaciones. Pero muy bien puede ser que en la actualidad hay una necesidad que clama para que retornemos a los asuntos prácticos sobre los que él escribió, si hemos de atender a las necesidades del mundo en que vivimos. Con la ayuda de Dios, necesitamos poner en práctica lo que él pregonó con tanta efectividad. Es de esperar que el breve estudio que hemos hecho de esta carta, producirá grandes resultados en la vida de los que la analicen y si así lo hacen, nuestras vidas, nuestras iglesias y nuestras comunidades recibirán grandes bendiciones.

ACTIVIDADES DEL APRENDIZAJE PERSONAL

Capítulo 1

1. El autor de la carta dice que su nombre es _____
2. La fecha más probable para la carta es _____
3. Los lectores fueron probablemente _____
4. El escritor conocía bastante de la literatura judía _____
incluso el libro de _____ del A. T.
5. El escritor conocía a fondo las enseñanzas de Jesús, especialmente el _____
6. El propósito de la carta de Santiago es de convencer a sus lectores de que _____ debe ser demostrada por sus _____

Capítulo 2

Combine uno de los conceptos de la izquierda con una palabra o frase de la derecha.

- | | |
|--|--|
| 7. El principio de la sabiduría | A. Paciencia y madurez |
| 8. El origen de la tentación | B. La corona de la vida |
| 9. El resultado de la prueba | C. Dios |
| 10. Los resultados de ceder a la tentación | D. Buenas dádivas, fidelidad, nuevo nacimiento |
| 11. Actitud ante las pruebas | E. Nuestros propios deseos |
| 12. Recompensa por la paciencia | F. Pecado y muerte |
| 13. Las bendiciones que Dios da | G. Gozo |

Capítulo 3

14. Enumere tres cualidades que ayudan a obrar la justicia de Dios _____

15. Enumere los dos aspectos de la verdadera religión _____

16. Enumere los males que causa la parcialidad _____

17. Haga una lista de las principales características del hacedor de la palabra y el oidor de la palabra _____

18. ¿Cuál es la "ley real?" _____

Capítulo 4

(En el espacio correspondiente escriba la letra que corresponde a la respuesta correcta.)

19.Al escribir acerca de la relación entre la fe y las obras, Jacobo
A. estuvo de acuerdo con Pablo en todos los detalles

- B. se opuso completamente a todo lo que Pablo dijo.
C. le dio un aspecto distinto a la relación entre las dos cosas.
20.En la cita "Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia" Jacobo se refería a:
A. el sacrificio de Isaac que iba hacer Abraham.
B. la promesa que Dios hizo a Abraham de concederle un hijo.
C. La promesa de la tierra que Dios daría a Abraham.
21.Al escribir acerca de la fe y de las obras, la preocupación de Jacobo fue demostrar:
A. que el hombre es salvo por sus obras.
B. que las obras no tienen significado alguno.
C. que la verdadera fe debe mostrarse por las buenas obras.
22.Jacobo dijo que la fe sin obras es:
A. débil.
B. muerta.
C. adecuada.

Capítulo 5

Complete los siguientes párrafos

23. La discusión sobre el mal uso de la lengua se dirigía principalmente a los cristianos _____
24. Algunos deseaban ser maestros porque _____
25. Los ejemplos de la importancia de las cosas pequeñas eran el _____ en la boca del _____ y el _____ de la _____
26. Los maestros tienen que enfrentarse con _____ a causa de su gran responsabilidad.
27. La lengua se compara con _____

28. El hombre que es capaz de controlar completamente su lengua recibe el nombre de _____
29. La falsa sabiduría se describe como _____
30. Los resultados de la verdadera sabiduría son: _____

Capítulo 6

31. Enumérense los cinco sectores del fracaso espiritual contra el cual amonestaba Jacobo _____
32. Enumérense las tres evidencias de la falsa confianza en sí mismo _____
33. Enumérense las cosas que Jacobo sugería que ayudarían a dominar al orgullo _____

Capítulo 7

34. Las tres cosas que constituían la riqueza en el primer siglo eran _____
35. Los ricos eran merecedores de castigo porque ellos _____
36. Como ejemplos de paciencia Jacobo citó a _____
37. Tres de las circunstancias que deberían resolverse con oración son: _____
38. Las dos clases de ayuda que se debe buscar en caso de enfermedad son: _____

NOTAS

Capítulo 1

- ¹ R. R. Williams, *The Letters of John and James* (New Rochelle, N. Y.: Cambridge University Press, 1965), pág. 94.
² A. T. Robertson, *Studies in the Epistle of James* (Nashville: Broadman Press, n. d.), pág. 2.
³ Joseph B. Mayor, *The Epistle of St. James* (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1952), pág. 133.
⁴ Theodor Zahn, *Introduction to the New Testament*, trans. del alemán John Moore Trout et al. (Grand Rapids: Kregel Publications, 1953), I, 111.

Capítulo 2

- ¹ R. W. Dale, *The Epistle of James* (New York: George H. Doran Company, n. d.), pág. 10.
² Alexander Ross, *Commentary on the Epistle of James and John* (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1954), pág. 27.
³ Robertson, *op. cit.*, pág. 41.
⁴ James Moffatt, *The General Epistles* (New York: Harper-Row, n. d.), pág. 18.
⁵ Ross, *op. cit.*, pág. 34.

Capítulo 3

- ¹ Dale, *op. cit.*, pág. 50.
² Mayor, *op. cit.*, pág. 87.
³ Ross, *op. cit.*, pág. 49.

Capítulo 4

- ¹ Robertson, *op. cit.*, pág. 94.
² Billy Simmons, *A Functioning Faith* (Waco, Texas: Word Books, 1967), pág. 72.
³ Moffatt, *op. cit.*, pág. 40.
⁴ *Ibid.*, pág. 43.
⁵ Clifford Walter Edwards, *Christian Being and Doing* (New York: Board of Missions, The Methodist Church, 1966), págs. 64-65.
⁶ William Barclay, *The Letters of James and Peter* (Philadelphia: The Westminster Press), pág. 92.

Capítulo 5

- ¹ Ross, *op. cit.*, pág. 59.
² Robertson, *op. cit.*, pág. 111.
³ *Good News for Modern Man: Today's English Version* (New York: American Bible Society, 1966). Usado con permiso.
⁴ W. E. Oesterley, "The General Epistle of James," *Expositor's Greek Testament*, ed. W. Robertson Nicoll (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1951), pág. 451.
⁵ Ross, *op. cit.*, pág. 62.
⁶ Moffatt, *op. cit.*, pág. 50-51.
⁷ Robertson, *op. cit.*, pág. 126.
⁸ Dale, *op. cit.*, págs. 118.

Capítulo 6

- ¹ Oesterley, *op. cit.*, pág. 456.
² Robertson, *op. cit.*, pág. 143.
³ Ross, *op. cit.*, pág. 78.
⁴ *Ibid.*, pág. 79.

Capítulo 7

- ¹ Ross, *op. cit.*, pág. 92.
² William Barclay, *op. cit.*, págs. 147-48).
³ Robertson, *op. cit.*, pág. 97.

COMO ESTUDIAR ESTE LIBRO

La Casa Bautista de Publicaciones, en relación con el departamento de educación cristiana de algunas convenciones nacionales, tiene el gusto de ofrecer a las iglesias locales del mundo hispano un plan de estudios denominado "El Nuevo Curso Unificado de Estudios".

I. En Clases. Por lo común, la iglesia organizará un curso de estudio, o cursillo, con una o más clases, en las cuales se ofrecerá el estudio de uno o más libros (aunque con frecuencia semejantes cursillos se ofrecen en campamentos o institutos). Lo ideal, creemos, es dedicar a tal estudio las cinco noches de una semana, con dos periodos de estudio de cuarenta y cinco minutos cada uno y un intervalo para inspiración o compañerismo. Los alumnos tendrán derecho a recibir el diploma o sello respectivo cuando: (1) estén presentes en seis de los diez periodos o alcancen un mínimo de cuatro horas y media de clase. (2) lean el libro, y (3) sustenten satisfactoriamente el examen que el maestro les da. (Si el alumno asiste a todas las clases y lee el libro durante la semana de estudio, queda eximido del examen.)

Instrucciones a la persona que dirige un cursillo o una clase. Los directores o maestros de cursillos pueden hacer una lista de los alumnos que tienen derecho al diploma o al sello y enviársela a la Casa Bautista de Publicaciones, Box 4255, El Paso, Texas, EE. UU. de A., o a la agencia facultada para expedir diplomas y sellos en su país.

II. Estudio Particular. Cualquier persona que haya cumplido dieciséis años de edad puede estudiar en su casa cualquier libro del curso y recibir el diploma o sello correspondiente, bajo las siguientes condiciones (1) leer todo el libro y contestar, por escrito, las preguntas que están al fin de cada capítulo; (2) enviar su escrito original a la Casa Bautista de Publicaciones o a su promotor nacional de educación cristiana. Si es aprobado, recibirá el diploma o sello que le corresponda.

IDEAS PARA ORGANIZAR
EL ESTUDIO BIBLICO ANUAL

Cada iglesia tiene sus propias circunstancias, por lo que es conveniente considerar diversas maneras de organizar el estudio anual, y escoger la que mejor se acomode a la congregación. Las siguientes sugerencias pueden ser de utilidad.

Estudio de lunes a viernes. Cinco noches de una semana. El pastor, un misionero u otro hermano, guía a los hermanos de su congregación en el estudio. Puede hacerlo la misma persona cada noche o dividir el libro y tomar una parte cada maestro.

Estudio de domingo a miércoles. Este es el plan más popular en varios países. Se puede variar según las necesidades de la congregación. Algunas iglesias principian el domingo por la mañana con el servicio de adoración. En este culto el pastor o un predicador visitante predica usando como base el primer capítulo del libro. A veces el sermón es planeado para ofrecer una vista panorámica de todo el libro.

En el servicio de la noche se continúa con el estudio. Luego se reúnen los lunes, martes y miércoles o jueves (cuando tienen su reunión semanal de estudio bíblico y oración), hasta cubrir todo el libro. Se ha observado que una hora cada noche es un tiempo razonable.

Estudio de domingo y miércoles. Algunas iglesias usan el día domingo por la mañana, la escuela dominical, el culto de adoración por la noche y luego el miércoles o jueves dos horas.

Estudio de viernes a domingo. Algunas iglesias principian el viernes por la noche con una cena a las 6:00 y continúan de 6:30 a 9:00 con el estudio; el sábado estudian de 7:00 a 9:00 por la noche y aprovechan las tres actividades del día domingo: escuela dominical, adoración, y por la noche.

Estudio de un día domingo. Una iglesia puede principiar el domingo con el sermón del pastor. Toda la congregación puede almorzar unida como una gran familia, y de la 1:30 en adelante tener el estudio bíblico hasta las 5:30. A las 6:00 toda la congregación puede tener un breve programa de cantos e inspiración e ir a casa habiendo tenido un hermosísimo día de enriquecedor estudio de la Biblia, compañerismo y adoración.

Estudio en cinco domingos. Esta idea la aprendí del pastor de una iglesia en una gran ciudad. Su membresía venía en mayor número el domingo por la mañana; por la noche... sólo los más fieles. La idea era tener durante los domingos de un mes por la mañana el estudio bíblico. Sus sermones estaban basados en los capítulos del libro recomendado.

Estudio en un retiro. Un fin de semana toda la iglesia va a un campamento, y principiando viernes por la noche y sábado hasta las 4:00 p.m. tienen su estudio bíblico anual. El domingo el pastor predica un sermón sobre el tema central y termina con "broche de oro" su actividad de estudio e inspiración. Se puede adaptar el mismo estudio para los niños y un equipo de maestros o maestras conduce la labor de estudio.

SIETE PASOS HACIA UN ESTUDIO BIBLICO ANUAL EFECTIVO

1. **Decida la fecha.** Usted conoce cuál es la mejor época del año, el mes y los días más adecuados para esta actividad en su iglesia. Estudie el Calendario del año y decida la fecha de una buena vez. Presente su plan a la iglesia para que ella tome un acuerdo en firme y lo haga parte de su programa total. Generalmente 5 a 6 horas alcanzan. Es mejor que estas horas sean consecutivas pues al prolongarlas por varias semanas hay el peligro de perder el impacto de un estudio intensivo.

2. **Prepare a los maestros.** Si le es posible prepare a los maestros para los niños, jóvenes y adultos. Usando el mismo libro, que seleccionen el material para cada edad. Un pastor o maestro de iglesias cercanas quizá le pueda ayudar; eso añade "una cara nueva" para guiar el estudio. Si la persona invitada es alguien conocido por su capacidad de enseñar e interpretar la Biblia, añadirá importancia a la actividad y atraerá a más miembros de la iglesia.

3. **Prepare los libros.** Haga un cálculo del número de personas que espera que asistan al estudio y ordene igual cantidad de libros a su librería evangélica. Puede ser que su iglesia desee estimular a sus miembros y ofrecerles los libros a mitad de precio y pagar del presupuesto de la iglesia la diferencia. En familias grandes un libro para dos personas puede ser suficiente.

4. **Promueva el estudio.** Dos o tres semanas antes, presente una copia del libro y promueva su venta y la actividad. Si su iglesia tiene un boletín, dedique una página a la importancia de la actividad. Para darle la seriedad de un curso de estudios dedique el domingo anterior al inicio como día de inscripción o matrícula y compra del libro de estudio.

5. **Prepare el lugar.** Decida dónde tendrá la actividad. Tenga un buen pizarrón. Prepare o siga un mapa grande del mundo del Antiguo Testamento. Bosquejos del estudio hechos en carteles deben estar elaborados con debida anticipación. Si las actividades de enseñanza-aprendizaje requieren otros materiales, consígalos y téngalos a mano y listos para usar.

6. **¡Adelante con el estudio bíblico!** Lleve a cabo las actividades de estudio según lo planeado. Principie y termine cada reunión según lo anunciado. Siga adelante con los que asisten y animeles a ir hasta el final.

7. **Evalúe la actividad** y haga planes para el siguiente año. Solicite sugerencias e ideas de los participantes. Escriba los problemas que hubo y asuntos que le gustaría mejorar. Haga planes definidos para el estudio bíblico del próximo año.

COLECCION ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS

Durante muchos años la Casa Bautista de Publicaciones ha publicado, anualmente, un comentario sobre un libro de la Biblia para su "*Estudio Bíblico Anual*". La publicación se ha ido alternando entre libros del Antiguo y Nuevo Testamento.

Ahora, todos estos libros publicados son parte de esta colección que, salvo excepciones, se va engrosando cada año, hasta tener un comentario de toda la Biblia.

Aunque los comentarios están expuestos en forma sencilla y clara, son eminentemente profundos y substanciosos porque han sido escritos por personas eruditas en el estudio y exposición bíblicos. Casi sin excepción, los autores han sido o son profesores de seminarios a cargo de la materia "Interpretación Bíblica", la que han ido enriqueciendo por haberla expuesto en períodos sucesivos.

De ese modo, cada libro es el producto tanto de la experiencia, como de la erudición. No obstante, al ser editados, esta Casa tuvo especialmente en cuenta que estos libros serían usados por pastores ante sus congregaciones a modo de estudio intensivo en una semana, conferencias sucesivas durante un mes o mensajes o sermones una vez por semana para congregaciones deseosas de inspiradora exposición textual y de un libro completo de la Biblia.

De allí que, la COLECCION DE ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS, llegue a ser un recurso precioso para predicadores, profesores, maestros y todo siervo de Dios que guste exponer las Escrituras y afirmar al pueblo de Dios en "la verdad que permanece".

Ananías González

COLECCION ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS LISTA DE LIBROS PUBLICADOS

ANTIGUO TESTAMENTO

EXODO: Llamados a una Misión Redentora. Kelley
JOB: Un Enfoque a la Providencia y la Fe. Smith
SALMOS: Cantos de Vida. Wood
ISAIAS: Heme Aquí, Envíame a Mí. Guffin
JEREMIAS: Testigo Audaz. Honeycutt
OSEAS: Profeta de la Reconciliación. Wood
AMOS: El Predicador Laico. Yates
MALAQUIAS: Reavivar el Fuego de la Fe. Kelley

NUEVO TESTAMENTO

MARCOS PRESENTA AL SALVADOR. Brown
LUCAS: El Evangelio para Todos. Stagg
JUAN TESTIFICA DE JESUS. Sullivan
HECHOS: Colaborando en la Misión de Cristo. Jones
ROMANOS: El Evangelio para Todo Hombre. MacGorman
1 CORINTIOS: Normas para el Pueblo de Dios. Howard
GALATAS: Libertad en Cristo. Colson, Dean
EFESIOS: El Nuevo Pueblo de Dios. Tolbert
FILIPENSES: Alégrense en el Señor. Robbins
COLOSENSES: ¡Cristo la Plenitud! Songer
HEBREOS: Un Llamamiento a la Consagración. Dean
SANTIAGO: Bases para una Ética Cristiana. Harrop
1 PEDRO: Mensajes de Estímulo. McClanahan
LAS EPISTOLAS DE JUAN. Hendricks

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

COLECCION ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS

SANTIAGO: Bases para una Etica Cristiana. La Epístola de Santiago es uno de los escritos más prácticos, inquietantes y directos de todo el Nuevo Testamento. Evidentemente el autor tuvo el propósito de convencer a los judíos que habían llegado a ser creyentes en Cristo, de que su manera de vivir tenía que estar de acuerdo con aquello que ellos decían creer como cristianos. Es decir, debía haber una relación directa entre la fe y el vivir cada día. ¿Puede haber un propósito más significativo para los cristianos hoy?

En **SANTIAGO: Bases para una Etica Cristiana** el autor, Clayton Harrop, hace notar el marcado paralelo entre el material de Santiago y las enseñanzas de Jesús, particularmente el Sermón del monte.

Se da énfasis a las pruebas y bendiciones de la vida, los aspectos prácticos de la fe, la relación entre la fe y las obras, advierte contra la ambición y contra el fracaso espiritual remarcando la responsabilidad del cristiano frente a Dios.

La vida cristiana moderna clama por un retorno a los asuntos prácticos a que Santiago refiere con firmeza.

SANTIAGO: Bases para una Etica Cristiana es un recurso indispensable para predicadores, profesores, maestros y todo siervo de Dios que anhela exponer la Palabra y afirmar a los cristianos en "la verdad que permanece".

OTROS LIBROS DE LA MISMA COLECCION

^Vea en páginas interiores un detalle más completo sobre libros de esta colección ya publicados.

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

04329

4812-28